

Marzo 2014

©Gerardo de la Torre

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez. y Jorge B. Fernández.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

La línea dura

Gerardo de la Torre

Noticia que ofrece el autor

Escribí esta novela en cuatro semanas de octubre y noviembre de 1968, conmocionado aún, en muchos sentidos, por el Movimiento Estudiantil y la matanza del 2 de octubre. La novela nada tiene que ver con estos acontecimientos. Pretendía, en cambio, en esos años en que la guerrilla era una tentación romántica (luego del triunfo de los revolucionarios en Cuba y la muerte del Che en América del Sur), hacer una crítica juguetona de quienes creían en la viabilidad (y quizás en la indefectibilidad) del foco guerrillero. Hoy, cuarenta años después, no sé qué pueda decir esta novela.

La línea dura fue publicada en 1971 con un tiraje de tres mil ejemplares, de los cuales circularon no más de trescientos. La editorial (FEM, de Rogelio Villarreal) enfrentaba problemas financieros y la bodega le fue embargada. Allí se perdieron miles de copias de éste y otros títulos. Esta edición conserva sin cambios sustanciales los episodios de la primera. Sólo me atreví a modificar apenas la redacción, eliminar un par de chistes privados que ya no tienen sentido y suprimir los nombres de algunos amigos que aparecían como miembros de la secta Bebedores de Sangre.

México 2008.

A la memoria de Manuel Blanco

*A mis queridos amigos y leales camaradas
Humberto Musacchio y Jorge Meléndez*

*Come, let us pity those who are better off than we are.
Come, my friend, and remember
that the rich have butlers and no friends,
And we have friends and no butlers.
Come, let us pity the married and the unmarried.*

*Dawn enters with little feet
like a gilded Pavlova,
And I am near my desire.
Nor has life in it aught better
Than this hour of clear coolness,
the hour of waking together.*

Ezra Pound

1

H. T. Horacio Taciturnus. El nombre en el acta de nacimiento, en las boletas escolares, en la credencial de elector y en las declaraciones del impuesto sobre la renta. Probablemente en nada más.

Horacio Taciturnus —es decir, yo— en Xochimilco, bajo la copa frondosa de un laurel de la India, a la luz de una linterna de baterías, escribe con delectación las que quizá sean las últimas palabras que traslada de su pensamiento al papel. Sin fatuidad ni pompa compone su testamento político, a la vez crónica de unos días, ensayo que sintetiza las ideas y pasiones que han animado y enaltecido su existencia, crepuscular mensaje a los desheredados de la tierra, arenga, profecía, misiva escatológica.

Yo, Horacio Taciturnus, escribo en una libreta de tapas negras. Es una madrugada calurosa y de viento indeciso, sin luna y sin estrellas. Fuera del exiguo círculo iluminado en que me encuentro, frecuen-

tado por bichos voladores y perplejas lombrices, no se distinguen sino sombras entre tinieblas. Las siluetas vagas de los cipreses y los huejotes se apelonan sobre el fondo oscuro, los arbustos le ponen antifaz a la noche (y las metáforas le agregan un toque poético a mis apuntes). A lo lejos palpita la luz verdosa y pálida de la gran ciudad. Es una madrugada densa en murmullos que entrecortan el silencio. De vez en vez, altisonante, se escucha el chapoteo de una rana en los canales, el golpe de ala de una lechuza insomne o el febril desplazamiento de las hojas de mi libreta. Y la pluma fuente continúa siseando sobre el papel.

Horacio escribe acerca de Horacio. Más tarde habrá de revelarse cómo y por qué llegó a tan apartada chinampa en Xochimilco. Más tarde. Porque ahora Horacio —¿Ahoracio?— se dispone a relatar lo ocurrido los días jueves, viernes y sábado anteriores a esta madrugada dominical.

¿Qué sucedió el jueves? ¿Logrará Horacio despojarse de efusiones retóricas, solipsismos y galopes imaginativos para contar con puntualidad lo que aconteció ese día?

Dejemos que Horacio narre. Su pluma, que ha corrido sin descanso sobre el papel, hace un alto, bailotea un instante entre los dedos manchados de tinta negra. Y Horacio inquiere:

¿Has visto, impaciente lector, un bastón pintado de colores de una manera arbitraria y singular?

No me refiero a un bastón decorado con uno, dos o tres colores en formación armónica; ni a un

bastón al que adornen figuras geométricas, signos inteligibles o sencillos manchones de colores desperdigados al azar; tampoco a ese bastón posible que agote cuatro o cinco colores en una profusión de franjas de ancho diverso y longitud distinta enroscándose en la cilíndrica madera, corriendo en continuos paralelos y de improviso entrecruzándose.

No. Hablo de un bastón pintado de forma arbitraria y brutal, sin orden ni concierto, entre trifulca y desgarrón. ¿Lo has visto, lector?

Si la mañana de un jueves del mes de marzo de 1967 en que se inicia esta narración te hubieses hallado en una banca del parque México, habrías visto tal bastón en manos de un hombre delgado y de fiero aspecto, de edad indiscernible a la primera ojeada, pero que una mirada atenta y minuciosa calcularía entre los veintinueve y los treinta y cinco años. Portaba tal hombre una indumentaria estrafalaria (hubiese podido escribir una indumentaria extraña, pero la interesante consonancia se habría perdido sin remedio): traje de lana gris de anchas solapas con pantalón muy untado a la piel, bufanda azul de vuelo amplio y, en lo más alto de la rizada melena, un bombín del oscuro color de una rata de albañal.

La mano derecha de este hombre empuñaba el bastón, lo hacía describir frenéticos molinetes y trazar complejos dibujos en el aire fresco y oloroso a hierba de aquel parque. Y ahora olvido la mano derecha, olvido el traje gris, la melena rizada y el bombín para hablar del bastón.

Bastón, m. Vara con puño y contera, que sirve para apoyarse al andar.

Una vara, pues, pintada o embadurnada con círculos, triángulos, cuadrados y multitud de figuras irregulares; con franjas y líneas rectas, curvas y quebradas; con manchones, motitas, plastas y encabalgamientos, apelando a la más amplia gama de colores y a las múltiples tonalidades que resultan de las mezclas posibles. Imaginemos lo inimaginable. No un poste ordinario y tosco como los que acostumbraban colocar a las puertas de antiguas barberías, ni la realización en madera de uno de esos inmensos bastones de caramelo que regalan cada cumpleaños a los niños pudientes (con esto no se pretende significar que profundas perturbaciones psíquicas, provocadas por problemas infantiles, edípicos o eléctricos, se oculten en el hombre que cruzaba el parque). Imaginemos la fusión y el traslape de cuadros de Paul Klee, Jackson Pollock, Juan Gris, Fernand Léger, Max Ernst, Wassily Kandinsky, Victor Vasarely. O mejor, un delirante viaje con ácido lisérgico representado en el bastón.

¡Pero qué desmedradas y desmadradas descripciones! Lo haría mejor un argumentista de telenovelas, un merolico de feria, el menos avezado de los oradores políticos. Incapaz como soy de describir tan admirable bastón, resignado y al borde de la depresión, lo abandono. He de volver a él con renovados ímpetus y execrables impétigos.

La pluma de Horacio interroga nuevamente: ¿Quién era el hombre que ataviado con tal desmesu-

ra y levantando polvo a golpes de bastón cruzaba el parque México la mañana del jueves? ¿Quién era ese hombre y de dónde venía? La pluma de Horacio responde: Ese hombre era Horacio Taciturnus.

No le damos ese nombre porque alguien, al hallarlo en el parque, lo saludara con un amable ¿qué tal, Horacio Taciturnus?, o porque el nombrado Horacio, al sacar un pañuelo para sonarse estruendosamente la nariz y depositar en el trapo su habitual carga de moco verde, dejara caer una tarjeta en la que se leyese:

HORACIO TACITURNUS
SASTRE CORTADOR
40 41 04

Lo digo simplemente porque tal era su nombre. (No voy a saberlo yo, sastre de oficio, de nombre Horacio y de apellido Taciturnus.)

Ese hombre, reitero, era Horacio Taciturnus y cruzaba el parque con aire agresivo, levantando polvo en la vereda cada dos pasos y doblemente: por el pie que apoyaba diríase que con furia y por el enérgico golpe de bastón.

Debía Horacio tal condición agresiva a la intransigencia de un empleado —de esos tinterillos de gesto agrio, traje brillante y cuello de la camisa raído (o si se quiere raído gesto, traje agrio y brillante cuello de la camisa)— que, para permitirle firmar el libro de libres (obsérvese el juego de palabras) bajo fianza, se

empeñó en hacerlo esperar que terminara de poner timbres a la correspondencia de algún jefe.

Después de tres cuartos de hora de cigarritos, colisiones del bastón con la punta de los empolvados zapatos, rabiosos golpes de tacón y contera que lograron estrellar algunos mosaicos del juzgado, el empleado proporcionó el libro a Horacio y éste, antes de echar mano a la pluma que tres días más tarde empuñaría en la chinampa xochimilca, empujó la lengua del empleado hacia dentro de la boca y cerró las mandíbulas. Después estampó su firma en la hoja correspondiente.

Por tal razón Horacio cruzaba el parque con aire agresivo. En realidad furioso, bufando.

La furia se da en Horacio con naturalidad. Digamos que le sienta y en ningún caso mengua sus rasgos honorables. Para ejemplificar referiré sin cargar tintas un hecho acontecido a Horacio —es decir, a mí— en ocasión reciente, tras regresar a casa fatigado y sin brío.

Era el día en que llevaba de paseo a mis mascotas. Como era la costumbre, uno de los últimos sábados de cada mes, recorrimos a pie las arduas calles de las colonias Obrera, Doctores, Roma y Condesa, y cuando se trató de hallar un taxi para el retorno nos enfrentamos a la imposibilidad. Qué manera perversa de engañar a la gente. En las películas aparece Paul Newman, Steve McQueen o Tony Curtis, huye cualquiera de estos galanes cinematográficos de la filosa daga del sicario que pretende apuñalarlo en los pasillos

de un hotel, del matón de revólver con silenciador que lo sigue entre la multitud; entonces, en la calle, extiende el héroe la mano y allí, puntual, se detiene el taxi, resplandeciente, con tanque lleno y sonriente chofer, dispuesto a desplazarse por las calles a velocidad demoniaca, haciendo chillar las llantas en cada vuelta.

Sólo sucede en las películas, ese ámbito magnífico y glorioso en que, démoslo por supuesto, el perseguidor, empuñando aún la daga que reluce al sol o acariciando en el bolsillo el Browning de manufactura inglesa, no encuentra taxi. Como un civil cualquiera en cualquier calle de cualquier país, sube dócil a un autobús sabiendo que al final habrá un encuentro repugnante, una derrota previsible.

No se juega limpio, eso es lo que pasa. Y la culpa la tiene el maldito sistema. Leviatán que se apodera de cuerpos y almas, aniquilante bestia empeñada en degradarnos, aparato corruptor de dignidades, impía entidad explotadora y depauperante, maquinaria feroz que rasga, apachurra y tritura; bárbaro, despótico, tiránico, insaciable caníbal.

Volvamos a nuestros borregos.

Mis mascotas y yo, refería, tuvimos que hacer a pie el camino de vuelta a casa y arribamos cansados y hambrientos. Con las mascotas no hubo punto de conflicto: las deposité en su lecho, las alimenté con natas finas que les tenía reservadas y dejé que reposaran. Ah, pero cuando reclamé sopa y guisado... ¡por las robustas piernas de mi bella Tuxtla que no hallé más remedio que enfurecer! Mi madre alegó que la

comida no estaba lista porque la visita de su comadre Lándora (la de la píldora) le había quitado tiempo. Mi hermanita, fémica sagaz y desdichada, pretextó altas y bajas de la presión arterial que le habían impedido la más inocua actividad doméstica. Astuto, descubrí en su mesita los borradores de una inconclusa carta a un novio inexistente.

¡Por las equidistantes nalgas de mi adorada Tuxtla que no pude sino enfurecer! Tomé el bastón de colores y le asesté cinco bastonazos a mi hermana. En las nalgas, conste, para no lastimar vísceras ni orgullos. Para mi mala suerte, pues debe entenderse que no acepto culpa alguna, la desdichada hembra resultó de frágil esqueleto y una radiografía —blanco y negro, exigí— mostró un hueso fracturado en la cadera.

A mi madre, juzguen si obré con sensatez y cordura, diría que con benevolencia, solamente le asesté dos bastonazos, ambos en la receptiva región en que los recibió su hija. Hubo alboroto, gritos, cierta quejumbre, y un vecino metiche se apresuró a llamar a los gendarmes. Afirmino que se apresuró porque cinco minutos después tocó a mi puerta un sargento patrullero. Seré sincero: mamá no puso queja y mi hermana asumió actitud semejante, pero la miserable exigió gastos de hospital y ropa interior importada del vecino del norte. Americana, dijo la ignorante queriendo decir gringa, como si el continente no abarcara México y otros países de penuria semejante.

Para adelgazar la querrela complací a las dos —puesto que complacer a mi hermana era complacer

a mi madre, a la vez madre de tan deleznable ser. Y la vida tendría que haber seguido igual: unos satisfechos y los otros emperrados en fastidiarlos.

Más que el músculo o la sangre, exige la conciencia —solía sostener Horacio Taciturnus. Y para apoyar tan feroz rasgo de ingenio, sin que mediara denuncia se entregó a los patrulleros.

Pedí que me condujeran a la delegación y me encerraron en galeras. No era la primera vez que me llevaban al tenebroso sitio y confié en que saldría con bien de tan desventurada aventura. Más que bien: purificado.

Allí, ya nueva la mañana, yo con amplias arrugas en el traje gris, me enfrentaron a cierto funcionario, un sujeto trasojado y calvo que se hacía llamar agente del ministerio público. Imagínenme allí, sucio y sin afeitado, abandonados en casa el bastón y el bombín. El juez, o lo que fuera, clavaba en mí los estrábicos ojos (como en cualquier película de Hitchcock), apuntaba a mi pecho con el índice curvo y amarillento (como en algún chabacano episodio televisivo de Perry Mason) y repetía (como en el más vulgar de los exámenes profesionales):

—¿Qué tiene que decir?

Llegué a pensar que el pobre era incapaz de articular frase distinta, pero salí del error cuando dijo culpable y, más tarde, dos años de prisión y multa irrevocable de quinientos dólares o su equivalente. ¡Dólares!, como para que mis recursos nacionales no salieran bien librados ante una súbita devaluación.

En tanto me amenazaban aquellos ojos bizcos y el índice ganchudo, un defensor de oficio de aire solemne y evidente ausencia de interés en el caso se la pasaba perorando acerca de trastornos mentales, estados paranoicos, obnubilación transitoria y potencial esquizoide, conceptos vacíos de contenido y faltos de base científica que me vi obligado a refutar con una sola palabra.

—¡Pendejadas!

El defensor, que no entendía mi espíritu de filibustero de las tesis freudianas, se pasó entonces al bando contrario y se dedicó a asentir ante las afirmaciones del enemigo. ¿Y el fiscal? Imaginen la perorata.

—Este hombre, este hombre que pretende engatusarnos ocultando su naturaleza verdadera tras una apariencia apacible y mansa, esconde en impredecibles recovecos una bestia (busqué y rebusqué en los bolsillos de saco y pantalón y no hallé nada, ni siquiera mis mascotas, que por fortuna aguardaban en su tierno lecho conyugal), una alimaña salvaje y sin corazón, representación satánica que pretende denostar la santidad de nuestros principios legales y democráticos, fundamentos que permiten a la comunidad vivir en paz y con decoro. ¡Mírenlo! ¡Observen minuciosamente a este canalla! ¿Hay acaso en su rostro signos de arrepentimiento? ¡Ninguno! —rugió el acusador.

Siguiendo su ejemplo, rugió el juez, rugió el defensor y, para no satisfacer a esos pelafustanes con señales de acobardamiento, puse también mi rugido en el aire.

—Este hombre —continuó impertérrito el fiscal— merece los peores castigos que podamos concebir.

Imaginé a la bella Tuxtla ofreciéndoseme desnuda en sus días menstruales, me concebí obligado a escuchar una conferencia de teoría económica, me vi trabajando a las órdenes de un político mexicano. Poco me asustaba la prisión o aun las llamas del infierno.

—No me atrevo a pedir condena para este monstruo, porque cualquiera que usted pudiera dictar, excelentísimo señor juez, sería para él irrisoria. ¿Qué condena, señores —y dicho esto y dejando en suspenso la proposición, el acusador se dedicó a pasear pausado y sin prisa a lo largo y ancho de la sala, arreglándose los bigotes, lamiéndose los labios, frotando con asiduidad sus amarillas manecitas, como si todos dispusiéramos de su tiempo—... qué condena, digo, se atreverían a exigir para un sujeto insensible y desalmado que golpea a madre y a hermana y se queda tan fresco?

Mientras el acusador enhebraba esta suerte de estupideces estuve limpiando mis uñas con suave calma, quizá con excesiva parsimonia, a la manera de algún personaje dostoyevskiano, pero en cuanto mencionó lo de madre y hermana me incorporé con violencia y aullé. Durante largo rato emití alaridos terribles que consiguieron por un instante que al juez se le enderezaran los ojos. Y una vez que la capacidad de mis pulmones se agotó, respiré profundo y dije muy digno:

—¡Protesto! Es inadmisibile, vergonzoso, falaz, esquemático, irregular, falta de ética y fuera de lugar que se me juzgue por golpear a mi madre y a mi hermana.

El acusador pegó un salto y se atrevió a interrumpirme.

—¿Lo ven? Juzguen ustedes. Este sujeto desnaturalizado tiene la desfachatez de negar su crimen... Señor juez, excelentísimo señor juez, pido a usted, señoría, su aquiescencia para que se me releve de esta insostenible posición de acusador. No puedo más. Mis piernas flaquean, mi corazón está a punto de estallar, me falta la respiración...

El acusador detuvo la peroración y fue a reclinarse en el estrado magisterial. Pidió un vaso de agua y una mujer se lo acercó. De un trago apuró el contenido y de este modo los síntomas que había mencionado, sumados al hecho de beber con tal premura, me hicieron sospechar la parranda de la noche anterior.

—Jamás en mi añeja y honorable trayectoria en la abogacía —continuó el acusador jadeante, con voz entrecortada— escuché palabras tan cargadas de cinismo. Suplico, señor juez, que ordene se me sustituya, me siento incapaz de continuar la acusación contra sujeto de tal calaña. Mis posibilidades jurídicas se agotan ante un facineroso de semejante magnitud.

Quedé estupendejo. Por un momento cesaron las funciones de mis neuronas y mis pensamientos se atollaron. Entré en una niebla densa en la que permanecí no sé cuánto tiempo —segundos, minutos,

horas. Devuelto a la conciencia, observé que todos aquellos hijos de mala madre, embrujados por el acusador, me veían como a un ser extraterrestre, como a una máquina que recibiera chorizos por un lado y por el otro arrojase monedas de oro. Mi defensor estaba con la boca abierta y una mosca aprovechó para posarse en su canino inferior derecho. Espanté la mosca y, dueño de gran serenidad y apoyándome en un léxico que me era ajeno, dije:

—Pretendo, señor juez, que se me juzgue no por golpear a mi madre y a mi hermana, aunque acepto que a ambas le descargué unos cuantos bastonazos, no tantos como hubiera querido, sino por golpear a dos seres humanos del sexo femenino, dos mujeres comunes y corrientes, pues si en justicia hacemos a un lado el parentesco, en eso quedan.

El juez, sobrecogido, meneó la cabeza. El defensor meneó la cabeza. El acusador, no menos que los otros, meneó la cabeza. Menearon la cabeza periodistas, espectadores, guardias y testigos. Aproveché que todos meneaban la cabeza para intentar darme a la fuga, pero un policía me detuvo a cuatro pasos del banquillo y me embutió en el asiento.

El juez volvió a menear la cabeza. El acusador se desplomó en una silla y, antes de prorrumpir en llanto, exigió un segundo vaso de agua, esta vez cargado con sal hepática, cosa que robusteció mis sospechas. El defensor recordó entonces sus obligaciones y saltó a la liza. Con su eterna pinta de fastidio comenzó un tedioso alegato centrado en inciertas y ocultas

perturbaciones localizadas en niveles secundarios del cerebelo. Dejé escapar un bostezo (lo único que podía escapar entre tanto gendarme ahora que habían reforzado la guardia) y volví a la tenaz limpieza de mis uñas.

Los abogados se retiraron a deliberar y al cabo el juez pronunció su veredicto.

—Culpable. Dos años de cárcel y quinientos dólares de multa.

Permanecí tres meses en Lecumberri. Gracias a mi ejemplar conducta y las súplicas de mi madre, salí libre bajo fianza.

Con aire agresivo cruzó Horacio Taciturnus el parque. Sentose luego en una banca de cemento a esperar el autobús. Colocó bastón y bombín a un lado y se dispuso a escribir en una mínima libreta de tapas rojas. Antes de que la inspiración se posara en su cabeza —y se diría que para atraerla—, desatornilló el mango del bastón, dio vuelta a una tapa oculta y pegó los labios a la abertura. Aqueé que viéndolo imaginara un rito esotérico, un ritual mágico destinado a convocar a las musas, no estaría lejos de la verdad, la cual a su tiempo se abrirá paso.

Antes es necesario examinar con cuidado el bastón de colores, comenzando por la contera. Si la hacemos girar a contrarrosca comienza a separarse una sección hueca, que aloja una cuchilla brillante y

afilada. Sección 1 del bastón: cuchilla para defenderse de salteadores, malandrines y perros bravos.

Desatornillamos la segunda parte. También es hueca y contiene hilo, agujas, botones, broches y alfileres. Sección 2: material para reparaciones de urgencia.

La sección que sigue contiene una plumilla y un frasco diminuto con líquido amarillento. Sección 3: materiales para comunicaciones secretas.

En un cuarto compartimento podemos encontrar pomadas, vendas, alcohol de 96° y colodión. Sección 4: primeros auxilios.

La quinta sección contiene condones, supositorios, aspirinas y píldoras anticonceptivas. Sección 5: materiales para cualquier contingencia.

Por último tenemos la sección 6, que funciona como puño del bastón y depósito de bebidas estimulantes.

A este segmento del bastón pegó largamente Horacio los labios, con fines estrictamente artísticos, antes de abrir la libreta de tapas rojas.

Ahora, mientras Horacio Taciturnus deja que se asiente en su pecho la dosis de coñac, en tanto lo ilumina el líquido sagrado, echemos una mirada a los apuntes de la libreta.

En la primera hoja, de manera relevante, aparece un encabezado que logra encaminarnos al tema que se aborda:

De artes, artificios y artimañas del amor
Bajando la mirada, podemos leer:
Las contingencias

Como principio general, dejemos establecido que las contingencias son esencialmente humanas, se destinan a fines de esparcimiento y su piel es muy apreciada por algunos coleccionistas.

Examinemos una contingencia en su conformación anatómica. La parte principal y destacada del ente que nos ocupa consiste en una porción central de apariencia cilíndrica y de aproximadamente 25 centímetros de diámetro por 50 de altura.

De esta porción central parten:

a) Hacia arriba: un breve cilindro de unos 13cm de diámetro por cinco de altura; sobre esta porción se ubica una masa esferoide de aproximadamente 25cm de diámetro.

b) Hacia los lados: dos segmentos tubulares articulados no mayores de 60cm de largo, más o menos cónicos, con un diámetro en su parte más ancha de 12cm y de seis en su parte más angosta. La porción angosta termina en una masa plana que concluye en cinco cilindros más pequeños, de largura y espesor diferente.

c) Hacia abajo: otro par de segmentos tubulares articulados de unos 95cm de largo, de aspecto cónico también, que en su parte ancha presentan un diámetro de unos 22cm y en la angosta de algo así como ocho. Cada sección angosta termina en una masa aplanada de la que brotan cinco pequeñas formas cilíndricas.

Hasta el momento tenemos idea muy vaga del aspecto de una contingencia. Profundicemos el exa-

men, afinemos la descripción de los detalles y particularidades, pero de manera metódica y valiéndonos de la multiplicidad en los puntos de vista. Es decir, nos colocaremos en diferentes planos en relación con la contingencia observable y la describiremos pormenorizadamente desde cada uno de los ángulos elegidos.

Desde arriba. Se observa una masa de filamentos oscuros, revueltos y brillantes que parecen alargarse en caída. Tras tales filamentos, y a distancias variables, se distinguen algunas protuberancias de difícil identificación, que quizá puedan ser definidas desde otro ángulo.

Desde detrás. El punto de vista es inmejorable. Desde aquí también se observan los filamentos arriba mencionados. Cubren totalmente la parte esferoide superior y caen sobre una superficie plana, lechosa y tensa que forma parte del cilindro central y que al final se angosta. Inmediatamente debajo del estrecho en que termina esta parte plana se aprecian dos protuberancias redondas, anchas y carnosas, separadas por una hondonada de aspecto misterioso.

Desde la parte alta de la superficie plana caen dos cilindros —uno a cada lado, simétricos— de apariencia delicada y frágil, terminados en cinco muy breves formaciones cilíndricas en las que no vale la pena detenerse. Hacia abajo, continuando las protuberancias redondas, anchas y carnosas, hallamos un par de imponentes columnas de conformación ligeramente cónica, diríase que esculpidas siguiendo cánones clásicos y cubiertas por una dorada y muy fina pelusa.

De perfil. La forma esferoide que remata en lo alto está cubierta, en la parte superior y en la trasera, por los filamentos oscuros tantas veces mencionados. En la parte alta y delantera del cilindro central se halla engastada una protuberancia redonda y exquisita (y habrá que suponer que son dos, con la que debe de hallarse del otro lado, si las reglas de la simetría no mienten), terminada en una punta de color más oscuro que el resto de esta porción. Continuando hacia abajo es dable observar una columna espléndida (seguramente gemela), y donde inicia la columna, pero en la parte posterior de la contingencia estudiada, aparece una gran redondez voluptuosa y provocativa. Desde el frente. La parte anterior de la esfera colocada en lo alto, de forma oval, está enmarcada por los filamentos oscuros. Arriba presenta una zona aplanada, y bajo esta zona se dibujan dos semicírculos de filamentos cortos. Bajo los semicírculos se distingue, en plano horizontal, un par de aberturas almendroides y, al parecer insertas en ellas, dos superficies blancas con centro oscuro, de apariencia brillante y húmeda y de movimientos rápidos. Tales aberturas están rodeadas de filamentos aterciopelados que avanzan hacia el frente. Partiendo de un punto situado entre las aberturas hay una masa de apariencia dura, rematada por dos pequeños orificios. Continuando el descenso, a muy corta distancia de los anteriores orificios hay otra hendidura horizontal, circundada por dos porciones rojas y carnosas. La esfera termina en una punta ligeramente redondeada. En la parte alta

del cilindro central destacan dos hermosas protuberancias, de forma cónica, que apuntan hacia el frente. Hacia abajo el cilindro central se angosta y a la altura del punto de mayor angostamiento se distingue un remolinillo poco profundo y feo, que de tan feo podría llamarse ombligo. Luego el cilindro vuelve a ensancharse y aparece aquí, con la base hacia arriba, un triángulo de filamentos negros y rizados cuyo ángulo inferior desemboca en la unión de las dos columnas inferiores con el cilindro central. He intentado, mediante un arduo esfuerzo de concentración, desvelar el secreto que ha de sospecharse esconden los filamentos acarelados, pero la averiguación ha resultado inútil. Vale la conjetura de que en cierto punto de esta zona, como en una bóveda secreta, se resguarda el más apreciado tesoro de las contingencias. Por otra parte, desde esta perspectiva las columnas que caen resultan incitantes, suspenden la respiración, quitan el habla.

Horacio ha dado reposo suficiente al trago de coñac. Es justo que volvamos a la crónica de su existencia. Horacio Taciturnus, sastre de oficio, anotó unas cuantas palabras en la libreta de tapas rojas, tomó su bastón, puso el bombín sobre su ensortijada cabellera y, parsimonioso, con la elegancia y morosidad que caracterizan sus actos, se dirigió al autobús que, a puertas abiertas, esperaba que el semáforo cambiara

de rojo a verde. Horacio subió y depositó en la anhelante mano del chofer una moneda. Luego, a fuerza de empujones y puntapiés se abrió camino hacia el fondo. El esfuerzo le produjo copiosa sudoración y un malhumor violento. Instalado ya en un espacio franco, ciertas risitas que se escuchaban a su espalda lo obligaron a volver la cabeza. Clavó el sastre la mirada severa en una pareja adolescente, macho y hembra, que sin consideraciones entretenía su ocio besuqueándose en un rincón. Los jóvenes, sin que los inmutara aquella mirada que pronto se tornó cerril, artera, continuaron riendo y besándose y avanzaron hacia un afiebrado cachondeo.

Era un día calurosísimo y yo, Horacio, lesionado por aquella brutal ofensa, percibí en mis intestinos una corriente de indignación. Allí, ante un público dueño de bizarras hormonas, colocó el muchacho una mano sobre los blancos muslos de la niña —que adiviné tibios y palpitantes—, y esa mano ascendía, con timidez si se quiere pero sin duda malévola, hacia el más secreto rincón, oculto hasta entonces por el vuelo de la tela. Poco faltaba para que la mano taimada levantara esa falda y se internara en la tiniebla con intención de hundirse bajo los calzones, acariciar el vello púbico —que supuse escaso—, y luego... Poco faltaba. Y entonces yo, Horacio, ¿qué actitud tomaría? ¿Iba a limitarme a permanecer tranquilo, observando las lúbricas manipulaciones? ¿O quizás, espoleado por urgencias del espíritu, bajaría del camión y buscaría un vehículo que sin demora ni vaci-

laciones me condujera al hábitat de Tuxtla? ¡Ah, mi querida Tuxtla, dulce y degenerada mujercita! Con el alma trepidando y rampante el pene buscaría un taxi e iría a buscar satisfacción con Tuxtla, morena de pechos firmes y rotundas nalgas. Si los provocadores actos de la pareja continuaban empujándome al abismo, allí tenía la solución. Mas no hubo necesidad de adoptar tan extrema medida porque a escasas calles los jóvenes bajaron riendo y abrazándose y dejaron a más de uno abrasándose en el camión. Pese al humo y el olor a azufre, volvió la tranquilidad. Era una mañana sumamente calurosa y me hallaba de un humor de perros.

En cada parada bajaban del autobús unos cuantos pasajeros y subían muchos más. “Recórranse —exigía el chofer—, atrás hay lugar”. Naturalmente no lo había y los demás, irredentos, íbamos comprimiéndonos, hincábamos nuestros disminuidos cuerpos en la carne de los otros, todos éramos uno. Tales apreturas, se sabe, propician infinitos desmanes y tropelías. Algunos echan mano a carteras ajenas, acarician otros las más cercanas nalgas —femeninas o masculinas, da lo mismo—, sueltan los bárbaros olorosos pedos de difícil identificación.

Subía más y más gente, pero no me incomodaba que lo hicieran en orden, atendiendo a las formas, uno a la vez y por la puerta delantera. Lo que en algún momento me hizo respingar fue la desfachatez y altanería del sujeto que, con aire de infante de marina, subió por la puerta trasera y se apoderó de la escale-

rilla. Eso ofendió mi instintivo sentido de la humildad y no resistí más.

—¡Carajo! Por eso no progresa México, tanto desorden, tanto abuso de los que se creen dueños del mundo... ¡Carajo! —dije en voz alta y clara para que me escuchara el ganapán.

—¿A quién le cantas, güey? —respondió arrogante.

La intimidatoria pregunta me encendió.

—¡Ah! Qué manera insolente de dirigirse a un caballero, a una persona respetable, a un señor —dije, y la voz me temblaba de indignación.

En seguida dejé caer un bofetón en su mejilla izquierda, un piquete de ojo por el lado derecho, un recto preciso en la nariz central, dos bastonazos exactos y poderosos en la espalda, y rematé con una patada en los testículos. Lo surtí. El tipo abandonó sus aires insolentes, enseñó las nalgas y bajó a toda prisa. Una anciana me felicitó por mi valeroso comportamiento, pero la mandé a la chingada: el decoro no está en venta ni merece congratulaciones. Además, hacía un calor espantoso y mi humor empeoraba.

Como si el objetivo fuera contrariarme, el autobús marchaba con suma lentitud y se detenía largamente en cada esquina. Parecía cosa de magia que más y más personas lo abordaran y el ámbito reducido del vehículo lograra contenerlas. Por suerte me faltaban escasas calles para bajar y distraje la espera tratando de mirarle los pechos a una gordita sentada enfrente, hasta que la infame obesa púdicamente los cubrió con el rebozo.

Horacio descendió al fin del camión. De su alborotada melena bajaban algunos hilillos de sudor que se detenían un momento entre las cejas, brillaban al sol, y seguían su camino hacia el cuello, donde eran absorbidos por la bufanda azul de amplio vuelo. Horacio se detuvo unos minutos a la sombra de una jacaranda. Allí, al fresco, se dio tiempo para enjugarse el rostro, abanicarlo con la libreta de tapas rojas y reflexionar. Devuelto a la serenidad, formuló su plan de actividades para las siguientes horas: 1. Atender a los clientes de la sastrería. 2. Comer. 3. Alimentar al robot. 4. Visitar a los amigos. 5. Tuxtla.

Dejó luego el sombreado refugio y echó a andar hacia su negocio silbando *Let's spend the night together*.

La sastrería Aldebarán, comunicada por una discreta puertecilla con el departamento de Horacio, permanecía abierta de diez de la mañana a seis de la tarde. Aunque el propietario estuviese fuera, un robot amable y comedido se encargaba de recibir a los clientes, rogarles que esperasen un minuto, servir tazas de café o té y proporcionar música, cosa que se lograba oprimiendo un botón que hacía las veces de ombligo del artefacto. El pequeño ente cibernético podía encargarse del funcionamiento integral de la sastrería, pero Horacio se resistía a dejar todo en aquellas manos porque desconfiaba de dos facetas de Humphrey: su sentido comercial y sus inclinaciones estéticas.

Era Humphrey un sastre de probada competencia, hábil en el diseño, el corte y la costura, capaz

de satisfacer al cliente más enterado y exigente, pero a causa de un insignificante defecto de fabricación, probablemente realizaría en color mostaza el traje solicitado en azul rey. Para decirlo con todas sus letras, padecía daltonismo técnico. Por esta razón, y porque el buen Humphrey era incapaz de cobrar por el trabajo, ya que no tenía programado el instinto mercantil, Horacio prefería atender, aunque fuera con interrupciones, los aspectos artísticos y financieros del negocio.

En la sastrería dos ancianos y un pequeño esperaban a Horacio. Los ancianos jugaban una partida de ajedrez y el niño lloraba. Humphrey, hecho un pelmazo, echaba de tanto en tanto una mirada al tablero y a ratos acariciaba la cabeza del niño con una de sus manazas de plástico y metal. Humphrey puso a Horacio al corriente de la situación. Lo que preocupaba al robot era el llanto del niño: había pedido un refresco y el autómatas estaba programado únicamente para servir café o té.

Horacio fue al refrigerador de su departamento y volvió con un vaso de horchata que tranquilizó al infante. Luego se plantó frente al tablero, estudió la ubicación de las piezas y sin vacilaciones dijo al anciano de los bigotes caídos que mataba en tres jugadas. El anciano de los bigotes enhiestos protestó, pero Horacio, interesado sólo en demostrar su sapiencia, realizó varios movimientos sobre el tablero y fundamentó luego con una brillante explicación. Las negras estaban muertas y requetemuertas en tres jugadas. Después de beber la horchata, que le dejó un cerco

blancuzco y pegajoso alrededor de la boca, el niño expuso que su padre lo había enviado para que le hicieran un trajecito blanco, de primera comunión. Ante aquel pedido, Horacio adoptó una actitud arrogante que al robot y los viejos pareció desmesurada.

—Hacer trajes para primera comunión, te-déum, bautizo, boda, confirmación o cualquier clase de acto religioso —dijo en tono áspero— atenta contra mis principios. De ninguna manera, por súplicas que se formulen y lágrimas que se derramen, fabricaré el trajecito blanco.

El niño tornó a llorar y Humphrey corrió a consolarlo. Horacio se dirigió entonces a los ancianos, que desde la apabullante demostración ajedrecística del sastre permanecían mudos y perplejos, contemplando el cuadriculado tablero.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó.

El anciano de los bigotes caídos murmuró algo acerca de un traje para acudir al sepelio de cierto amigo.

—¿Qué amigo?

El anciano de los bigotes gachos señaló con recato al de los bigotes enhiestos.

—Pero si no está muerto —balbuceó Horacio.

—Es verdad —reconoció el anciano—, pero sin duda pronto lo estará. Observe usted la palidez de ese rostro, contemple los ojos ya sin brillo, la profundidad de las arrugas, el agitado movimiento de su pecho. Si no mando hacer el traje ahora, no lo tendré listo para los funerales.

La lógica del anciano era irrefutable. Horacio tomó el aire de un experimentado pensador y, torcida la boca, inclinada la cabeza, dedicó unos minutos a examinar los rasgos del anciano de los erguidos bigotes. Luego se volvió al de los bigotes caídos y también lo inspeccionó minuciosamente. Permaneció unos minutos en silencio y al cabo dijo:

—¿Y si muere usted primero?

Al anciano de los bigotes derrengados no le inmutó la pregunta. Mientras levantaba las piezas del ajedrez y las hundía en el estuche, explicó:

—Póngase en el lugar de dos viejos como nosotros, con un pie en el hoyo, por así decirlo. Como puede ver, coincidimos en estatura y conformación. Ahora bien, ¿cuánto me costaría un buen traje negro para asistir al velorio de mi amigo?

Horacio mencionó una cifra justa.

—Pero le aseguro que de la mejor calidad —añadió.

—¿Y cuánto le costaría a mi amigo el traje para asistir a mi velorio, en caso de que yo abandonara primero el planeta? —inquirió de nuevo el viejo, y sin hacer pausa adelantó la respuesta. Supongo que la misma cantidad.

—En efecto —aseveró Horacio.

—Es decir, cualquiera de los dos, el que quedase con vida, tendría que pagar esa suma. ¿Voy bien?

—Conjetura exacta y pertinente.

—¿Es capaz de seguir mi razonamiento?

—Claro que sí. El mismo traje puede servir para cualquiera de los dos. Así, cada uno paga sola-

mente la mitad y asunto arreglado, todos contentos. Es como apostar contra la muerte: el ganador se queda con el traje.

A Horacio le pareció que había hecho un buen chiste y soltó una risotada. Los dos ancianos asintieron con caras tristes, como si estuviesen ya en el sepelio de uno u otro.

—Pero hay más —agregó el anciano de los bigotes enhiestos. Llegado el caso de que fallezcan amigos o parientes, podremos asistir con el mismo traje a velorios, entierros y toda clase de ceremonias fúnebres.

Horacio meditó unos momentos.

—¿Los dos metidos en un solo traje?

Los viejos se miraron con aire atribulado, parpadeantes sus ojitos despojados de brillos. Luego menearon las cabezas y se acariciaron sin tregua los bigotes, cada uno los del otro.

—Tengo una solución mejor —dijo Horacio.

En cada uno de aquellos cuatro ojos brillaron fugaces lucecitas de expectación.

—Por el precio que señalé para tela y hechura haré un traje de buena calidad para cada uno. Pague dos y llévese uno... Es decir, pague uno y llévese dos. Sistema hache y hache.

—¿Qué es eso de hache y hache? —preguntaron unísonos los ancianos.

—Horacio y Humphrey, ja ja —replicó Horacio señalando en forma alternativa a los componentes del binomio.

Los ancianos abandonaron sus asientos, se tomaron de los brazos y con dificultad acometieron una extraña danza, con saltitos como de pájaro. Horacio los miraba contento y le parecía escuchar los óseos chasquidos de aquellas piernas reumáticas. Humphrey los contemplaba enternecido y el niño de la primera comunión continuaba berreando.

Horacio no deseaba perder tiempo. Una vez que los viejos, fatigados y jadeantes, cesaron sus evoluciones, tomó una cinta métrica y comenzó a medir el cuerpo del de los bigotes enhiestos, a su juicio el mejor conformado. Luego perforó a mano los datos en una tarjeta especial y despidió a los ancianos. Vio cómo se alejaban con andar lento y sinuoso, evitando pisar las líneas que separaban las losas de cemento de la banqueta.

Quedaba el problema del niño. En cuestión de principios Horacio era inflexible. Porque así lo prescribían sus convicciones, se negaba a fabricar un traje para el acto eucarístico y no iba a permitir que lo ablandaran ni los lagrimones y aullidos del niño ni las espesas gotas de aceite que resbalaban de los ojos fotoeléctricos de Humphrey. Erguido y severo el continente, Horacio fue a colocarse al lado de la puerta, con una mano empuñada sobre la cintura y la otra señalando implacable la calle. El pequeño entendió de qué se trataba. Detuvo su llanto y con voz melindrosa solicitó otro vaso de horchata.

Horacio estimó que regalar un poco más del líquido no menoscabaría sus principios, de modo que

fue a la trastienda por el refresco. A su vuelta, presencié un espectáculo aterrador. El chamaco, pantalones y calzones abajo, había trepado al mostrador de mármol. Meneaba las caderas en giros sicalípticos, una de sus manos se agitaba en lo alto y con la otra sostenía su respetable adminículo urinario, del cual brotaba un chorro espeso que empapaba los cortes de casimir colocados en la plancha.

En su apresuramiento por impedir aquel acto vandálico, Horacio dejó caer el vaso con horchata y resbaló en esta sustancia. Fue a dar de bruces a un lado del mostrador y entonces el pequeño, riendo y gozoso, cambió el rumbo de sus efusiones para bañar la rizada cabellera. A gritos, Horacio solicitó la ayuda del autómata, pero Humphrey no estaba programado para intervenir en tales emergencias y permaneció inmóvil. Un alegre ruidillo metálico, como de tuercas y tornillos agitados en una caja de latón, brotaba de la ranura central de su cabeza.

El niño al fin cerró la espita. Horacio, apoyándose en el mostrador para evitar nuevos patinazos, se incorporó con dificultad, tomó un puñado de pañuelos de papel y comenzó a secar el líquido que le corría por el rostro y la nuca y le empapaba ya el cuello de la camisa.

—Esto vas a pagarlo muy caro —aseveró.

En contundente respuesta, el niño dejó que el chorro manara de nuevo sobre los casimires. Horacio dijo no, no, no y produjo un gesto de súplica y sus palabras se elevaron dulces.

—Está bien, detente, te lo ruego. Vamos a hacer ese traje con chaleco, faja, capita, bonete y todo lo que quieras.

Horacio, en efecto, era inflexible en cuestiones de principios, pero uno de sus más elevados principios consistía en no permitir que le orinaran la materia prima por asunto tan fútil como un trajecito de primera comunión.

Decretada la paz, Horacio tomó las medidas del niño y perforó una segunda tarjeta. En ese lapso, Humphrey estuvo acariciando con sus manos sintéticas la suave cabellera del infante.

Antes de dar de comer a mis mascotas y nutrirme yo mismo, tenía que alimentar a Humphrey con las tarjetas. Hice una seña y mi fiel sirviente se acercó con docilidad, inclinó la cabecita metálica y deposité las tarjetas en la ranura colocada en lo alto. En su frente se encendió un foco rojo —incontestable señal de inteligencia. Luego puse en sus manos tres cortes de casimir y el robot, con los paquetes bajo el brazo, fue a colocarse tras el mostrador y se dispuso a trabajar. A punto de abandonar la sastrería, pregunté a Humphrey si no le faltaba aceite. Dijo que no. Pregunté si la carga de sus baterías andaba bien. Dijo que sí.

DATOS TÉCNICOS:

Nombre: Humphrey H. Humphrey (la hache intermedia significa Humberto, pero no responde por ese nombre).

Tipo: Robot de fabricación especial, entrenado

y programado exclusivamente para labores de sastrería y juego de damas chinas.

Construcción: Fabricado con materiales seleccionados mediante exhaustivo control de calidad. Aleación cromo-níquel (65/35%) para cabeza, tronco y extremidades inferiores. Fibras sintéticas combinadas con tiras de aluminio para las extremidades superiores. Para la visión cuenta con celdillas fotoeléctricas y lentes Schneider-Hasselblad. Funcionamiento: Trabaja con circuitos electrónicos de transistores diseñados por IBM según diseño de HT.

Energía: Se la proporcionan cuatro baterías Eveready para transistores, número 1050 (las del gato).

Peso: 144.225 kg.

Estatura: 1.51 m.

Sistema de sonido y recepción: Apple & Apple Pie, Camden, N.J.

Antes de comer leí una carta que había llegado por la mañana:

Cadena de nuestra Señora del Carmen la empieza el padre Fernando debe dar la vuelta al mundo haz 29 copias y mándalas a tus parientes o amigos y antes de nueve días gana un millón de Dólares en tu país Antonio Martínez tomó a broma esta Cadena y ordenó a su secretaria que hiciera las copias pero se le olvidó repartirlas y perdió el empleo y se encontró a

las puertas de la Muerte isabel rosas perdió las copias y la vida por ningún motivo no dejes de hacerlas antes de nueve días y resultará la sorpresa de tu vida ten fe en Dios y no pierdas las Esperanzas.

Inmediatamente ordené a mi hermana que hiciera las copias y me prometí perforar una tarjeta para que Humphrey las repartiera a los clientes. No soy supersticioso, pero la oportunidad de ganar un millón de dólares no se presenta todos los días. Además, por los diarios me había enterado de que el tal Antonio Martínez estuvo efectivamente a punto de morir a causa de la puñalada que le asestó el fanático que inició la cadena. Fue un caso muy sonado y sin duda ustedes leyeron algo.

Con la conciencia tranquila me senté a comer. Hubo sopa de letras, filetes de mojarra y ensalada de pepinos. Rematé con gelatina de frambuesa y los remanentes del agua de horchata. Después, entre eructos y regüeldos, di un paseo por los estrechos pasillos del departamento y luego me encerré en el estudio, donde dormí una breve siesta. Desperté con humor alegrísimo. Mi hermana y mi madre se hallaban idiotizadas frente al televisor viendo y oyendo una telecomedia, y como no las soporto (a mi madre y a mi hermana) decidí salir a visitar a ciertos amigos.

Se trata de unos muchachos extraordinarios que habitan una pequeña mansión en las afueras de la ciudad. Ninguno trabaja ni tiene intención de hacerlo. Viven de la explotación de mujeres en pequeña escala; es decir, mujeres que miden menos de un

metro veinte de estatura, las cuales alquilan a ciertos circos que recorren el interior de la república.

Horacio, con bastón, bombín y envuelto en el boudelaireano traje, subió a un autobús de segunda (los de primera no llegaban a la colonia Maravillas) en cuyo interior se mezclaba toda clase de nauseabundos olores. Sin arredrarse, se colocó sobre nariz y boca el pañuelo previamente humedecido en una loción poderosa y fue a sentarse al fondo. A lo largo del trayecto, el sastre, desentendido de la multitud que combatía por los espacios, se entretuvo tomando apuntes en una libreta de tapas verdes. Por fin, a las quinientas, el camión llegó a la colonia Maravillas. Horacio se abrió paso hasta la puerta utilizando su bastón a manera de lanza y descendió majestuoso. Ante sus ojos se extendía un paisaje infinito de casas de lámina y cartón, cruzado por un camino polvoriento a cuyo término se alzaba el caserón de troncos que habitaban sus amigos.

Horacio contempló el camino cubierto por una gruesa capa de polvo negruzco mezclado con basura. Probó con la contera del bastón, que se hundió lo menos diez centímetros. Fijó luego la mirada en sus botines de cabritilla, elegantes y suaves, del color del vino, y sin vacilaciones se sentó en una piedra a la vera del camino para despojarse del precioso calzado y los calcetines de lana. A pie desnudo, con las perneras del pantalón remangadas hasta las rodillas, el bastón bajo el brazo y un botín en cada mano, echó a andar y sin contratiempo llegó a la casa. Antes de

llamar con el aldabón de hierro que representaba una cabeza de carnero, despolvó sus claros pies con un pañuelo de papel ensalivado y se enfundó calcetines y zapatos.

Alguien abrió la puerta y el sastre fue recibido por una espesa nube de humo con inconfundible y poderoso tufo a marihuana. Forzando un poco la mirada, Horacio descubrió tras la humareda a Juan Juanito, amigo de la infancia, escritor de violencias, adalid invencible entre los fumadores de la hierba maldita. Se abrazaron. Hubo una colisión y un intercambio de fragancias: la vigorosa esencia que envolvía a Horacio y el rudo olor a petate quemado que despedía Juanito.

En la sala —si es que resulta lícito llamar sala a la habitación amplia, alfombrada y sin muebles, de cuyas paredes de madera basta pendían cuadros abstractos, amuletos huicholes y cuatro enanas por el momento desempleadas— se hallaban, además de Juan Juanito, siete arcangélicos sujetos de mirada vidriosa, varios ceniceros colmados, un radio funcionando a todo volumen y las dichas enanas, de mirada tristísima, colgadas de alcayatas.

Horacio se dejó caer en la alfombra, puso a un lado el bombín y el bastón, se apoderó del primer carrujo que estuvo a su alcance y dio tres profundas fumadas. Hubo un largo periodo de tranquilidad. En ese lapso todos permanecieron inmóviles, con la mirada fija en las humosas figuras que se formaban y se disolvían en la mitad superior de la habitación. El

radio dejaba escuchar una apacible cantata de Bach. La voz de un locutor que pregonaba las excelencias de cierto magnífico coñac sacó a los fumadores del estado de gracia. Los amigos saludaron a Horacio y alguien propuso que, para agasajarlo, bebieran unos tragos. Horacio proporcionó los billetes y una de las enanas fue bajada de su alcayata y enviada por un par de frascos de ron. El radio inició la transmisión de un poema del notable Alejandro Caribdis y al punto fue silenciado.

—Esos versos los dedicó el poeta a su herramienta sexual —dijo uno de los fumadores, de nombre Rafael—. Llevan por título “Mirándola dormir”.

Horacio, que durante su infancia michoacana había tenido trato informal con el noble clasicista, se negó a secundar las risotadas. En cambio dijo:

—Mucho he pensado estas últimas semanas, he dado vueltas en torno a ciertas ideas y he concluido que la revolución ha dejado de ser una esperanza para nuestros pueblos.

—Veía millones de hojas de hierba agitadas por un ventarrón... ¿Qué digo? ¿Las veía? En realidad era una percepción táctil —comentó uno llamado Baraquiel, dejando ver infames huecos en su dentadura. Cada una de las hojas agitadas por aquel viento azotaba mi piel. Después pasaron dos jinetes muy formales, el primero con uniforme de lancero, el otro ataviado de húsar. Uno de ellos elevó la mirada al cielo y dijo “¡atiza!”

—¡Inconcebible! —exclamó el redondo Uriel.

—¿Eso dijo? —preguntó Horacio con infinita seriedad.

—Sí, dijo “¡atiza!” y agregó: “El tiempo no existe”.

—Es extraño —comentó otro de los fumadores, Miguel de nombre, alto y musculoso.

—¿Qué tiene de extraño? —repuso Baraquiel, cargándosele ya la voz de resonancias guerreras.

—La clase obrera —alzó la voz Horacio y logró frenar en seco aquel intento torpe de belicoso diálogo— se ha aburguesado, ha perdido la conciencia de clase en el ir y venir de regímenes pretendidamente revolucionarios. Su despolitización es total, absoluta, no cree en el socialismo sino en el contrato colectivo de trabajo. La clase obrera, camaradas, ha dejado de ser rebelde y revolucionaria, puesto que ahora tiene mucho que perder.

La brusca irrupción de la enana mensajera provocó que todos se desentendieran del discurso y fijaran la mirada en las botellas. Horacio arrebató un frasco a la mujercita y alguien se encargó de despojarla del otro y colocar a la menor en su alcayata. Las botellas comenzaron a desplazarse de boca en boca.

—Un espantapájaros agitó brazos y piernas y saludó con el sombrero puesto después de interpretar al violín los *Aires gitanos* de Sarasate, compositor que con ese nombre debió de ser un gran borracho —apuntó Gabriel, un individuo zambo y desguangüido que había saciado ya su sed.

—¡Imposible! ¡Falso! —dijo Yeudiel con esa voz

tonante que inusitadamente provenía de un cuerpo escuálido.

—¡No puede ser! —comentó Ragüel.

—¡Sí! El espantapájaros no se quitó el sombrero para saludar.

—Es extraño —repitió Miguel.

—Algunos —tornó a elevarse ácida la voz de Horacio— tienen la casita que pagan a plazos, un cochecito de segunda mano, el terreno que sueñan ranchito, granja o chalé de retiro, lavadora automática, televisor, estéreo. En cambio, la revolución, nuestra revolución, poco tiene que ofrecer. ¿Con qué cara acudiremos a decir a los obreros dejen sus casas, abandonen sus automóviles y vayamos a hacer la revolución? ¿Con qué cara, repito? Nos preguntarán sin duda qué va a proporcionarles la revolución, qué recompensa obtendrán a cambio de batallas, dolores y sacrificios. ¡Ah, es terrible! En nuestro tiempo nadie desea arriesgar la vida por un ideal, por el abstracto y complejo concepto de libertad. Ariel ha muerto, ¡viva Calibán!

Horacio mostraba una cara triste cual nalga de mandril. Una de las botellas, tras una ronda que casi la dejó exhausta, llegó de nuevo a sus manos y allí quedó girando hasta que Juan Juanito, comprensivo y paciente, lo ayudó a llevarla a sus labios.

—La única clase revolucionaria ha renunciado a su condición de clase y a las altas tareas que constituyen su responsabilidad —concluyó Horacio apenas despegó la botella, vacía ya, de su boca.

Escasamente se atendía a sus palabras. Una vez que se agotó el ron, la reunión comenzó a declinar. Los siete amigos de arcangélico nombre se apoyaban en la pared con los rostros contritos, las piernas estiradas y flojas, y paulatinamente iban deslizándose al piso. Las enanas, desde sus alcayatas, agitaban brazos y piernas y chillaban furiosas exigiendo trago. Más que una exultante demostración de gozo, semejaba aquello una ceremonia de luto y desconsuelo.

Horacio comenzaba a arrepentirse de haber viajado a tan distante paraje para asistir a una reunión de mudos, a un cónclave de zombies. Le parecía que faltaba un cataclismo, una conmoción que modificara los ánimos y de nuevo pusiera en movimiento a la alcoholizada caterva. Si no había discusión, tendría que haber acción. Caviloso, apoyó las nalgas en el antepecho de una ventana y cerró los oídos a la gritería de las pequeñas. Por mucho que lo intentaba, nada demoledor o novedoso se le ocurría, y al cabo de un prolongado esfuerzo imaginativo no concibió sino una insípida batalla de pasteles.

Cerró los ojos y comenzó a visualizar escenas filmicas de tiempos de los Keystone Cops, persecuciones enjundiosas, infinito vapuleo, topes, coces, alguna defenestración sin red. En aquella comarca de la imaginación, los amigos, transmutados en personajes de filmes de Mack Sennett, se trenzaban en furiosa batalla de pasteles. Horacio, de bombín y bigotillo hitleriano, se vio embutiendo tartas de mermelada en las bocazas de las enanas, que así dejaban de

berrear. Iban y venían los pasteles y todos, cada uno, el reparto entero, reían con pegajosas caras blancas, rojas, amarillas, los atuendos cubiertos de merengue. De golpe, una imagen catastrófica frenó los delirios de Horacio. Su traje de lana gris, cortado siguiendo el modelo de alguno que mostrara el poeta Baudelaire, chorreaba empalagosos azúcares. Era espantoso. Y tal vez peor, se dijo Horacio: apocalíptico.

Abrió los ojos y contempló la decepcionante escena que por unos instantes había logrado abandonar. Yacían aún los hombres en la alfombra desparrados, en actitudes grotescas, musitando ayes uno, volviendo dos o tres a la vida. Y, pendientes de las tercas alcajatas de hierro, continuaban las espasmódicas enanas agitando sus cuerpecitos malhechos. Algo faltaba. Quizá la presencia subyugante de Tuxtla. Ella sabía muy bien animar una reunión. En cuanto aparecía y se despojaba de su oscuro velo, comenzaban los gritos: ¡Tuxtla! ¡Tuxtla! ¡Tuxtla! No necesitaba más para transformar en manicomio cualquier ámbito. Volaba su púdico saquito marinero y en seguida, sin inhibición ni descanso, se desparramaban por la habitación la blusa, la falda, las medias. Entonces la concurrencia entera —haciendo rueda, tomados de las manos y en danza frenética— entonaba Doña Blanca.

Hermosa y disoluta muchacha. En puntas de pie y con los brazos arqueados sobre la cabeza, conservando el sostén de rojo encaje fileteado de negro y las diminutas pantaletas que hacían juego, le daba

por permanecer inmóvil. Los danzantes —ellas tanto como ellos— sudaban y aplaudían y luchaban para conquistar el derecho de abrazarla. Al fin alguno lograba ceñirla y los demás se arremolinaban en torno al cuerpo semidesnudo y depositaban babeantes besos en su espalda, en su cintura mínima, en sus muslos de inédita firmeza y preciso grosor.

Tuxtla se hallaba particularmente provista para animar una reunión. Florecía su ausencia, allí solamente se hallaban las enanas. Y era una lástima. Horacio se apoderó de la última botella y bebió ávido las postreras gotas de licor, mientras los semblantes de los resucitados mostraban gestos de abatimiento.

—¡Que vayan por botellas! —clamó alguien.

Una segunda enana fue descolgada y se la envió, sin mayor trámite que el acoso a la billetera de Horacio, por un segundo par de botellas. Y en el instante en que la diminuta mujer cruzó el umbral, a Horacio le nació la luminosa idea de que las restantes pequeñuelas hicieran un estriptís colectivo. Las estridentes enanas aplaudieron la propuesta, de súbito fueron descolgadas y se colocaron en el centro de la habitación. Antes de iniciar el desnudamiento masivo pidieron música. El radio permitió oír algo de Gluck.

—Otro que debió de ser un gran borracho —gritó Baraquiel.

Las enanas, con espléndido ritmo, comenzaron a moverse de un lado a otro como pequeños paquidermos amaestrados. A medida que dejaban caer sus prendas hacían muecas lascivas y groseras, pero

aquellos bracitos y piernitas gordezuelos no enardecían a nadie, menos aquellos pechos pequeños y flácidos o las nalgas planas y amelcochadas. Las tres enanas desnudas se desplazaban en el centro del salón cuando irrumpió la cuarta enana, báquica madre, con el par de botellas bajo los sobacos y los picos cercanos a sus nimios pezones. Al punto le fueron arrebatadas las botellas y la portadora fue arrojada al lado de sus compañeras.

—¡Pero hay un estrato social revolucionario! —bramó entonces Horacio. Y la cuarta enana, impulsada por el alarido, se desnudó con violencia.

Unidas ya las cuatro enanas en la desnudez, comenzaron a cantar cierta canción que, unida la actitud de colocar una mano en la entrepierna, resultaba obscena.

A la víbora, víbora de la mar por aquí pueden pasar...

Horacio las interrumpió con un grito impetuoso.

—¡Faltan tres enanas! ¡Faltan tres enanas!

Cundió el estupor. Cesaron los intentos por aproximar los labios a las botellas y todos, patidifusos, se inmovilizaron. Cuatro enanas había en el principio de los tiempos de esta banda y las mismas cuatro permanecían fosilizadas ante los ojos de la concurrencia. ¿A qué venía lo de las tres faltantes? En el pasmo, la estancia semejava una sala del museo de figuras de cera.

—Pues yo veo las de siempre, están todas las que son —declaró al fin Juan Juanito.

—Faltan tres para que sean siete... ¡Siete! ¿Entienden?

—¿Cómo? —preguntó Yeudiel.

—¿Cómo? —inquirió Rafael.

—¿Cómo, cómo, cómo? —interrogaron las enanas cantando.

—¡Bola de Nieve y las siete enanas! —exclamó Horacio, y le fue imposible ya contener el turbión narrativo que le colmaba el pecho.

—Había una vez un príncipe llamado Bola de Nieve de gran hermosura mejillas arreboladas y dientes perlíferos que cierta vez se perdió en el bosque y encontró una casita con una cama muy grande que le pareció demasiado grande para dormir en ella y tres camas muy pequeñas en las que no hubiera cabido pero nuestro príncipe Bola de Nieve era muy inteligente y unió las tres camitas y sin inhibiciones se tendió a dormir en las camas de los tres ositos del bosque.

—¡Ése era el príncipe Ricitos de Oro! —sonó un grito, pero Horacio no se inmutó.

Poco después llegaron los tres ositos con mamá osa y papá oso y encontraron al príncipe acostado en las camas unidas de los ositos y los pequeños osos preguntaron quién duerme en nuestras camas y papá oso dijo seguramente el lobo feroz pero mamá osa aseguró que se trataba de un vagabundo y entonces papá oso levantó al intruso lo echó al bosque y le dio un puñetazo tan fuerte que lo puso a dormir y mamá osa lanzó la maldición de que Bola de Nieve dormiría por toda la eternidad a menos que la Cenicienta cuyo

trabajo consistía en fregar los pisos en la casa de los Tres Cochinitos le diera un beso y lo despertara pero en eso pasaron por el lugar las siete enanas de nuestro cuento que volvían de su filantrópico trabajo en un prostíbulo y levantaron al príncipe y lo llevaron a su cabaña que estaba en lo profundo del bosque porque las siete enanas conocían muy bien las leyes y estaban enteradas de que se prohibía dormir en la vía pública y además eran expertas en la leyenda que afirmaba que un beso de la fregona despertaría al príncipe pero las enanas no iban a permitirlo porque al fin tenían un príncipe para ellas solas nada más para ellas y colocaron a Bola de Nieve en un féretro de cristal y todos los días lo besaban y acariciaban sus testículos y su magnífico pene adormecido y por las noches cuando salían a trabajar una de ellas de preferencia la menstruante se quedaba cuidándolo y he aquí que una luminosa mañana apareció una muchacha con los vestidos desgarrados y polvorientos y la enana celadora pensó se dijo imaginó es la Cenicienta que viene a robar a nuestro príncipe y tomó el teléfono llamó a las demás enanas y aquellas acudieron y entre todas ataron a la presunta Cenicienta y otra vez entre todas qué mujer tan pesada a pesar de su aire desnutrido la cargaron y fueron a arrojarla al barranco cercano pero resulta que no era la Cenicienta sino Caperucita Roja que astrosa y con ropas desgarradas venía huyendo del Lobo Feroz que había intentado violarla en la casa del hermano Rabito y por eso llegaba con tan lamentable apariencia la pobre pero mientras las ena-

nas la llevaban al barranco apareció en el lugar donde yacía el príncipe la verdadera Cenicienta que besó al mancebo y Bola de Nieve despertó inmediatamente y Cenicienta volvió a besarlo y entonces el príncipe tornó a quedar dormido esta vez para siempre porque Cenicienta padecía halitosis y así fue como las enanas quedaron muy contentas con su príncipe dormido eternamente y Cenicienta desesperada maldiciéndose arrancándose los cabellos quebrando sus uñas y despellejándose los dedos contra las piedras huyó y fue a arrojarle precisamente al mismo barranco en que habían lanzado a la Caperucita Roja pero ni Cenicienta ni Caperucita murieron porque precavidas llevaban paracaídas y se encontraron en el fondo del barranco y fueron muy felices porque descubrieron que eran lesbianas y colorín colorado.

—¡Bravo!, ¡bravo! —exclamaron los amigos de Horacio y las enanas.

El narrador, sudoroso y sediento, mostró la lengua seca y alguien puso una botella en sus manos. Después de beber largamente, deleitosamente, Horacio preguntó a Juan Juanito:

—¿Llamaste por teléfono a Tuxtla?

—No.

—¿Y qué dijo?

—Nada.

—¿Cómo es posible que no haya dicho nada?

—No dijo nada porque no la llamé.

—Pues aunque no la llamaras algo habrá dicho.

La gente dice cosas sin necesidad de que la llamen.

Datos técnicos:

Nombre: Tuxtla Gutiérrez Cheese (de padre chiapaneco enamorado de su terruño y madre inglesa enamorada del marido).

Estatura: 1.62 m (desnuda).

Peso: 52.300 kg (desnuda).

Profesión: aspirante (desnuda).

Apariencia: hermosa.

Sobrenombre: La Montoya.

Razones del sobrenombre: a) Aspira a ser una actriz de la categoría de doña María Tereza Montoya. b) Vulgo: al preguntarse sobre las relaciones de Tuxtla con Fulano o Zutano, invariablemente la respuesta es “la montó ya”.

Posición: horizontal.

Cadera: 110cm.

Dentadura: 32 piezas en buen estado.

Busto: 110cm.

Cintura: 60cm.

Envergadura: Me CENSURADO y el cura.

—¡Hay un estrato social revolucionario! Un estrato social miserable y desvalido —retomó Horacio el inconcluso discurso.

Uriel el Gordo, Yeudiel el Flaco, Ragüel el Bizco, Miguel el Forzudo, Gabriel el Zambo, Rafael el Sordo y Baraquiel el Chimuelo se miraron extrañados. Las enanas comenzaron a recoger sus diminutas prendas. Juan Juanito dirigió al sastre una pregunta:

—¿Vas a contar otro cuento?

—Los que verdaderamente nada tienen que perder —siguió Horacio sin hacer caso de la insolente interrupción.

—¿De quiénes hablas? —volvió a preguntar Juanito.

—De los auténticos revolucionarios de nuestro tiempo.

—¿Quiénes, carajo? —interrogó por tercera vez, exasperado, Juan Juanito.

—¡Los lumpenproletarios, coño! ¡El lumpen!

—¡El lumpen! ¡Viva el lumpen! ¡Gloria a los desheredados de la tierra! ¡Muerte a los burgueses y los proletarios! —gritaban indistintamente los amigos y las liliputienses.

Horacio se acercó a una de las enanas, la hizo que se pusiera de banquito y trepó en sus lomos para continuar el discurso.

—Camaradas de hoy y de mañana: no vengo a traer la paz sino la guerra. No vengo a alentar esperanzas ni a patrocinar espejismos sino a señalar obligaciones. El poder y el despotismo quizás han adquirido nuevas formas, en acuerdo con nuevos aliados, pero bajo sus flamantes facciones alientan antiguos e inalterados afanes opresivos. Nuestros empeños, por tanto, apuntan hacia objetivos preteridos. ¡Expropiar a los expropiadores! He ahí nuestra primera y más grande tarea. Sin embargo los tiempos exigen hoy el cumplimiento de una tarea no por secundaria menos importante: expropiar también a quienes con su tra-

bajo enajenado, su estúpido conformismo y su criminal complacencia contribuyen a mantener la situación de miseria para las mayorías, de inseguridad para los sectores medios y de bienestar para un puñado.

Horacio hizo una pausa para acomodar a gusto el pie derecho sobre la nuca de la banquenana.

—Los burgueses están contra nosotros. Los proletarios, intimidados por los patrones o acariciados por el bienestar, se mantienen al margen, cuando no en franca complicidad con los explotadores. Tienen que ser los pordioseros, los asaltantes, los ladrones en pequeño, los desocupados, los artistas pobres, los campesinos sin tierra y los funcionarios sin funciones quienes en nuestro país eleven las banderas revolucionarias. Es necesario, como bien predicaba el camarada Enrico Malatesta, reavivar el ardor revolucionario, el espíritu de sacrificio y el amor al peligro.

—¡Bravo! ¡Viva el lumpen! ¡Muerte a la burguesía y sus aliados proletarios! ¡Viva la revolución! ¡Venga marihuana!

El último grito puso en movimiento a los revolucionarios de la colonia Maravillas, que corrieron armar los carrujos. La indócil enana que servía de tribuna a Horacio logró zafarse con convulsiones bruscas que por poco le descoyuntan la cadera y la arenga quedó suspendida cuando Horacio Taciturnus fue a dar de espaldas al piso y su cabeza, despojada del bombín, chocó con los gruesos maderos de la pared. Cosa de veinte minutos permaneció el sastre en condición inerte, y cuando al cabo abrió los ojos ya las

enanas y los amigos se hallaban adheridos a largos cigarros de marihuana y comenzaban a petrificarse.

—¡Mal rayo me parta! —rugió Horacio. No puedo permitir que la reunión se pame. ¡Levántense, malditos!, no dejemos que cese el entusiasmo. Propongo que las enanas vayan por otra dotación de botellas.

La propuesta no despertó mayores alegrías, pero con un par de bofetones Horacio sacó del sopor a la enana más alta (que no pasaba del metro diecinueve) y puso en sus manos billetes y monedas.

—Compra cuatro de una buena vez.

La mujercita, acompañada por otra menor, salió lanzando insultos y Horacio se dedicó a levantar a sus amigos. Los ponía de pie y los apoyaba contra las paredes, pero cuando levantaba a Baraquiel, el Gordo Uriel resbalaba plácidamente hacia la alfombra; cuando apuntalaba a Ragüel el Bizco, Rafael yacía de nuevo en el piso; cuando amenazaba a Juan Juanito, llegaban las enanas con el abastecimiento.

Horacio desistió. Las enanas, con exultantes rostros, ofrecían las cuatro botellas. Horacio destapó una y fue a tumbarse a beber en un rincón, echado en un cojín bajo el cual ocultó el resto de los frascos. No había ingerido ni la mitad de la botella cuando sus amigos comenzaron a resucitar. El primero, Uriel el Gordo, se acercó en cuatro patas y mendigó un trago. Horacio le cedió la botella. Después Gabriel, Juanito, Yeudiel y Baraquiel, con aire humilde solicitaron bebida.

Le pareció a Horacio que no era justo facilitarles el acceso al licor. Para forjarse y adquirir temple, el carácter debía someterse a pruebas inclementes; de otra parte, aquellos que eligen siempre la línea de menor resistencia, se debilitan.

—Voy a poner condiciones —dijo.

Los otros, a regañadientes, aceptaron.

—El que quiera ron tendrá que interpretar un numerito.

Gruñidos colectivos dieron fe de la conformidad.

—¿Quién será el primero?

Ragüel el Bizco levantó una mano.

—¿Qué vas a hacer?

—Cantar, bailar, declamar, besarte los pies, lo que quieras. Seré tu perro, seré tu esclavo —siguió recitando el estrábico ante el rostro impassible de Horacio—, donaré mi sangre para tus venas.

—Nada de eso sirve.

—Entonces violaré a una enana.

—Adelante.

Horacio le entregó la botella. Para darse valor, Ragüel bebió un gran trago, devolvió luego el recipiente y partió a desarrollar su número. Las enanas se hallaban echadas a la ventura en un rincón, saturadas de marihuana y ajenas a los importantes acontecimientos que las aguardaban. Ragüel eligió a la más baja (un metro doce), le deslizó los calzoncitos hacia los tobillos y, a la manera canina, procedió a cumplir su trabajo escénico. La copulación duró exactamen-

te nueve minutos, durante los cuales Ragüel bizqueó sin interrupción. Sólo en el momento supremo, mientras un gran espasmo le estremecía el cuerpo, sus ojos se enderezaron. La enana, enredada sin duda en delirios magníficos, no pareció darse por enterada ni de la penetración ni del sublime orgasmo.

—¿Quién es el siguiente?

El Gordo Uriel dio un paso al frente.

—¿Qué harás?

—Violaré a otra enana.

Aunque a su juicio la repetición del acto constituía un exceso, Horacio, no sin mostrar los dientes, transfirió la botella. El Gordo bebió fuerte y tomó a su enana. La cópula duró catorce minutos medidos y la parte relevante del espectáculo fue la pasmosa facilidad con que Uriel agitaba sus enormes y sonrosadas nalgas frente a los rostros complacidos de los contertulios.

Correspondió el tercer acto a Miguel. A pregunta expresa respondió que violaría a otra enana, mas Horacio se opuso enfurecido.

—¡Basta! Que no se diga, y ni siquiera se suponga, que somos entes perversos, incapaces de dar salida diferente a la carga emotiva que fluye en nuestra sangre, a los más intensos impulsos del inconsciente. La libido, camaradas, puede redimirse, a más de en la concupiscencia, en la creación artística o científica y en la libre y voluntaria actividad física.

Miguel, ante la negativa y el discurso convincente, estuvo a punto de volcarse al llanto. Logró sin embargo contener las lágrimas.

—Entonces, cantaré.

Respondiendo a la seña afirmativa de Horacio, subió a una silla y entonó con voz chillona, de espanto, una antifona de autor desconocido. El castigo se había vuelto contra los verdugos y estos maldecían y se taponaban las orejas con pañuelos, calcetines, toda clase de trapos, o bien, sin esperanza, se las cubrían con las manos. Al cabo suspiraron aliviados cuando la silla se desbarató bajo el peso de Miguel y el Forzudo fue a dar al piso, de espaldas, en perfecta horizontal. Pero aun allí tendido continuó largo rato su canto, hasta que una mano caritativa vació en su boca 50 mililitros de alcohol.

Gabriel y Baraquiel decidieron prescindir de las enanas y, con técnica depurada y novedosa, machihembrados bailaron un tango para cumplir su parte. Luego Yeudiel dio fin a los solemnes juegos penetrando a Juan Juanito, a quien se le dio por pasada la prueba por su participación en la sodomía.

La segunda botella transitaba ya los labios de la concurrencia y la animación cundía. Juanito, que se quejaba de dolores rectales, se arrodilló al lado de Taciturnus y le propuso que escribieran un cuento a cuatro manos.

—Yo tengo las ideas y tú el estilo. Eres un genio, Horacio. Aquel cuento que narraste sin pausa ni respiro es una joya. Créeme, tu oficio y mi genio producirán obras maestras.

Horacio estaba muy borracho. Luchaba por mantener los ojos abiertos y la terca cabeza le caía a

cada momento sobre el pecho y tornaba a erguirse y a caer. Juanito interpretó tales movimientos como una tácita aceptación del sastre para el trabajo conjunto y sin vacilaciones definió fecha y hora de la primera cita. La cabeza de Horacio seguía asintiendo.

En eso, inesperadamente, apareció Tuxtla. Recargada en el marco de la puerta, paseaba por la sala una mirada carbonosa. Yo, Horacio, no me daba cuenta bien a bien de lo que allí acontecía. Mi cabeza giraba sobre el cuello y el cuerpo permanecía inmóvil. Intenté detener el apéndice con las manos solas y apelando a toda mi fuerza logré frenarla. Comenzó entonces a girarme el cuerpo. Era cosa de espanto. Y Tuxtla allí, contemplando la desdichada escena, cálida ella y vital, desvergonzada y cachonda. Cesaron de súbito los giros de mi cuerpo y la cabeza se mantuvo quieta y en su sitio, cosa que aproveché para observar el campo de batalla. Yacían mis amigos y las enanas desparramados y revueltos, como en fosa común. Continuaba Tuxtla erguida cerca de la puerta. Quise decir su nombre y sentí cómo las palabras se formaban en mis labios, pero mi boca no emitió el menor sonido, ni una palabra, ni una sílaba, acaso el rumor de un silbido, cierto aire susurrante.

Apoyé una mano en la pared para levantarme y los muros, objetos y personas comenzaron a moverse de atrás hacia adelante, de adelante hacia atrás, alternativamente se aproximaban y se perdían en la distancia. Traté de fijar la mirada en Tuxtla. Un instante la tenía a diez centímetros del rostro y el siguiente

era una figura indefinida y lejana. Todo el conjunto iba y venía y Tuxtla se carcajeaba sentada en la punta de mi nariz o al final de un larguísimo túnel vagamente iluminado. Empeñando mi mejor esfuerzo logré erguirme. Di unos pasos hacia la ventana y la abrí. Un aire caliente y polvoriento me golpeó la cara y me devolvió una pizca de la conciencia extraviada. Vomité varias veces. Sentía cómo el espinazo y los músculos de mi espalda se extendían y replegaban como las cuerdas de un acordeón y me pareció que tocaban la *Estrellita de Ponce*. Elevé luego el rostro hacia el cielo, no para suplicar clemencia o desgranar una plegaria sino con intención de alejar la nariz de la vomitona. En el cielo, un halo anaranjado y desvaído rodeaba la luna. Las hojas de los árboles callejeros hacían castañetear sus filamentos y producían un rumor semejante al del viento circulando entre las hojas de los árboles. El espectáculo era maravilloso. Una mano, en eso, me tomó de los cabellos y me hizo volver al aposento. La mano suave y perfumada de Tuxtla comenzó a rociar mi frente y mis párpados con agua fresca o con ron, daba lo mismo. Abrí los ojos y descubrí que a Tuxtla le había aparecido un grano purulento en una aleta de la nariz.

—Tuxtla —musité—, dulce Tuxtla.

—¿Qué quieres?— inquirió altanera y seca.

—Voy a morir.

Juro por la mamacita del diputado de mi distrito que en aquellos instantes me acometía vívida y feroz la sensación de que me hallaba en trance de par-

tir al otro mundo. Pensaba de últimas en mis pobres mascotas, en la pareja de bacilos búlgaros, macho y hembra, que en esos momentos, inocentes, acurrucados uno al lado del otro, no sospechaban la tragedia que a punto estaba de abatirse sobre ellos. ¿Quién los llevaría a pasear? ¿Quién iba a alimentarlos con su diaria gotita de leche azucarada? Descarté a mi hermana. Esa mujer infame no se ocupaba más que de embadurnarse cremas y aplicarse postizos. ¿Mi madre? La muy canalla haría con ellos lo que hizo con mi calavera.

Una profunda tristeza me sobrevino cuando recordé aquel cráneo pulquérrimo y pulido. Le había colocado un casco militar soviético, ojos de vidrio rojo y una luz interior. Llegó una tarde de visita la comadre Lídora la de la píldora (cierta vez el doctor le recomendó píldoras anticonceptivas orales para evitar el desmesurado crecimiento de su familia y la muy bruta se las introducía en la vagina). Decía que llegó Lídora con su caterva de hijos y los más pequeños, en cuanto divisaron la calavera, prorrumpieron en llanto y gritos de susto. Dijo mi madre que el monstruo aquel sólo servía para aterrorizar niños y sin más la arrojó a la basura. Cosa semejante haría con mis pobres bacilos y sépase que sufrí mucho al imaginarlos, desfallecidos y gimientes, reptando entre los desperdicios.

—Tuxtla —repetí—, Tuxtla.

—Que se conflagre el universo —repuso, áspera y orgullosa.

—Mi sacrificio no será vano —dije. Mi causa es la de los pobres y los oprimidos. Con ellos venceré.

Pero Tuxtla ya no me escuchaba. Sus prendas comenzaron a desparramarse en la alfombra y mis amigos al pronto resucitaron y yo al momento me sentí revivido. Poderes extraordinarios los de Tuxtla; sin duda, Cristo no lo había hecho mejor ante el cadáver de Lázaro. Bailábamos todos enloquecidos alrededor de la Montoya y ella, sin velo, sin blusa, sin falda, se disponía a desembarazarse de las medias.

Doña Blanca está cubierta de pilares de oro y plata. Romperemos un pilar para ver a doña Blanca.

Cantábamos tomados de las manos y de súbito Juan Juanito fue a dar al suelo de violento empujón. Furioso, frenético, iracundo, se levantó y acusó a Uriel el Gordo de haberlo empujado. El Gordo replicó enardecido y acabaron combatiendo, desnudos y sudorosos, en el centro de la sala. Con un sonido como de chapoteo se hundían los golpes de Juan Juanito en la epidermis rosada de Uriel. El Gordo, carcajeante, nada hacía por impedir las rabiosas y anodinas embestidas. Los puñetazos penetraban en su carne como en una enorme bola de suave plastilina y él continuaba riendo.

—¡Abajo, abajo! ¡No lo sueltes! ¡Síguelo! —gritábamos animando a Juanito.

Al fin el Gordo, harto de la estéril confrontación, alzó del piso al rival tomándolo de los cabellos, le atizó un par de bofetones y lo depositó inconsciente en un rincón. Acabada la refriega, devolvimos nues-

tra atención a Tuxtla, que en el entretanto se había despojado de la totalidad de sus prendas y danzaba sobre los inanimados cuerpos de las enanas.

—¡Una rifa, hagamos una rifa! —propuso inesperadamente Baraquiel.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Rifemos a Tuxtla! —coreamos los demás, sin apartar la mirada del cuerpo de la bella, que se sacudía como poseída por el diablo.

Rasgamos una hoja de papel, anotamos nuestros nombres en las pequeñas tiras resultantes que, dobladas, fueron a dar al fondo de mi aplastado bombín. Comenzamos entonces a discutir cuál de los papeluchos sería el afortunado. Deseaban unos que el primero, otros nos inclinamos por el último y ninguno de los bandos se mostraba dispuesto a ceder. Al parecer nunca íbamos a ponernos de acuerdo, pero con su natural sabiduría Tuxtla puso fin a la discusión.

—Será el último nombre que salga del bombín —dijo. Y, unificadas las opiniones, estallamos en gritos jubilosos.

— Pero antes... añadió la más hermosa.

¿Antes? Permanecíamos de rodillas, a la expectativa.

—Antes, será mejor que bebamos un poco. ¡El vino alegra el corazón del hombre! ¡Y sin duda también el de la mujer!

¡No! ¡No! ¡Qué decepción! No deseábamos beber más, habíamos ingurgitado suficiente alcohol. Si lo pedía fumaríamos marihuana, bailaríamos, alguien propuso que nos abofeteáramos, otro sugirió una fla-

gelación colectiva. Cualquier cosa, pero nuestros organismos albergaban litros de ron y nadie deseaba beber más.

—Pues si no beben no habrá rifa.

Aceptamos en silencio y Tuxtla dictó sus órdenes.

—¡Desnúdense y nos sentaremos en círculo! —dijo.

Obedecemos, con excepción de Juan Juanito, que continuaba dormido.

Una botella fue colocada en el centro del círculo y Tuxtla cubrió con el bombín la más apetecible porción de lo que iba a rifarse. Para poner ejemplo, bebió ella. Luego la botella corrió de derecha a izquierda y a mí me tocó beber en cuarto lugar. Después de la primera ronda Tuxtla sacó del bombín uno de los papeles. Contenía mi nombre, así que solicité la botella y bebí hasta perder la conciencia.

Usos y costumbres de las contingencias.

Las contingencias habitan principalmente en las grandes ciudades, pero con frecuencia se las puede localizar en balnearios, centros turísticos y lugares de recreo. (No hay que confundirlas con la muy extendida especie de las mujeres comunes y corrientes, que aunque presentan características similares, se dedican fundamentalmente a labores domésticas y reproductivas.)

Ya se ha dicho que la piel de las contingencias es muy apreciada, sobre todo cuando cubre un esqueleto perfecto y un sistema muscular armónico y bien conformado. Pero las contingencias generalmente (¿Por egoísmo o por falso recato? No se sabe) cubren esa piel con telas costosísimas proporcionadas por los coleccionistas. Mientras más suntuosa es la vestimenta de la contingencia, mejor valorada en los mercados internacionales es quien la porta. Una contingencia ataviada con modestia o vulgaridad es considerada rascuache, pueblerina, de segunda clase.

Las contingencias pueden utilizarse eventualmente para perpetuar la especie. Por lo tanto dedican parte sustancial de su tiempo a las prácticas, ensayos y búsquedas innovadoras en la esfera del acto reproductivo. Las más codiciadas y disputadas son aquellas que a su natural belleza y su buen gusto en el vestir suman una gran experiencia en el acto que desencadena la reproducción. Acótese de paso que, puesto que las contingencias rara vez se usan para multiplicar la especie y en general rechazan el embarazo, son expertas en el uso de recursos que impiden la concepción: píldoras, inyecciones, diafragmas, lavativas, condones, gelatinas y diablitos. En ocasiones recurren al aborto y no pocas han sucumbido en cumplimiento del deber.

Las obligaciones de una contingencia son sencillas y delicadas. Debe seguir esta geisha nativa una dieta balanceada, pero de tal modo prescrita que no se debilite ni pierda la línea; la medicina especializa-

da, debe reconocerse, ha resultado uno de sus mejores auxiliares. De requerirlo, la contingencia está obligada a someterse a masajes y tratamientos —físicos, químicos, herbolarios y demás— que la ayuden a conservar la frescura de la piel y la sobriedad de la figura.

Las labores de embellecimiento y la selección de vestuario para toda ocasión ocupan parte del tiempo de una contingencia. Una experta en maquillaje y una diseñadora imaginativa son elementos indispensables para la contingencia profesional.

Existen escuelas especializadas que ofrecen a las contingencias estudios de buenas maneras. En el caso de que las presuntas carezcan de tiempo o recursos para asistir a tales planteles, el estudio concienzudo de los manuales de Carreño y Martín del Campo puede llenar ciertas lagunas.

La contingencia debe saber de bebidas y bocadillos. Para una profesional sería imperdonable el desconocimiento de los ingredientes y los secretos para preparar un *old fashioned*, un *rhum speed* o un contundente conejo (tequila con refresco de naranja y un chorrito de leche evaporada). Lo mismo debe prepararlos que beberlos sin pestañear. No pocas contingencias han fracasado por su escasa resistencia a las bebidas poderosas o elaboradas con ingredientes exóticos.

Si una contingencia cita con exactitud y oportunidad a Strindberg, a Freud o, llegado el caso, a Gramsci, tales finuras le añadirán un toque muy es-

pecial, que seguramente la conducirá a estratos selectos. Esa cierta erudición es un ingrediente *chic*, pero su uso indiscriminado entraña riesgos, ya que existen coleccionistas (y están en mayoría) cuyo nivel educativo es desastroso y por tanto detestan toda influencia civilizadora. Cuidado, una formación sólida puede ser arma de dos filos.

Los lugares de moda, donde se come, se bebe y se baila bien, o bien los que ofrecen los más sofisticados espectáculos, debe tenerlos la contingencia en la punta de la lengua, con datos precisos de ubicación, especialidades, precios y aun monto de la propina. No escasean los coleccionistas de rancho que desconocen tales refinamientos y muestran gratitud si la contingencia indica los itinerarios del buen vivir.

Para resumir, una contingencia, por el sitio especial y destacado que ocupa en la escala de valores sociales, debe estar preparada para una vida de ocio y frivolidad, y en todo momento dispuesta a erigirse en compañera que atraiga envidias y maledicencias, y a satisfacer en la esfera sexual y en lo demás (que es lo de menos) al más exigente acompañante. El coleccionista que fraterniza con una contingencia espera de ella trato agradable y suma comprensión, complacencia e inmoralidad, alegría y elegancia, belleza y distinción. En ocasiones, una bien calculada dosis de perversidad no estorba.

Horacio había vomitado sobre la alfombra. Y como durante el sueño rodaba de un lado a otro, amaneció batido en sus deposiciones. En cuanto abrió los ojos un paisaje inclemente se desplegó ante él. La primera visión lo ubicó en el infierno, un cubículo de paredes enrojecidas por lo que supuso llamas diabólicas (en realidad eran reflejos de las primeras luces del amanecer), donde algunos esperpentos barbudos, en plena desnudez, dormían entrelazados con unas enanas espantosas y contrahechas, de carnes flácidas y cenicientas, que roncaban como si tuviesen dentro al mismísimo señor de las tinieblas. Los siete arcángeles de la colonia Maravillas y las enanas yacían sobre la alfombra húmeda de orina varia y vómito múltiple. Tranquila aquella gente entre el sonoro pedorreo y los escandalosos borborigmos, con los miembros revueltos en una masa confusa y los agrestes culos apuntando al infinito.

—Dios mío musitó Horacio.

Cerró los ojos y el olfato le confirmó que se hallaba en las profundidades del averno. Olía a excremento. Pero no a mierda pura y buena, sino a infames deyecciones fermentadas por el alcohol, pestilencia a su vez exacerbada por los tufos de la marihuana, la orina y ciertos flujos vaginales.

—Dios mío —musitó Horacio por segunda vez. Y por segunda vez abrió los ojos.

Contempló entonces una escena idéntica a la anterior, pero incrementada por la figura de Tuxtla que, circunspecta y ojerosa, y con malévolos resplan-

dores en la mirada, fumaba instalada en el antepecho de la ventana. Apresuradamente, Horacio formó con los brazos la señal de la cruz.

—Ya lo sospechaba —clamó. Eres, si no el demonio, su semejante, una demonia, un súcubo diría. Tú, perversa, nos has extraviado del camino del Señor. Tú, esposa de Satán, madre de mil engendros, tomaste forma humana para inducirnos al mal y arrojarnos al tártaro.

Tuxtla echó a reír, se atragantó con el humo y su risa se convirtió en un ataque de tos. Era una tos normal, candorosamente humana, pero en los oídos agudizados y desprevenidos de Horacio sonó como un concierto de chillidos diabólicos.

—¡Perdónanos, Señor! ¡Apiádate, dulce Jesús, de nuestras almas! —comenzó a gritar Horacio, y en eso recordó que no era católico ni anabaptista ni adventista del séptimo día y ni siquiera acostumbraba comportarse como cristiano a secas. Cerró los ojos y reflexionó.

No es posible, no puedo hallarme en el averno, no recuerdo haber muerto. ¿Pero es que tiene el muerto recuerdo de su vida, acaso de los últimos instantes de su tránsito? Y ubicándonos en una perspectiva racional, no existe el infierno y mucho menos la gloria. La religión, he sostenido siempre, es el opio de los pueblos. Sin duda no he muerto y mal puede hallarse en los infiernos quien no ha perdido la vida. Además tengo un espantoso dolor de cabeza y, hasta donde sé, a los espíritus, lo que es decir ausencia de

materia, no puede dolerles nada. El ser es primero y la conciencia después, la existencia precede a la esencia. Entonces, ¿qué sucedió, dónde estuve, qué me hicieron, qué hice?

Y en ese instante preciso un relámpago rasgó las tinieblas del entendimiento de Horacio y en rápida sucesión se le presentaron las imágenes de lo acontecido en las horas previas. Tomó conciencia de su desnudez y se vio el cuerpo cubierto de costras hediondas y repugnantes adherencias. Se dio cuenta entonces de que Tuxtla, sentada en el antepecho de la ventana, lo observaba desplegando una sonrisa astuta, y las manos del sastre, en veloz movimiento aconsejado por insospechados pudores, cubrieron su propio pubis.

—¡Tuxtla! —gritó. ¡Sal de aquí inmediatamente!

Pero Tuxtla reía, no cesaba de reír. Asida a la barra que separaba las hojas de la ventana, se estremecía con convulsiones de epiléptica.

—¡Sésgate, gorgona! Deja que me vista... Dame cinco minutos... Tres... Por favor, uno solo.

—Necesitas un buen baño —repuso Tuxtla—, voy a encender el calentador.

Y salió.

Horacio hurgó entre los derrotados cuerpos de los amigos y las enanas y logró recuperar sus ropas. Alguien había vomitado dentro del bombín.

—¡Puercos! ¡Son unos cerdos! Peores aún —murmuró mientras se acomodaba los calzones.

A su vuelta Tuxtla lo halló con el pantalón y la camisa puestos sobre los miembros cubiertos de pegotes miasmáticos. Horacio sintió que un inmenso rubor le subía al rostro y bajó la mirada. Tuxtla encendió un cigarro más y fue a fumarlo cerca de la ventana, de espaldas a la habitación. Con aire digno y reposado, con las restantes ropas y el bombín en la mano, Horacio partió a bañarse.

Volvió Taciturnus con apariencia pulcra, que ocultaba muy bien los excesos de la jornada. El bombín no lo portaba en la cabeza, sino que húmedo, chorreante, lo agitaba con una mano. Destornilló el mango de su alegre bastón y permitió que unas gotas de coñac le resbalaran por la garganta seca, estropajosa. Se sintió mejor.

—Mi querida Tuxtla —dijo parsimonioso—, si lo deseas podemos irnos.

—¿Y estos? —preguntó Tuxtla señalando la pirámide de encuerados.

—Dejémoslos a solas con su vergüenza —propuso Horacio.

Se disponían a salir y repentinamente Horacio colocó su mano derecha sobre la frente, en actitud reflexiva y a la vez preocupada.

—Tuxtla —inquirió en voz baja, temblorosa—, ¿quién fue el afortunado? ¿Quién ganó la rifa?

Tuxtla dejó escapar un suspiro, echó a un lado la cabeza y, con actitud displicente musitó:

—Nadie. En cuanto caíste, como movidos por tu ejemplo se derrumbaron.

Horacio fue esta vez el autor de los suspiros sonoros y profundos, sin duda de alivio, que se dejaron escuchar en la habitación.

—Gracias, querida Tuxtla. Mi reputación está a salvo, has sabido salvaguardar mi honor, proteger la pureza de mi linaje... ¡Tuxtla, te adoro!

—En la cocina hay una cubeta. Trae agua —ordenó la mujer, inflexible.

Horacio salió de prisa y volvió acezante, con la cubeta llena hasta los bordes.

—Bautízalos.

—¿Cómo? —Horacio no había comprendido.

Tuxtla, impaciente, le arrebató la cubeta y volcó el contenido sobre el grupo. Ocurrió entonces un acto de escandalosa resurrección. Los hombres y las mujeres, con ser ellas tan pequeñas, dieron grandes saltos y correataron por toda la habitación. Tiritaban y maldecían a Tuxtla y a Horacio, a su posible descendencia y a sus irremplazables progenitores. Con las manos colocadas sobre los contraídos aparatos sexuales corrían de un lado a otro.

Horacio encontró la situación muy entretenida y fue por algo más de líquido. Los desnudos prorrumpieron en aullidos cuando apareció de regreso con la cubeta rebosante.

—¡No lo hagas! ¡No! ¡Malvado! ¡Cruel! ¡Apátrida!

Las enanas trataban de protegerse bajo las piernas de los hombres y ellos, en su ir y venir, las derribaban. Horacio amenazaba aquí y allá, pero el agua continuaba en la cubeta. Tuxtla se apoderó entonces de uno de los vasos utilizados en el aquelarre.

—¡A ellos!

Una y otra vez llenaba el vaso con agua helada que arrojaba sobre los más cercanos. Los hombres y las enanas tenían cerradas las vías de escape porque, para impedir la retirada, Tuxtla y Horacio, implacables, se habían apostado en un ángulo que dominaba las dos puertas que daban a otras habitaciones. El Forzudo Miguel no soportó más, abrió la ventana y, desnudo, saltó a la calle polvorienta. Los demás, como pudieron, fueron arracimándose ante la puerta del baño, cubículo minúsculo que no lograba darles cabida. Tuxtla seguía repartiendo vasos de agua gelida y Horacio, que había desenvainado la hoja filosa del bastón, pinchaba con entusiasmo los glúteos de sus amigos y de las pigmeas, de manera predilecta el gelatinoso culo del Gordo Uriel.

Hombres y mujeres lograron al fin, no se explica uno cómo, penetrar al baño y encerrarse. Horacio y Tuxtla entonces, muy del brazo, salieron a la calle y abordaron un taxi. Eran las ocho de la mañana y en la esquina vieron cómo Miguel era subido a fuetazos en una patrulla.

2

Horacio escribe acerca de Horacio. Con vastedad ha corrido su pluma sobre las páginas de la libreta de tapas negras. Ya ha relatado Horacio lo que ocurrió

ese jueves. Pero, ¿irá a contar los acontecimientos de anteayer, un viernes gélido y ventoso? La pluma de Horacio se detiene, la deshabitada mano se estremece en el aire, se abre, se cierra, reposa, toma de nueva cuenta la estilográfica —fiel dadora de estilo— porque ahora yo, Horacio, como si fuera otro, distinto del Horacio narrado, daré cuenta de lo que sucedió ese viernes. La pluma baila entre los dedos manchados de tinta, apunta hacia el papel y formula una pregunta en la noche negra, entre las sombras cada vez más densas que circundan el cono de luz amarilla encerrado en el cual Horacio escribe. ¿Qué sucedió —interroga la pluma— luego de que Tuxtla y Horacio abandonaron la casa en la colonia Maravillas?

Capturaron los patrulleros, ya se ha dicho, al Forzudo Miguel, que en santa desnudez huía del agua helada, y a Horacio le destrozó el corazón el espectáculo del amigo fueiteado. Miguel sollozaba dentro de la patrulla y Horacio se acercó al comandante.

—Ese hombre es mi amigo —dijo.

—¿Lo afirma sin vergüenza? El sujeto corría desnudo por las calles y saltó una barda. ¿Sabe adónde fue a dar?

Horacio no lo sabía y lo expresó con franqueza.

—Al patio de una casa donde varias mujeres, desnudas por la fuerza de la costumbre, se bañaban. ¿Y sabe qué hizo entonces su compinche?

—Sin duda se arrojó sobre las mujeres.

—Nada de eso. El muy cobarde saltó la barda de regreso y continuó su carrera por las calles. Aquí lo capturamos.

—¡Estúpido! —clamó Horacio en clara referencia a Miguel. Discúlpelo, ninguna culpa tiene de ser homosexual. Déjelo en libertad, sabré ser generoso.

—¿Qué tan generoso? —preguntó el circunspecto comandante.

Horacio mostró la punta de un billete y el comandante hizo un gesto de desilusión y rechazo. Asomaron dos billetes y mostró el policía un gesto semejante, ya sin desilusión. Dos billetes después el patrullero asintió.

—Puede llevarse a su amigo.

Encendido de vergüenza abandonó Miguel el automóvil y Horacio le prestó el saco para que cubriera sus partes pudendas. La gente del lugar aplaudía y Horacio agitaba con violencia el bombín. No agradecía los aplausos, reconozcamos: agitaba el sombrero para que se secara.

Miguel entró a la casa común y devolvió el saco por la ventana. Horacio y Tuxtla, con los pies hundidos hasta los tobillos en el polvo, caminaron y cerca de la carretera hallaron un taxi que depositó a cada uno en su casa. Así finalizó la aventura emprendida por Horacio tres días antes de este día en que yo, Horacio, como Horacio, referiré lo que sucedió a lo largo del viernes.

Llegué a casa fatigado. Puso mi madre su cara más hosca y amarga en cuanto me vio, pero no se atrevió a decir palabra. Entré al baño, defequé y me di otro regaderazo. Luego me cambié de ropa. Toda la ropa. Mi pobre traje gris estaba hecho un harapo:

manchado de alcohol y vómito, con una gran rasgadura en la pernera izquierda y varias quemaduras de cigarro en el espaldar. Decidí encargar a Humphrey otro, urgente, y mientras lo fabricaba traté de dormir un poco. Humphrey se hallaba sobrecargado de trabajo: tenía que entregar los trajes de los ancianos y del niño meón. Por fortuna es incansable y aguanteador. Si está bien lubricado y sus baterías tienen carga suficiente puede trabajar día y noche sin queja. Nadie es más grande.

Dormí poco más de dos horas. Cuando desperté Humphrey casi había terminado el traje. Para darle tiempo le eché una mirada a mi agenda. Tenía anotadas citas con tres viejos amigos, tres pelones dedicados a diversos menesteres. El primero en antiguos tiempos manufacturaba guantes, es el segundo un ladrón sin tacha y el último tiene por oficio el de filósofo. Me froté las manos del gusto que me daba visitar a amigos tan maravillosos. En eso recordé el asunto del cuento. Había dicho Juan Juanito que vendría por la mañana para que lo escribiéramos y sólo de pensarlo me sobrevino un inmenso malestar. No que me incomodara escribir el cuento, sino hacerlo con Jota Jota. Acude, lo sé de cierto y podría jurarlo ante tribunal, no con afanes de aproximarse a mi talento sino con la vulgar intención de arrimarse a un cuerpo masculino, en este caso el mío.

Lo imaginé con su carita mustia y dulzona diciendo ya estoy aquí, Horacio, qué gusto verte, trabajemos, trabajemos. Apoderado de mis ideas se senta-

ría entonces a escribir y a cada momento me llamaría para consultar si estaba bien ese punto y seguido, si no quedaría mejor punto y coma, si era mejor rabioso que furioso o al revés. No le importaban mis consejos, sino tenerme cerca, percibir el calor de mi cuerpo y el olor áspero que secretan mis glándulas. Y así toda la mañana preguntando y llamándome y exigiendo ideas, y al mismo tiempo procurando apropiarme una de sus escuálidas piernecitas. Qué asco.

No se piense que abrigo prejuicios contra los homosexuales. Cada quien, he sostenido desde siempre, tiene la potestad de hacer de su culo un papalote. Lo que sucede es que Juan Juanito de verdad es repulsivo. Cuando no le da por implorar caricias es un muchacho alegre, simpático, interesante, pero después de lo ocurrido la noche anterior —y conste que de mi parte no hubo más que la equívoca aceptación de escribir juntos— seguramente llegaría envalentonado, en el supuesto de que no desdeñaba yo sus delirios. Me repugnaban su afilado rostro de ratón viejo y sus manitas pálidas y fofas, y el solo pensamiento de tenerlo ante mí me provocó náusea y no corrí a vaciar el estómago porque nada guardaba en él. Diez, cien, mil veces prefería la presencia del negrito catedrático.

El tal negrito es un borrachín viejo, flaco, de mínima estatura y desde luego de raza negra, a quien no se le conoce oficio y sus beneficios provienen de la dádiva. El negro, en fin, se presenta y comienza a preguntar. Imaginen el cuadro. “¿Qué significa ebúrneo?”, dice, y no espera ni diez segundos, ante mi

mudez plena, para dar la respuesta: “Muy fácil, chico, marfilino”. Por latoso que sea el negro, por irritante que resulte su aire doctoral, cincuenta veces escogería su presencia y no la de Juan Juanito. Ante aquel catedrático sólo acertaba yo a suspirar, con rostro indefenso de muñeco de papel, y el negro hablantín y sabelotodo seguía ensartando preguntas y respuestas. “A ver, jijoeputa, ¿cuándo se firmó el plan de Ayala?”, “El 25 de noviembre de 1911”, “¿Quién es el autor de *Pasos de sangre*?”, “¿Quién ha de ser? Eugenio Aguirre”, “Dígame usted dónde nace el río Mississippi”, “En Minnesota, en la zona de los grandes lagos”, y así a lo largo de una luenga y fastidiosa jornada.

La técnica del negro erudito, se sospecha, consiste en aprender de memoria series de preguntas y respuestas sin ilación ni sentido, que no forman parte de un cuerpo articulado de conocimientos. Mas nunca se ha podido probarle nada, pues no permite que se le interrogue. Viene, dispara su erudición en veinte o treinta minutos y se larga, no sin extender la mano, sonriente el cabrón, para recibir una moneda. Y ay de aquél que no la conceda, pues será estimulado con otra media hora de preguntas y respuestas. Con todo, prefería al negrito, pero el que fatalmente apareció fue el inefable Juan.

Imaginen lo demás. Nos sentamos a escribir un texto policiaco, un párrafo él, otro yo, presentes el arrimón de pierna y la mano indiscreta. La repugnancia me dio alas y en un par de horas terminamos el cuento, que sin falta transcribí a mi libreta de tapas

verdes. Después me puse el traje gris que acababa de confeccionar Humphrey y salí a la calle en busca de un taxi que me llevara a la casa del Pelón que Hacía Guantes.

Durante algunos meses fue este Pelón mi proveedor de guantes. Sucedió esto antes de que inventara yo a Humphrey, tiempos en que heredé la sastre-ría y me veía forzado a cortar y coser las prendas yo mismo. En ocasiones los trajes me quedaban cortos de una pierna —sin caer en excesos— o con una hombrera más abultada que su contraparte. Emprendía sin demora las composturas, pero a fin de ofrecer reparación a los clientes, regalaba con cada traje un par de guantes proveídos por el Pelón a un precio ínfimo. De lana, piel de cerdo, anca de potro, cabritilla, gamuza, inesperada piel de tiburón.

En aquel tiempo la desgracia se abatió sobre mi amigo. Un resbalón en la tina, el choque atroz de la columna vertebral con el borde y la súbita pérdida de la sensibilidad en las manos. Tuvo que someterse a varias operaciones, estériles, y al cabo abandonó el negocio. Privado de los guantes, quiso la fortuna que concluyera en esos días ciertas investigaciones electrónicas y pude fabricar a Humphrey, quien hace trajes perfectos, sin que les falte manga o les sobre entrepierna. El Pelón, por su parte, hombre voluntarioso y tenaz, pasando por encima de todos los obstáculos halló modo de ganarse la vida: integró un conjunto de rocanrol en el que canta y toca el requinto. Le va bien, ha grabado cinco elepés.

De la libreta de tapas verdes

Horror bajo el cielo

Por J.J. y H.T.P.

La víspera de su cumpleaños, Duodeno Jiménez compró un par de dagas y un revólver. Esa noche, al llegar a casa ocultó las armas bajo el colchón. Ahora podría materializarse la idea que siempre lo había obsesionado, la misión que estaba obligado a cumplir en este mundo infame: matar a esposa, amante y novia en un solo día. Cumplir uno cualquiera —y tal vez hasta dos— de esos asesinatos hubiera sido fácil, pero la realización del triple crimen había presentado hasta entonces dificultades insalvables. Sin embargo la tarde anterior, al fin, se había conseguido una amante y ahora contaba con las tres mujeres destinadas a perecer degolladas o a tiros.

Se tumbó en la cama para planear el triple asesinato que proyectaba para el día de su cumpleaños. El día siguiente alcanzaría los 25 y realizaría su mayor anhelo: obtener la celebridad a cualquier costo. Por un momento cruzó su mente la idea de aniquilar también a su madre, pero al recordar que la pobre descansaba en la tumba desde cinco años antes, desechó la idea. Un fiambre no sirve de nada, se dijo. Luego, bebiendo tequila, se dedicó a pensar cuál podría ser la cuarta víctima, número que sin duda lo inmortalizaría, provocaría su inclusión en el museo de cera. ¿El padre, la hermana, la hija? Pero qué tontería, qué pésima memoria. Su padre, campanero en un templo,

había muerto cuando un vuelco de la campana mayor lo arrojó desde la torre más alta. Su hermana se hallaba lejos, en paisajes nevados. Y su única hija, la inválida...

El recuerdo de su hija le atrajo lágrimas. La imaginó en la silla de ruedas recorriendo los corredores lóbregos del hospicio. Pobrecilla. Tuvo que internarla en el orfelinato, haciéndola pasar por una niña hallada en la calle, durante una época crítica: el oficio de plomero no le daba para comer y tuvo que mandar a la esposa a vivir con los padres, la hija fue a dar al hospicio y él se conformó con vivir de lo que buenamente conseguía apelando a la caridad. Más tarde vino el triunfo y con él la opulencia. Un día lo contrataron para instalar las cañerías en casa de un político en ascenso. Lo hizo tan bien que más y más políticos lo llamaron, y algunos de ellos se hicieron empresarios y Duodeno, el plomero sin tacha, montó drenajes y relucientes tuberías en fábricas e inmensos edificios de oficinas. Pudo comprar casa y coche y se reunió con la esposa. La hija, sin embargo, permaneció en la casa de inválidos. Allá, después de todo, era feliz entre sus iguales.

A los 24 años Duodeno había triunfado: consiguió novia y amante en días consecutivos. Pero la hija, la hija... Con todo, la hija era feliz. En el hospicio, pese a su corta edad, tenía novio. Un niño que carecía de brazos y piernas, pero usaba miembros rehabilitados. El único inconveniente, acaso, era que al acariciar a la niña le hacía daño, la lastimaba, le provoca-

ba incontenibles hemorragias (¿es necesario explicar que la pobre era hemofílica?) y los surcos de los garfios le señalaban piernas, brazos y rostro. Sin que su juventud fuera obstáculo, el novio formaba parte de la banda de música del orfanato, integrada por lisios que se dedicaban a deleitar a los anormales que radicaban en el lugar con la esperanza de recuperar la salud y obtener padres o al menos tutores. Era el novio un excelente flautista.

El hospicio era un lugar extraño, poseído por una irrevocable perversidad, donde la sorpresa y el estupor no se hallaban ausentes. Los castigos a los que no observaban buen comportamiento siempre fueron originales. Si un interno importunaba a sus compañeros durante la comida, era arrojado a los perros que custodiaban el lugar: mastines que invariablemente padecían hambre. Ya que consideraban (las autoridades de la colectividad, no los mastines) que el castigado estaba lo suficientemente mordido, lo sacaban al sol, desnudo, y permitían que las hormigas (tambochas brasileñas) de un criadero particular se pasearan por las heridas untadas con miel. La hija, pobrecilla, definitivamente sobreviviría. Asesinarla hubiese sido un acto de caridad que no estaba dispuesto a perpetrar el día de su apoteosis.

Duodeno comenzó a repasar otras posibilidades. Por ejemplo el director de un diario para quien hacía trabajos: hombre malencarado y neurasténico, imitador de Hitler en aspectos a veces no tan inocentes. Cuando cierto reportaje no le satisfacía, se revol-

caba en el piso y tiraba dentelladas a las alfombras, y en alguna ocasión, contaba la leyenda, envió a la cámara de gases (privada) a un reportero que se atrevió a defender un escrito. El problema con ese cascarrabias era que poseía una pandilla de guardaespaldas perfectamente adiestrados: ocho antiguos porros universitarios.

Avanzaba la noche en la persecución de los rincones. Duodeno, en la cama, insomne, giraba sudoroso mientras repasaba el inventario de parientes y conocidos en busca de una víctima más. Desesperado, optó por masturbarse, e inmerso en tan misógina tarea lo venció el sueño. Sudaba a mares y lo asaltaban truculentas pesadillas, relacionadas todas con su tema principal: la muerte cruenta, y por su mano, de un elevado número de personas, hechos que le permitirían obtener notoriedad bastante para igualar a Frankenstein, Capone, Landrú, Jack el Destripaterrones. Se veía, en aquellos delirios, agazapado en un callejón oscuro, acechando (y a la vez asechando) a transeúntes incautos. Entonces una anciana, garante de un menor que aprendía a caminar, se internaba en la calleja. Duodeno se arrojaba contra ellos, introducía la daga en un ojo de la viejecita que saltaba (el ojo) al centro del pavimento, donde con fugaz estrépito un auto lo hacía papilla. El niño daba un grito y pretendía huir, pero Duodeno era más rápido y de una patada lo inscribía en la pared. La anciana, con el puñal hundiéndose una y otra vez en su garganta, no acertaba a pedir auxilio y al fin, exangüe, vivo

su único ojo, suplicante, partía hacia el otro mundo. Duodeno echaba a correr jubiloso y se escondía en otra callejuela, empuñando un revólver.

Al despertar tenía veinticinco años, un apetito descomunal y una sola idea obsesiva y regocijante: cumplir la misión que se había fijado. Mirándose en el espejo del baño descubrió en sus ojos que esa mañana, más que nunca, odiaba el mundo. En el despacho revisó las armas alineadas sobre el escritorio, mortales instrumentos aceitados y relucientes. Acarició dagas y machetes, dos sables, un fusil y diversas pistolas y revólveres. Y en esos dulces minutos columbró, supo, que la cuarta víctima sería su suegra. Una mujer gorda y fea. Hablantina e inculta. Sucia y tonta.

El primer acto de importancia que realizó Duodeno aquella mañana fue acercarse a la cama de su mujer y descerrajar en la frente de su antigua amada la carga entera de una Star 9 milímetros. Colocó luego la escuadra en la mano de ella, de modo que la policía pensara en un suicidio y le diera tiempo para asesinar a las mujeres restantes. Salió a la calle y en un taxi se dirigió a la casa de su amante. Entró sin hacer ruido, valiéndose de la llave que mandó hacer en un descuido de Melibea. Avanzó de habitación en habitación y en el vestidor tropezó con una lámpara. Melibea despertó y, ronroneante, dijo: “¿Eres tú, Calixto, mi amor?” No llegó a saber si era Calixto. Duodeno entró como un relámpago y le partió el corazón con un estilete siciliano.

Faltaban la novia y la suegra. Correspondía a ésta ser la última y debía morir por estrangulamiento. Duodeno se dirigió a un teléfono y marcó 04 (información). Pidió el número de una agencia funeraria y llamó después a la agencia y apartó cuatro ataúdes de fresno. Luego marcó el número de un depósito de cervezas y solicitó un cartón de bien helados cuartitos para la casa de su suegra; así tendría oportunidad de beberse unas frescas antes de dar término a su obra. Por último marcó el número de la novia, la citó en el Parque Hundido y en este lugar la ultimó de varias puñaladas intercostales. Por fin quedaba listo para cumplir el último acto de la gran obra que lo inscribiría en la historia del crimen: la muerte de su suegra. Cruzó la calle velozmente en seguimiento de un taxi e inesperadamente un autobús de la línea Insurgentes-Bellas Artes lo embistió por la retaguardia. Allí quedó Duodeno.

Nada permaneció de su hazaña inconclusa sino una nota en las últimas páginas de un diario matutino: Henloquecido, hasesinó ha su hesposa, ha su hamante y ha su novia. Después se suicidó harrojándose bajo las ruedas de hun hautobús.

La suegra, entre atribulada y sonriente, leyó la noticia mientras saboreaba una cerveza gélida.

Sin dificultad abordé un taxi y en cinco minutos llegué a casa del Pelón. Lo encontré practicando la cí-

tara, con un carrujo de marihuana al lado y frente a un cartel de Ravi Shankar sujeto a la pared. Me hizo una seña (el Pelón, no Ravi) y me acomodé en el suelo. Una segunda seña (de Ravi, no del Pelón) me sugirió que atacara la hierba achicalada, pero decidí abstenerme: la experiencia de la noche anterior me tenía traumatizado.

Durante más de cuarenta minutos escuché en silencio el estridente ejercicio. El Pelón ni la molestia de volverse a verme se tomaba, embebido como estaba en el arte de pasar sus artificiales manecitas por las cuerdas del instrumento.

Pero aquí debo pedir perdones y ofrecer disculpas. Había omitido referir que, a resultas de aquella caída en la tina, a la larga el primer Pelón de esta historia perdió las manos. Para poner remedio, mediante una operación de avanzada le implantaron manos metálicas que en vez de cinco cuentan con siete dedos, capaces de oponerse entre sí. Eso le permite tocar la guitarra eléctrica con la facilidad con que cualquier mortal toca esos pianitos que indican con números la tecla que debe pisarse, pin pan, para arrancar un do o un fa. El único inconveniente es que cuando conecta con instalaciones defectuosas recibe descargas eléctricas que le arrancan aullidos pavorosos. No hay mal que por bien no venga: tales alaridos han propiciado su éxito como cantante.

Al cabo de cuarenta minutos y varios carrujos más, el Pelón dejó la cítara y se acercó a saludarme. Sus siete dedos delgados y brillantes, aunque un

tanto oxidados en las articulaciones, estrecharon mi mano manicurada y sentí un raro estremecimiento.

—¿Qué te trae por aquí? Milagro que recuerdas a los amigos —dijo el Pelón con aire jovial.

Por unos momentos no supe qué decir. Mi gran decisión estaba tomada y me resultaba difícil comunicarla.

—Vengo a despedirme —murmuré al fin.

—¡Qué sorpresa! ¡Así que viajas! Los viajes fatigan el cuerpo pero refaccionan el espíritu. Y como dijo... ¿Quién?... No importa. Los viajes ilustran... ¿Adónde piensas ir?

Después de tan entusiasta párrafo, más duro me resultó expresar a dónde me dirigía. Si se desconocían las sublimes razones que me impulsaban, mi interlocutor, con toda razón, pensaría que era yo un estúpido al escuchar el nombre de un lugar al cual puede llegarse en autobús o tranvía. Me armé de valor.

—A Xochimilco —expresé con firmeza.

Primero hubo en el rostro del Pelón un gesto de incredulidad, que paulatinamente se fue convirtiendo en una mueca de rabia y acabó por transformarse en una expresión de burla y desdén. Al final sonó una carcajada, luego varias más. El Pelón reía y no dejaba de reír y me tocó turno de montar en cólera.

—No te rías —dije—. Voy a Xochimilco pero no volveré.

Ante mi tono seco y escarpado el Pelón dejó de reír, pero mantuvo una sonrisilla maliciosa.

—Bueno —dijo con sorna, pero puedes escribir. Deja tu dirección y prometo que te visitaremos.

—Me verán una última vez —dije circunspecto—, pero yo no los veré a ustedes. Tienes que creerme, Pelón.

Percibí la cursilería latente en esas mis palabras y me imaginé semejante al quinceañero que amenaza a la novia infiel con un impensado suicidio. El Pelón dijo que no entendía y echó a reír de nuevo.

—No te mofes, Pelón, te lo suplico, es asunto serio. Voy a Xochimilco, pero se trata de un viaje sin retorno.

No sé si lo convenció mi aire triste o mi tono compungido, pero el Pelón contuvo la risa y se invistió de gravedad.

—No entiendo nada. Explicame.

—No puedo explicarlo. Ya se enterarán.

El Pelón Que Hacía Guantes asintió y luego, poseído por la mala sangre, emprendió un acto criminal, indignante. Sus deditos de aluminio comenzaron a tocar en la cítara *Las golondrinas*. Es cierto que arrancaba al instrumento sonidos bellísimos, de un refinamiento inaudito, pero no fui capaz de soportarlo mucho tiempo. Me consideré burlado, humillado, escarnecido y salí de su casa. Para siempre.

Antes de echarme a buscar un taxi para dirigirme al domicilio del segundo de los Pelones, me entretuve haciendo que limpiara mis zapatos un bolero comunicativo. Para olvidar la rabieta provocada por el Pelón I, me dispuse a elaborar un libreto mental. Sin duda ustedes desconocen qué es un libreto mental, y aunque me molesta explicarlo, estoy dispuesto a condescender.

Un libreto mental. Hagamos de cuenta que me encuentro en la calle y alguien me dice “hola”. Inmediatamente mi cerebro comienza a funcionar en el modo libreto. Hago un rápido apunte mental de la apariencia de tal persona y paso en seguida a describir sus actos y otros detalles. Se acerca con gesto sonriente, toma mi mano entre las suyas, sudorosas, dice “hola” y veo sus dientes amarillos y sucios, seguramente el tipo acaba de comer albóndigas, etcétera, etcétera.

Es decir, como un buen libretista de cine o televisión, asumo los papeles de cámara y micrófono y pongo en imaginarias páginas lo que veo y lo que oigo. Esto me divierte mucho y me hace descansar. Con el bolero ocurrió lo que sigue.

Exterior. cualquier calle de la capital. Día.

Es una calle céntrica y transitada. Un bolero, hombre de baja estatura, flaco y prematuramente envejecido, se distrae hojeando una revista de muñequitos.

Se acerca Horacio Taciturnus, hombre apuesto, treintón, y *ad libitum* solicita que le den grasa. Con una seña el bolero le indica que ponga un pie, cualquiera, sobre el cajón. Horacio coloca el izquierdo.

En tanto, el bolero ha ido sacando del cajón frascos que contienen grasa, crema, agua jabonosa

y los imprescindibles cepillos, brochas, trapos.
Dice unas palabras con voz nasal.

Bolero:

Viera usted lo mal que andan las cosas, patrón.

Siempre en alerta revolucionaria, atento a toda clase de quejas y denuncias de la ciudadanía, Horacio inmediatamente muestra interés.

Horacio:

¿Por qué lo dice?

Mientras enjabona los zapatos de piel de cocodrilo, el bolero alza la cara para mirar al cliente, que parece preocupado por sus calcetines. El corazón de Horacio, suponemos, late fuerte, pero él no dice nada.

Bolero:

Esos cabrones del gobierno. Uno paga su impuesto y digamos que ya estuvo, ¿no?, anda legal, correcto. Pero ¿qué cree, mi jefe?, no faltan los pinches inspectores que vienen y dicen no, manito, no cumples con el reglamento, ¿dónde está el uniforme? Mira nada más, todo mugroso... Pinches reglamentos, ni quién les haga caso, pero ellos lo que quieren es sacarle a uno la marmaja.

Horacio:

Sí, son unos desgraciados.

El bolero asiente sin desatender su labor. Termina de enjabonar, limpia y comienza a pasar una espesa capa de betún sobre los zapatos de piel de cocodrilo.

Horacio:

En efecto, atravesamos una situación muy difícil, sobre todo para las clases menesterosas.

El bolero levanta la cara átona, interrogativa.

Bolero:

¿Qué es eso de menesterosas, patrón?

Horacio:

Quiero decir la gente de escasos recursos, la gente pobre.

Bolero:

¡Ah, los jodidos! Hablando claro se entiende la gente.

Horacio:

Eso mismo. El gobierno es de los banqueros y los empresarios, por eso no se preocupa sino porque los ricos se enriquezcan más. Le importa un pito que los pobres se mueran de hambre.

Usted lo sabe mejor que yo. En las colonias proletarias no tienen habitaciones decentes, falta el agua, no hay escuelas; en cambio, los curas de esas mismas colonias viven como príncipes.

De súbito Horacio interrumpe la arenga, quizá porque se da cuenta de que está cayendo en un anticlericalismo trasnochado y torpe.

El bolero parece ensimismado en la tarea de frotar los zapatos con el cepillo. De pronto deja el cepillo, mira a Horacio entre sonriente y socarrón.

Bolero:

Pero a nosotros, los pobres...

A Horacio, la justa frase le suena a título de película. Sonríe, no dice nada.

Bolero:

... nadie nos va ayudar. La bola de cabrones no más piensan en lo que sea para ellos, ¿no cree?

Horacio parece a punto de desbocarse y hablar de la gente que se mueve en la oscuridad, hombres que piensan en los principios antes que en ellos mismos, hombres que van a la sierra a sufrir privaciones y están dispuestos a dar la vida por los desamparados, como sucede en su caso.

Pero prefiere callar porque sospecha que al pobre bolero ignorante, si no es agente de la CIA, le sonarán sus palabras a demagogia. En cambio, dice:

Horacio:

Sí, nadie quiere ayudar a nadie. Ayúdate a ti mismo.

Y entonces se siente, cosa que se le nota, el tipo más hipócrita, inane y desalmado del mundo. Tiene la impresión de que estaría bien para el púlpito de una parroquia provinciana. Por fortuna, no deja traslucir sus temores.

El bolero no se muestra perspicaz y está dando ya los últimos toques al brillo de los zapatos de piel de cocodrilo.

Saca Horacio un billete de dos pesos y lo pone en la mano del limpiabotas, quien le lanza una sólida y feroz mirada que parece querer decir “ojete, pinche catrín tacaño, tanto hablar de la injusticia para salir con este miserable duquesito”. Y a Horacio no le queda más remedio que sacar otro billete idéntico que, con dolor de corazón, deposita en la grasienta mano.

Resignado, el bolero se guarda el billete y se desentiende de Horacio. Se dirige entonces, impersonalmente, a la gente que pasa.

Bolero:

¿Grasa, jefe, un trapazo?

En vez de aliviarme, el ensayo guionístico me dejó rendido. Aun así, me eché a buscar el taxi y viajé hasta la casa del Pelón II, quien me recibió envuelto en un batín de seda cruda. Dijo que le daba un gusto enorme posar sus ojos en mi escuálida figura y el adjetivo no me molestó porque el Pelón II dice las cosas con espíritu, pone amor en todos sus actos.

Me acomodé en un sillón reclinable mientras él descorchaba una botella de Napoleón, recuerdo de una de sus recientes incursiones. Dejé vagar la mirada por la sala. Fuera de dos sofás, el reclinable, la gran alfombra amarilla, una mesita de centro en forma de ala de avión y una reciente araña de cristal cortado, en la muy amplia sala no había sino anaqueles de madera basta que cubrían de piso a techo tres de los muros. Los anaqueles mostraban un inmenso, variado y multicolor conjunto de recuerdos: joyas, figuras de barro, placas conmemorativas, guitarras, flautas, estatuillas, binoculares, fanales de automóviles, toallas y ceniceros de hoteles, animales embalsamados, armas antiguas, plantas enanas, jaboneras, primeras piedras, miembros artificiales, cepillos de dientes y hasta el busto de un ex presidente de la república, adornado con bigotes postizos y un sombrero

de mujer con frutas de cera. Debajo de cada objeto, un cartelito indicaba la procedencia y la fecha en que fue incautado. El inventario podría llenar decenas de cuartillas.

Pero no se suponga que el Pelón incautaba únicamente objetos inútiles y sin valor. Estos los adquiría únicamente para satisfacer sus naturales impulsos cleptómanos. Para vivir se apoderaba de carteras de políticos e industriales y vaciaba sus mansiones, saqueaba cajas fuertes, pasaba cheques falsos, falsificaba dólares y esterlinas, vendía ingeniosos animales mecánicos a los zoológicos y, de vez en vez, para no perder la forma, solitario y a mano armada, asaltaba un banco. Conservaba una pequeña fortuna para el momento del retiro, pero la mayor parte de sus ingresos la repartía entre los pobres de las colonias proletarias, donde era conocido como el Pelón Con Suelas de Hule por su costumbre de usar todo el tiempo zapatos con suela de goma. Aun sus elegantes botines de charol llevaban suelas de hule y hasta su perro favorito, Himmler, portaba tapas de hule bajo las cuatro patitas.

Es el Pelón II uno de mis más apreciados amigos. Hombre generoso, valiente, audaz, de nobles sentimientos y buenas intenciones, cuyas ideas libertarias y distributivas nacieron de sus lecturas de Proudhon, Bakunin, Marx y Chesterton. Con nadie como con él puedo franquearme, abrir las puertas de mi corazón, exponer mis ideas políticas y hallar comprensión. Con tal certeza acudí a visitarlo para ha-

cerle saber que me iba y jamás volvería. Tendido muy a gusto en el reclinable, no dejé de mirarlo mientras descorchaba la de Napoleón. En su rostro delgado y juvenil —nadie diría que ya había cumplido cincuenta años— brillaba una sonrisa.

—¿Quieres agua mineral? —preguntó.

—Prefiero café.

Unos minutos después saboreábamos la sabia combinación de coñac y café. Hasta en los más insignificantes movimientos, como tomar la copa o levantar la taza, se adivinaba el concienzudo acondicionamiento físico del Pelón Con Suelas De Hule. Nadaba cada día quinientos metros y en compañía de Himmler trotaba cinco kilómetros; para más, practicaba gimnasia, levantaba pesas y se adiestraba en boxeo y artes marciales.

—¿Eres feliz? —pregunté.

—Casi lo soy —repuso—, sólo me hace falta una buena compañera. Bien sabes lo difícil que es hallarla. Una mujer sin vocación para la aventura no abandonará su existencia tranquila, pero diría que gris, insípida, para compartir las vicisitudes y sobresaltos de mi vida. Algún día la búsqueda dará frutos.

—Sin duda. No desespere.

—No lo haré, en mi oficio se aprende a ser paciente.

El coñac era magnífico, el café también. Allí, cómodo, tranquilo, con buenas bebidas y en agradable compañía, caí en cuenta de que vivía un momento feliz, ocupaba una isleta de gracia plena en el piélago

de mis desventuras. Y justo en ese momento pensé que la búsqueda de la felicidad personal, si no suponía la noble aspiración a la felicidad colectiva, era una causa pobre, mezquina, a la que no valía la pena entregarse.

—Amo la vida —dije— y por eso, sólo por eso, estoy dispuesto a ofrendarla en aras de un ideal. Se es generoso cuando se da lo que se aprecia, no lo que se desdeña.

Largo rato permanecimos cavilosos, paladeando aquel coñac espléndido. No sé en qué se ocupaba la mente del Pelón II. Por mi parte, meditaba la manera de decirle que me iba para no regresar, lo cual seguramente asestaría un golpe demoledor a sus sentimientos. Íbamos entrando en calor y él tenía las mejillas rojas y sus negros ojillos chisporroteaban. No hallaba la forma de comunicarle mi decisión, pues adivinaba que se sentiría herido, y era lo que yo menos deseaba. Al fin opté por el camino directo.

—Vine a despedirme, Pelón —dije.

—Así que te vas de viaje.

—En efecto, un viaje sin retorno —expresé con solemnidad.

No era mi estilo y el Pelón me miró extrañado, inquisitivo, como si desconfiara de mis facultades mentales.

—Quizá te suene absurdo, a locura —continué—, pero es una decisión meditada largamente. Realizaré un acto solitario de protesta, en el fondo un acto de amor, y tú entenderás mis razones.

—Expílicate.

Puse la copa a un lado y contemplé al Pelón con firmeza, sintiendo que en mi interior crecía la fuerza de las convicciones. O decía en ese instante lo que tenía que decir, o reventaba.

—Voy a inmolarme para protestar. Es una idea que desde siempre he tenido. Nadie hace nada por los niños que mueren de hambre, por los ancianos que languidecen en los asilos, por las pobres mujeres que arrastran su miseria por calles lóbregas y sucias, por los obreros que se matan el día entero para malcomer y malvivir. Tengo que hacer algo.

El Pelón Con Suelas De Hule me miraba estupefacto, con la boca abierta y la copa a punto de resbalar de sus dedos. No le resultaban ajenas mis ideas, pero jamás imaginó que me atreviera a llevarlas tan lejos.

—Pensé en incinerarme en el centro del Zócalo —seguí sin pausa, encendido—, arrojarme del más alto campanario de la catedral, ponerme en huelga de hambre, balear a un secretario de estado, pero deseché tales proyectos porque se hablaría de torpes actos de un desequilibrado. Voy a intentar algo de mayor trascendencia: moriré como guerrillero solitario y luego de mi muerte se conocerá una carta que dirijo a los pobres del país invitándolos a que sigan mi ejemplo.

Pese a que flotaba yo en la densa espuma de la ensoñación creada por las ideas que había expresado, pude darme cuenta de que el Pelón se hallaba pasmado. En ese momento su copa cayó al piso y aban-

donamos el ensimismamiento. Corrió el anfitrión por un mechudo y yo me apresuré a llenar nuevas copas. Una vez instalados y con las almas en sosiego, entregué a mi confidente un sobre cerrado.

—Éste es el llamamiento. Cuando sepas de mi muerte abrirás el sobre y lo difundirás. Imprímase y repártase entre los desamparados. Tienes que hacerlo, no puedes fallarme.

—Y no te fallaré —dijo el Pelón erguido, alta la frente, profundo el sentimiento. Luego añadió con timidez: “Sin embargo, quisiera...”

—No digas nada —interrumpí—, no habrá palabras que logren disuadirme. Bebamos, arranquemos a la vida un poco de contento. Por lo demás, ya sabes lo que espero de ti.

Unas cuantas lágrimas corrieron por el rostro del Pelón Con Suelas de Hule.

—No llores —supliqué—, éste es el tiempo de mi mayor felicidad. Así como tú cumples la misión que te señalaste, debo yo enfrentar la mía. Es lo que cuenta.

—Eres joven —respondió el Pelón, al tiempo que enjugaba las lágrimas con las mangas de su batín—, tienes toda la vida por delante.

—Y te aseguro que no querría tenerla por detrás.

Reímos un poco, después bebimos hasta que se agotó el coñac y nos despedimos con un abrazo fuerte.

—Llévate esto, siempre me ha traído suerte —dijo el Pelón cuando estaba yo a punto de abandonar su

casa, y me entregó una pata de conejo. La agradecí con emocionadas lágrimas.

—Y esto te pertenece —agregó al tiempo que me ofrecía mi cartera, que había sustraído durante el abrazo.

En la calle, Horacio Taciturnus Pérez buscó afanoso un taxi que lo acercara a la choza de su amigo el Pelón Soberano, situada en las alturas del Ajusco. Por un par de billetes contrató los servicios de un chofer silencioso y fumador que lo depositó a pocos kilómetros de la cabaña del Pelón filósofo.

Caminaba Horacio aspirando el aire oxigenado del campo y observando las flores y las mariposas que se agitaban en el aire como manecitas que le dijeran adiós. También de ustedes me despido, pensó, me despido de todo lo que amo. Y para demostrar su desmedido amor, apartaba con la punta del bastón, delicadamente, los arbustos que crecían a los lados de la vereda, pues no deseaba lastimarlos. Se sentía inmensamente dichoso, saludable, lleno de vigor y preparado para asumir las responsabilidades que se había adjudicado. Muy cerca, nítida a través de la atmósfera transparente, distinguía una cresta nevada que reflejaba los rayos del sol. Y a pocos pasos, rodeada por un jardín de flores silvestres y un huerto insignificante, halló la cabaña del Pelón Soberano.

El Pelón III yacía echado en una colchoneta al aire libre, reconcentrado, ajeno al movimiento de los

astros y al bullir de la naturaleza. Luego de quince minutos de observarlo en silencio, un ronquido hizo sospechar a Horacio que el Pelón no meditaba sino que dormía. Lo despertó con tres golpes de bastón. El filósofo respingó con los ojos muy abiertos.

—Oscilamos entre el sentido y el sinsentido —dijo todavía soporoso. Estaba a punto de hallar la relación perfecta entre ambos, la simbiosis estructural que...

—Déjate de babosadas, estabas roncando.

—El ronquido es signo de intensa concentración y representa el escape de la energía residual, la fuga de los sedimentos de la combustión pensante.

—Dormías como Blancanieves, aunque sin su gracia y ausentes los enanos.

—¡Mientes! ¡Mientes! La meditación adquiere formas insospechadas, difíciles de reconocer para el profano.

El Pelón Soberano aparentaba estar furioso, pero Horacio comprendía que la fingida indignación pretendía ocultar el remordimiento de su pereza.

—Levántate y vamos a caminar un poco —dijo Horacio—, le hará bien a tus huesos. Además, debo hablar contigo.

El Pelón Soberano soltó un bostezo.

—Perdóname —dijo a continuación—, pero es que pasé una noche terrible, de vigilia, durante la cual alcancé estados perfectos de contemplación.

—¿Qué contemplabas?

—Al hombre verdadero. Un hombre de alma pura, libre de aspiraciones mundanas, ajeno al lla-

mado de los bienes materiales, con la mente desconectada de las pasiones.

—¿Y quién era ese hombre?

—Tú, yo, todos y cada uno. Lo somos en potencia, como un todo. Unicidad en la pluralidad, diría.

—Suena interesante, pero en este momento me preocupan cuestiones menos elevadas y sutiles, hechos que nos atañen muy de cerca. Levántate.

El filósofo alzó las piernas flacas, desnudas y venosas para hacer el ejercicio de la bicicleta. Mientras las revolucionaba, el sayo le caía en desorden sobre la barriga y dejaba ver sus magros órganos sexuales. Horacio resoplaba tratando de contener la risa.

—No te burles, no hagas escarnio —dijo el Pelón con voz acezante—, las piernas son para recorrer los caminos y hay que cuidarlas.

—No me burlo, es que te ves chistosísimo.

El filósofo terminó sus ejercicios y se incorporó. No llevaba más prenda que ese amplio sayo de tela burda y fuerte, obtenido en desigual transacción con un monje franciscano que una noche durmió en las cercanías. Sin pedirlo ni desearlo, el monje obtuvo a cambio un calzón de manta reducido a la condición de harapo. Cuando se le reprochó al Pelón III aquel robo en despoblado, respondió: “Las cosas no son de quien las tiene, sino de quien las necesita. Por lo demás, el hábito no hace al monje”.

Horacio sugirió que dieran un paseo y echaron a andar por un camino que desembocaba en un arroyo límpido. Se sentaron a la orilla del arroyo, al

lado de un hormiguero, y metieron los pies en el agua fresca. Miraban el paisaje salpicado de ovejas y vacas y suspiraban enternecidos.

—¿Qué es la vida auténtica sino el contacto con la naturaleza? —preguntó para nadie el filósofo. Sólo quien ama la sencillez y disfruta de las cosas en estado natural, puede comprender el misterio de la vida. Créeme, el artificio destruye el espíritu.

Innumerables hormigas, de las llamadas arrietas, transportaban pequeños trozos de hierba, ramitas y hojas diminutas. Recorrían sin cesar las veredas con su carga a cuestras y desaparecían en su agujero. Una fila de exploradoras luchaba con los pequeños tallos de hierba para abrir una nueva vereda, que conducía en línea directa a las nalgas del Pelón Soberano.

—Los animales son sabios —dijo el Pelón. Si los seres humanos aprendiésemos de ellos, viviríamos felices. Ahí tienes a las hormigas, aprovechan los sencillos dones que les brinda la naturaleza y viven en armonía. No protestan, no riñen, no se suicidan ni practican la pederastia, desconocen las pasiones. Son prueba viva de que no es necesaria la inteligencia para acceder a la sabiduría. ¡Ah!, los hombres somos estúpidos.

—¿Eres feliz? —preguntó Horacio.

—Lo soy porque nada necesito y nada ambiciono. Tengo techo, abrigo y alimento. Mi huerto me provee de comida y el arroyo de bebida. No requiero más. Los paisajes son hermosos y la amplitud del espacio

propicia la meditación. Toda la belleza del mundo se resume en una puesta de sol si has preparado tu espíritu para captar la totalidad estética.

—¿No sientes la necesidad de una mujer?

—Para nada. El onanismo es un excelente sustituto. En verdad, es aún mejor. Proporciona goce idéntico y suprime los inconvenientes de una relación que siempre será exigente.

Asintió Horacio. En silencio, le dio la razón al amigo. Mas, con todo y los riesgos, pensó, prefería la confrontación, los hervores de la batalla cuerpo a cuerpo con una hembra fogosa. El filósofo anacoreta y puñetero, en tanto, solazaba su espíritu en la contemplación de los prados y de la montaña, del ganado que pacía y de las aguas del arroyo que discurría entre las piedras. De pronto pegó un gran salto y elevó un gran grito.

—¡Hormigas hijas de la chingada!

En seguida levantó el sayo y a manotazos apartó a las hormigas que habían prendido sus mandíbulas a las filosóficas nalgas. Su vida soberana se veía perturbada por la irrupción de los himenópteros.

—Vámonos —dijo el Pelón III, y echó a andar sobándose los glúteos, seguido muy de cerca por Horacio, a quien estremecían por dentro las contenidas risotadas.

De regreso en la cabaña se sentaron en la colchoneta y permanecieron largo rato mirándose fijamente. Siempre lo hacían. Era un juego que practicaban desde la infancia y en el que habían alcanzado

extremos de perfección. Aquél que pestañeara primero, perdía. Hubo ocasiones en que se mantuvieron así días enteros. Comían y bebían sin apartar la vista de los ojos del otro. Si alguno sentía necesidad de defecar, iban los dos a la letrina, desplazándose como dos renos trabados por la cornamenta, y ni aun en el momento de la exoneración dejaban de mirarse. Era un juego que exigía tiempo, entrenamiento y sacrificio.

Horacio aprovechó esos momentos de intensa concentración para beber un poco del coñac almacenado en el bastón y así darse valor a fin de despedirse del Pelón Soberano.

—Amigo, es la última vez que te visito —dijo luego. Mañana partiré para nunca volver.

—Je, je. Tus tretas van a fracasar como otras veces. No eres lo suficientemente listo y no pestañearé.

—Estoy hablando en serio, Pelón. Vine a visitarte para despedirme. No volveremos a vernos jamás, jamás caminaremos juntos por este valle, no habrá otra oportunidad de jugar como ahora.

El Pelón mantenía imperturbables sus vivos ojillos y una sonrisa malévola decoraba su rostro.

—No me engañarás, tramposo, no te creo.

—Es cierto, Pelón. Por lo más sagrado te juro que digo la verdad. Entiéndelo, quiero que lo comprendas. Voy a combatir por mi pueblo, me convertiré en guerrillero y sólo muerto volverán ustedes a verme.

—Nada, nada, no me harás pestañear, malandrín.

—Escúchame. Tengo un deber que cumplir y en su cumplimiento habré de realizarme. La concien-

cia me empuja a la lucha guerrillera y sabes bien que soy incapaz de traicionar a mi conciencia. Por Marx, por Lovachevsky, por Kropotkin, juro que lo que digo es cierto. Como se me dificultaba revelarte el plan a las directas, aprovecho el juego para hacerlo. Entiéndeme, Pelón, no trato de vencerte sino de hacerte comprender.

En el semblante del filósofo se borró la sonrisa y fue cuajando un gesto de árida preocupación.

—¿De veras piensas hacer tales locuras, Horacio?

—No se trata de locuras, Pelón. Los demás caminos están cerrados. Soy un luchador social, un apóstol de la fraternidad, un predicador de la justicia, pero los discursos no sirven de nada, las palabras se han gastado y no convencen a nadie. He decidido en consecuencia pasar de las armas de la crítica a la crítica de las armas. Estoy dispuesto a recurrir a la violencia, pero mediante el sacrificio dejaré un ejemplo. Tengo que hacerlo, voy a hacerlo. Nada podrá disuadirme.

Pegó otra vez Horacio los labios al recipiente del coñac. Ofreció después un trago al Pelón, quien fiel a su enofobia rechazó la invitación con un ademán. Largo rato permanecieron en silencio, cavilosos sus aires.

—No seré yo quien intente disuadirte de algo que crees justo. Cada quien busca su camino —musitó al cabo el Pelón y, citando a Bunan, finalizó: “Mientras vivas sé un hombre muerto, absolutamente muerto, y actúa como quieras y todo estará bien”.

—No entiendo perfectamente.

—No es necesario entender, basta con practicar tal enseñanza.

Las miradas continuaban como al principio del trascendente y doloroso diálogo. Horacio anunció entonces que se iba y comenzó a incorporarse. El Pelón Soberano se levantó a la vez y abandonaron la cabaña y el huerto caminando Horacio hacia adelante y el Pelón en sentido inverso. Recorrieron así varios kilómetros, siempre con las miradas clavadas en los ojos del antagonista, hasta el pueblo cercano. En la terminal de autobuses se dieron un abrazo, en el que hicieron chocar nariz con nariz, y Horacio subió a un camión con la vista fija en los ojos del filósofo y así recorrió el pasillo y se acomodó junto a la ventanilla. Desde fuera seguía mirándolo el Pelón, quien, cuando el autobús arrancó y comenzó el descenso por un camino de terracería, continuó corriendo al lado del vehículo, hasta que quiso el destino que tropezara en algún bache de la carretera y se desplomara.

Horacio Taciturnus contempló la aparatosa caída y sonrió satisfecho. Se echó entonces sobre el respaldo con los ojos cerrados y el semblante sereno. Por vez primera en muchos años había logrado derrotar al Pelón Soberano.

Llegué con tiempo de sobra a la cita con Tuxtla Gutiérrez Cheese. Bien podía permitirme dilapidar unos

minutos en el café, bebiendo con la boca escaldada una tacita de vienés o capuchino. Me instalé en el localito de enfrente, cerca de la vidriera a fin de vigilar la llegada de Tuxtla o la salida del posible amante elegido para entretener sus ocios. Para mí era una ocasión especial: se trataba de despedirme de Tuxtla, decir adiós a sus ojazos de odalisca, mirar por última vez su cabellera de hurí, dejar caer las caricias postreras sobre su trasero monumental. No era momento de abreviar en tristezas. Partía para acometer una empresa heroica, el acto de un individuo libre, y además tenía abundantes motivos para alegrarme: abandonaría para siempre ojales y pespuntos, las cotidianas reprimendas de mamá exigiendo el gasto, los sicalípticos retozos de mi hermana en la sala con algún novio cegatón, la firma semanal del odioso libro de libres bajo fianza. Sentado frente a la vidriera del café, fumaba un cigarrito, atisbaba la calle y rememoraba mis dificultades con la policía.

La penúltima vez, antes de los bastonazos a las mujeres de mi familia, estuve en un calabozo pequeño y ridículo en Tlalnepantla. Es curioso que aquella vez la cosa sucediera por culpa de Tuxtla. Bebía yo con algunos amigos en una tabernucha del poblado y de pronto se me ocurrió llamarla por teléfono. Salí con una botella de cerveza en la mano y entré a la caseta telefónica.

—¿Qué tal, Tuxtla mía, cuándo nos vemos?

—Estás borracho.

—Bebo una cerveza, pero estoy lejos de la em-

briaguez. ¿Cuándo vamos a vernos, trocito de pulpa torneada?

—Ay, no lo sé. Tengo tantas ocupaciones.

Y así largo rato, sin llegar a acuerdo alguno. Cuando abandoné la caseta me esperaba una pareja de policías.

—Jálele, ciudadano.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué qué qué?

—Faltas a la moral, desorden en la vía pública, incitación a la violencia, insultos a la autoridad, resistencia de particulares.

—¿A qué horas hice todo eso?

—Usted jálele y no rezongue.

Me llevaron a la delegación y me colocaron frente al agente del ministerio público, un ciudadano pequeño, dientón, orejudo y de aspecto lascivo a quien sus amistades sin duda apodaban Conejo. Este sujeto me sometió a un insolente interrogatorio.

—A ver, explíquese —dijo.

—¿Explicar qué, de qué o por qué?

—Ha sido usted sorprendido en fragante delito.

Me abstuve de hacerle un chiste sobre los aromas del crimen y dije severo:

—No le veo lo flagrante y menos lo delictivo. Es a mí a quien le deben la explicación.

—Lo que voy a hacer es declararlo formalmente preso.

—¿Pues quién se cree usted para andarme con amenazas y acusaciones?

—Yo soy el agente del ministerio público.

—Era —dije con voz firme y tonante. Desde este momento, con base en el artículo tercero constitucional, las fracciones 10 y 11 del código penal y el decreto presidencial del 14 de enero de este año, queda usted cesado, ciudadano.

Tal como lo supuse, el tinterillo era un ignorante y quedó pasmado. Aproveché el desconcierto para ordenar a la secretaria que formulara un oficio y lo turnara a las autoridades superiores, luego me dirigí a la calle con parsimonia. En tanto, el agente se había puesto a consultar unos libracos y al fin cayó en cuenta de mis invenciones. En seguida ordenó que me encerraran y un par de azules me llevó a una celda grande, repleta de hombres de las más variadas condiciones, edades y oficios. En el trayecto, los policías me despojaron del dinero que llevaba en la cartera y del cinturón, los cordones de los zapatos y el reloj, según ellos instrumentos útiles para cometer suicidio.

—¿Pero el reloj...? Seguramente si adelanto las horas me llegará la hora, el fin de mi tiempo.

No comprendieron la sutil ironía, mas eso no los amilanó.

—Pues cómo ve que un detenido intentó suicidarse tragándose el reloj.

En cuanto fui arrojado a la celda, los reclusos me rodearon.

—A ver, manito, te vas a caer con unos fierros para la veladora de la virgencita.

En los calcetines, por suerte, llevaba ocultos algunos billetes y entregué el de más baja denominación. A cambio, colocaron una escoba en mis manos.

—Órale, manito, a pegarle al diablo.

Me condujeron frente a la imagen de un demonio pintarrajeado en la pared y me ordenaron sonarle. Blandí la escoba y recordando mis tiempos beisboleros le aticé cosa de una docena de golpes. Cada vez, los reclusos gritaban y aplaudían.

—¡Duro! ¡Chíngalo! ¡Rómpele su madre!

Pero fue a la escoba a la que acabé rompiéndole la madre. Los compañeros de celda me miraban tristísimos, pero entonces repartí cigarros y puse a todos a fumar. Sentados en el piso y recostados en los muros, nos dedicamos a perjudicarnos los pulmones. Me tocó sentarme junto a un viejecillo mugroso y pestilente que sin demora comenzó a hablarme al oído.

—Son unos bandidos, amigo —dijo—, le tomaron el pelo. No quieren el dinero para ninguna veladora, verdá de Dios. Lo que pasa es que los policías les venden marihuana. Pero yo no soy vicioso, nunca le he entrado a la hierba.

Para nada me preocupaba que se enyerbaran o no, pero me tenían asqueado los aromas del viejo: sudores rancios, mierda vieja y un aliento claramente pulquero y fermentado. Con ganas de librarme me incorporé y propuse a los otros que cantáramos algo. Uno entonó con nostalgia *Cuatro milpas*; otro, al borde del sollozo, nos deleitó con *El abandonado*; yo, dispuesto a usar de modo revolucionario el tiem-

po de mi cautiverio, despaché *El quinto regimiento*, *Si me quieres escribir* y otros cantares de la guerra civil española. Parecían fascinados y al final me abrazaron con emoción. Eso supuse hasta que me di cuenta de que me habían sacado la cartera, por fortuna vacía. Luego los organicé y comenzamos a gritar consignas contra el sistema carcelario y los métodos represivos del gobierno. Al punto se presentó un escuadrón de azules y nos hizo callar a macanazos.

Me arrastraron fuera de la celda por instigador y me encerraron en un lúgubre excusado. Me vino de perlas porque ya los intestinos se rebelaban y apenas lograba contener las ganas de defecar. Lo único deplorable fue que en el cubículo no había ni un miserable trozo de papel periódico, ya me hubiera conformado con un confeti, y tuve que soportar aquella sensación pegajosa hasta que acudieron a liberarme.

En la taberna mis amigos, al darse cuenta de tan prolongada ausencia, se habían resignado a salir en mi busca. Alguien les informó que fui llevado a la delegación y allá se dirigieron. Pagaron bajo cuerda la mordida para que no me consignaran por escándalo en la vía pública e insultos a la autoridad y yo agregué un par de billetes prestados con tal de darme el gusto de mentarle la madre al abogado. Elegiste el ministerio público, le dije, porque tu madre lo ejercía en calles y hoteles. Luego reclamé los objetos que me habían quitado.

—Ahí tiene el cinturón y las agujetas.

—¿Y mi dinero? ¿Y el reloj?

—¿Cuál reloj? No traía dinero ni reloj.

—A usted, agente del ministerio público, lo hago responsable.

—Yo no soy el agente del ministerio público.

—Pues eso afirmó cuando me trajeron.

—Sí, señor, pero usted me cesó hace un rato.

Ni hablar, me chingó.

En el café, el capuchino estaba frío y el cigarro se había consumido entre mis dedos sin haber sido fumado. Me sentí feliz recordando aquella aventura estupenda, pero muy pronto no tendría recuerdos, no habría para mí nada más que la eterna soledad de la fosa común. Adiós a las emociones y los pensamientos, a mis pequeños bacilos búlgaros, a mi breve robot. Adiós a Tuxtla y sus formas sólidas y apetitosas. Me acostaría con ella esa noche así tuviera que forzarla. Y no le daría motivo de arrepentimiento y mucho menos de queja. Me hallaba en plena forma, vigoroso, lúbrico, pasional, apocalíptico, listo para proporcionar a la mujer goce sin límite, de modo que jamás olvidara esa noche. Imaginé con deleite las interminables noches de llanto de la muchacha luego de mi partida, vi mi fotografía en una repisa, permanentemente iluminada por una veladora. Solicité un nuevo capuchino y encendí otro cigarro.

Casi llegaba la hora de visitar a la Montoya. Y en ese punto, no comprendo aún por qué nebulosa razón, me entró una inmensa tristeza. De golpe se me presentaron las cosas bajo una nueva luz. El cigarro que fumaba, el espumoso capuchino, las reproduc-

ciones de Degas en los muros, la calle llena de gente, los automóviles, el cielo de plomo fundido. La vida, en fin. Costaba trabajo resignarse a abandonarla a pesar de tanta miseria, injusticia y dolor. Allí sentado, sereno, sin nada que me alegrara o emocionara de manera particular, de pronto comenzó a angustiarme la idea de que mañana o cualquier día no podría sentarme en esa silla y pedir un café.

Nadie, reflexioné, me estaría esperando: Nadie pensaría ¿qué estará haciendo a esta hora Horacio? Polvo eres y al polvo retornarás. Serás cadáver, polvo, sombra, nada. Me dieron ganas de levantarme y, de pie sobre la silla, gritar como Goethe en el último estertor: ¡Mehr Licht! No lo hice. Permanecí agazapado en el asiento sabiendo que todo terminaba, era cosa de días, de horas. Y en ese momento me hubiera gustado tener la totalidad a mi alcance. Toda la ciencia y todos los valores del arte, las más recónditas verdades, las pasiones más intensas y las más delezna- bles. Aprender el absoluto. Y allí, frente al chato edificio de pintura descascarillada en que habitaba Tuxtla, anclado en la zozobra me pregunté si no significaría la muerte el paso de nuestra pobre condición de seres imperfectos a una existencia abstracta, a un universo de conciencias puras y altamente desarrolladas. Después, al caer en cuenta de que correspondían tales pensamientos a un tomista trasnochado, a un neokantiano ingenuo, eché a reír. Esta noche, me dije, toda la sabiduría estará contenida en la vagina de Tuxtla. Anochece ya cuando, de nuevo con ánimo

alegre, pagué los cafés y crucé la calle para asirme a la esperanza.

Cuando llegué al piso de Tuxtla escuché su voz. Pensé que estaría con alguien, a no ser que hubiera enloquecido. La puerta que da al pasillo tiene un cristal en la parte alta y una gran perilla de latón sobre la cerradura. Trepé a un macetón, de allí di un salto a la perilla y miré a través del cristal. En efecto, Tuxtla se hallaba en puntos de locura. Totalmente desnuda iba de un lado a otro de la habitación diciendo sandeces. Aspaba el aire con ambos brazos y las tetas se le estremecían, al tiempo que clamaba: “Sí, todo eso es verdad, pero me gustaría tener un gato y acariciarle el lomo, hasta que se convirtiese en una esfera de dulzura y electricidad. Me gustaría tener un camaleón y ponerlo sobre mi falda, para verlo cambiar de color”. Etcétera, etcétera. Pobrecita, loca de remate. Sólo el hecho de hallarme en situación precaria, en difícil equilibrio con un pie sobre la perilla y el otro en el espacio, tomado con la punta de los dedos del marco de la puerta, impidió que me revolcara de la risa. Tuxtla continuaba paseando y diciendo aquellas cosas sin sentido: “Ninguna muchacha de la ciudad puede pasearse por un jardín como éste (sobra decir que allí no había más que unas flores secas en un jarrón), ni aspirar estos perfumes ni comer los frutos que como. Cuando entro aquí, siento como si entrase en mí misma”. Era divertido y excitante. Hubiera podido contemplarla horas enteras, si la urgencia y la brutalidad de mis deseos lo hubieran permitido, pero

en el preciso instante en que comenzaba a declarárseme una erección la perilla se vino abajo y con ella me desplomé. Chocó mi cabeza con la puerta y el resto del cuerpo cayó de plano sobre el piso con un sonido como de costal de huesos. Me muero, me muero, pensé desde mi estado apenas consciente, pero recordé que morir en tal circunstancia, después de tan graves y dramáticas despedidas, resultaría ridículo. Entonces, balbuciente, en el gemido, comencé a pedir auxilio.

Se abrió una puerta y un vecino acudió a prestarme ayuda. Se abrió una segunda puerta y apareció la hermosa Tuxtla, impúdica y desnuda. El hombre olvidó mi gravedad y clavó la mirada en la epidermis acanelada de la hermosa mujer. Tuxtla no se inmutó. Como si ante su puerta hubiesen dejado un costal de papas, me tomó de los brazos y comenzó a arrastrarme hacia el departamento. En eso se dio cuenta de la destrucción de la perilla, pegó un grito y me azotó contra el piso de mosaico. Sentí que los riñones se me desprendían.

—¡Maldito! ¡Mira lo que has hecho!

No estaba yo para ver nada. Mi única preocupación tenía que ver con las miradas lascivas del vecino. No acerté a decir nada y como pude repté hacia el departamento, crucé la sala y subí a un sillón. Allí, bocarriba, comencé a quejarme a gusto, con gemidos estentóreos, mientras escuchaba el alboroto que hacía Tuxtla por la irrisoria perilla. A pesar de los dolores, me sentí ofendido. Primero, porque Tuxtla me

había abandonado en estado crítico; segundo, por el hecho de que, sin el menor recato, mostrara sus encantos a un número creciente de mirones.

—¡Tuxtla! —grité en mi impotencia. ¡Agonizo!

—¡Muérete! —escuché su voz lejana. Opté por guardar silencio mientras rumiaba actos de venganza.

Al fin escuché que la puerta se cerraba y luego percibí el aliento tabacoso de Tuxtla cayendo sobre mi nariz.

—No te aflijas, amorcito, ninguna perilla vale lo que tu bienestar —dijo Tuxtla con acongojada voz y todo su cachondo cuerpo echado sobre el mío. No te mueras, abre los ojos, dime algo.

Era un momento de goce supremo. Entreabrí los labios y musité:

—Entre el arte y la vida, escogí el alcohol.

Y Tuxtla, de nuevo, comenzó a gritar.

—¡Desgraciado! Debí imaginar que venías borracho. Destrozaste esa perilla de latón dieciochesca que con tantos trabajos conseguí.

Mentía. Pero en ese momento no quise recordarle que la perilla se la había regalado yo. Ni dieciochesca ni cosa semejante. Era una bola de latón comprada en un mercado de fierros viejos y pulida por mis manos.

—¡Esto no puede quedar así! —continuaba ella aullando. ¡Ahora mismo vas a pagar ésta y todas las que me debes!

Me di cuenta de que se apoderaba de un fute y consideré que era momento de desencadenar el drama.

—Un sacerdote —susurré—, requiero auxilios espirituales. La sombra de la Parca vela mis ojos. He de morir. Está escrito.

Conmovida hasta la última de sus fibras, Tuxtla dejó caer el fute y, arrodillada ante el sillón, echó a llorar.

—No, Horacio, no te mueras. Perdona los gritos y los insultos. De veras, la perilla no tiene importancia.

Abrí los ojos, me senté y, adoptando la actitud de un lunático, pregunté dónde me hallaba. No sólo fingí desconocer el lugar, sino que extendí la presunta ignorancia a su persona.

—¿Quién eres? —inquirí.

—Por Dios, mi amor, soy Tuxtla. Tuxtla Gutiérrez, la mujer que te ama. ¿No me reconoces? Mírame, tócame.

Ante la invitación, contemplé su desnudez espléndida. Ella plantó su rostro frente al mío y colocó mis manos en sus mejillas. Dejé caer las manos sobre los pechos, luego sobre las caderas, al final recorrí aquellos muslos jugosos.

—Tuxtla —dije suavemente. Sí, te reconozco. Es verdad, eres tú, única e inconfundible.

El arduo trabajo de reconocimiento obtuvo recompensa cuando ella levantó la pierna izquierda, la pasó sobre mi cuerpo, me echó sobre el sillón y, cabalgándome, comenzó a besarme.

—Sí, sí, sí. Sin duda eres mi querida Tuxtla —dije. Y haciéndola apenas a un lado, me desnudé, adapté mis movimientos a sus balanceos y al cabo la

penetré con una de mis más poderosas erecciones. En un instante nos habíamos olvidado de la perilla, de la caída y de toda inquina o malquerencia. Y no acabo de entender por qué, pero en el momento de la eyaculación me vino a la cabeza un párrafo de *Los condenados de la tierra*. “El Tercer Mundo no pretende organizar una inmensa cruzada del hambre contra toda Europa. Lo que espera de quienes lo han mantenido en la esclavitud durante siglos es que lo ayuden a rehabilitar al hombre, a hacer triunfar al hombre en todas partes, de una vez por todas”.

Finalizado el coito fui a la cocina a beber un poco de agua. De regreso, acomodé sobre una silla mi ropa, que se hallaba diseminada en el piso, y nos dirigimos al dormitorio. Las luces se hallaban apagadas y por la ventana entraba el resplandor azul y rojo, intermitente, de un anuncio de bebidas que caía sobre el cuerpo yacente de Tuxtla. Bajo esa iluminación, los rasgos de su rostro revelaban una inmensa paz interior, cierta inocencia primitiva. Era la primera mujer sobre el planeta, ajena al sentido del pecado, dueña de una serenidad de bestia original. Por su respiración acompasada y tranquila deduje que dormía. Con cuidado me tendí junto a ella y me hundí en el sueño. Cuando desperté Tuxtla se hallaba sentada cerca de mis pies, observándome. Pregunté la hora.

—Son las dos de la mañana.

Lo dijo como si anunciara el estallido de una guerra atómica y supuse que el tono de melodrama telenovelesco se debía a mi permanencia en su lecho.

Más tarde afirmó que mis ronquidos no le permitían dormir.

Dicen que ronco, pero jamás he podido comprobarlo. Cierta vez coloqué una grabadora al lado de mi cama, pero antes de que lograra conciliar el sueño corrió toda la cinta. Hice retornar la cinta, eché a andar de nuevo el aparato y nada. Pasé la noche poniendo y quitando la cinta e intentando dormir y lo único que obtuve fue una noche de pavoroso insomnio. Entendí entonces que mi cuerpo se negaba a dormir para que el horror no se revelara. En otra ocasión pedí a mis amigos que pusieran la grabadora cuando durmiese. Al día siguiente escuché la grabación, un escándalo grotesco, y prometí jamás hacer vida conyugal. Ninguna mujer, por abnegada que fuese, soportaría tan brutal pavana. Más tarde descubrí que aquellos bellacos habían grabado los gruñidos de un cerdo, pero la promesa de celibato estaba hecha y he cumplido.

La noche de la perilla pedí a Tuxtla que fuera sincera y pregunté si de verdad roncaba yo, si mis ronquidos le impedían dormir. Árida, se negó a darme una respuesta contundente.

—No duermo porque no duermo. Y punto —dijo, pero lo dijo con voz que delataba una profunda perturbación.

No dormía porque no dormía. De acuerdo. Sonreí y procuré desentenderme del asunto. Y lo que acontecía con su voz, comprendí, era consecuencia de su pasión por teatralizar aun las cosas más simples.

Entonces la recordé desnuda, paseando por la sala y declamando incoherencias.

—Tuxtla —le dije—, ¿qué demonios recitabas antes de que llegara?

—Ensayaba la obra de teatro con que voy a debutar.

Sonreí de nuevo y la invité a acostarse. Mis manos estaban tendidas hacia ella. Las tomó.

—¡Jesús, qué frío estás! —exclamó. Y se deslizó bajo la sábana.

—Voy a contarte un cuento —propuse— y verás cómo vas a dormir a pierna suelta. Además, es un cuento con moraleja.

Cruzó los brazos sobre el desnudo pecho, apoyó las manos en sus opíparas tetas y se dispuso a escuchar.

—Éste —princié— era un ciego de edad pro vecta que, sin más compañía que la de un perro pastor, habitaba una casita de cartón, lámina y adobe en los alrededores de la ciudad. Todas las mañanas el ciego y el perro abandonaban la casa y se dirigían (él reconociendo el camino con su largo bastón blanco) al centro de la ciudad. Era un ciego incansable, desde que partían de la vivienda no dejaba de caminar, excepto por los minutos que se tomaba a la hora de comer. El perro, por su parte, era un guía excepcional que cotidianamente conducía a su amo a los mismos lugares e invariablemente, a la misma hora, lo hacía desembocar en un mercado donde las vendedoras de alimentos daban de comer al ciego y al animal. Como

tenía asegurada la pitanza, el ciego guardaba cuanta moneda recibía, con la esperanza de alguna vez reunir lo suficiente para sobornar a los dirigentes de la organización de ciegos y obtener un puestecito callejero de lo que fuera: billetes de lotería, periódicos, tacos de suadero y longaniza. De tal modo lograría sobrevivir sin necesidad de practicar la mendicidad. El ciego, a pesar de su desgracia, era feliz. Tenía techo, comida, un compañero y, lo más importante, guardaba en lo más recóndito la ilusión de hacerse comerciante. Además, amaba la buena música. Poseía un radio de transistores que sintonizaba siempre con Radio Universidad, excepto cuando ponían clases de idiomas o charlas eruditas; entonces cambiaba a otra emisora de música sinfónica. Pero sucedió que cierto día una perra pastora se enamoró del perro de nuestro ciego. El perro correspondió a la pasión y el ciego adoptó a la hembra como una compañera más. Desde entonces los tres compartieron casa y comida, pero he aquí que el perro murió envenenado y a partir de tan aciago día el ciego tuvo que salir acompañado por la perra, animal que no había sido entrenado y por tanto a cada rato se extraviaba y las más de las veces no daba con el mercado y la pareja se quedaba sin comer. Valga decir que el ciego, cada vez más, tuvo que echar mano de sus ahorros y comenzó para él una terrible etapa de sufrimiento. Sólo lo consolaba escuchar un buen concierto de Bach o una sinfonía del gran Beethoven, a quien reverenciaba quizá considerándolo un igual, un minusválido. Mas un triste día se desencadenó

la tragedia, provocada por un gato blanco que cruzó frente al ciego y su conductora. La perra, hay que decirlo, tenía un odio congénito a los gatos blancos; no a los gatos negros, grises o bermejos, sino a los blancos. La perra, pues, arrancó la trailla de la mano del amo y se lanzó en persecución del minino para jamás volver. Imaginemos la desolación del ciego, sin guía ya, sin acompañante. Imaginémoslo en mitad de la calle ese día terrible, sin saber qué hacer. Tanteando con su bastón echó a andar por calles desconocidas, llamando a gritos a Vera, que así se llamaba la perra. Y Vera, ¿dónde andaría? No lo sabemos ni lo supo el ciego, quien, sin más compañía que su radio diminuto, se fue hacia donde el oscuro instinto lo invitaba a caminar, suponiendo que hallaría sitios o personas conocidas. No sucedió así. En cambio, mezclándose con el concierto de Mozart que escuchaba en el aparato, llegaron a sus oídos los armoniosos acordes de una música de Scarlatti. Donde escuchan a Scarlatti, se dijo, debe de haber gente buena que me ayudará, y partió a buscar la fuente de los bellos sonidos. De improviso, el concierto terminó. El ciego, sin embargo, siguió andando y halló una puerta abierta. Entró a un aposento en el que preguntó si había alguien. Le respondió el silencio. Y como la angustia y la caminata lo habían fatigado, buscó un rinconcito, se tendió y a poco quedó dormido. Lo despertó el sonido de cierto llanto infantil perdido entre una alharaca de voces masculinas, muy vulgares, que atravesaban el delgado muro junto al que yacía. Puso atención y,

con fondo de llanto, escuchó una conversación terrible. Se hablaba de robo, rescate, muerte. No demoró en comprender que había caído en una guarida de secuestradores y el llanto provenía de una niña raptada. Se acurrucó tembloroso, dispuesto a esperar los acontecimientos y rezando para que nadie fuera a descubrirlo. Luego de largas y terríficas horas, los criminales abandonaron el lugar dejando a la niña atada y amordazada en el cuarto contiguo y al ciego sumido en la más espantosa incertidumbre. No acertaba a decidir si escapar al instante y llamar a la policía o rescatar a la niña y huir con ella. Tras una breve reflexión, como era un ciego honesto se sintió obligado a salvar a la criatura. Como pudo entró a la otra habitación, desató a la pequeña, le quitó la mordaza y salió con esta infanta que no había cumplido los tres años. Caminaba apresurado, arrastrando a la niña y rogando a la divinidad que apareciera un policía. Sin duda el cielo escuchó sus súplicas y a escasas calles dos agentes que tenían la descripción de la menor lo detuvieron. Por supuesto, como la niña era demasiado pequeña para explicar lo ocurrido, se dio por hecho que era el ciego el secuestrador y como tal fue procesado y recluido en la cárcel, pese a sus protestas y juramentos de inocencia. En el miserable cubículo en que lo encerraron, el ciego no hacía más que dar vueltas y vueltas, lamentando la ingratitud del destino y de la humanidad. Para consolarse no contaba siquiera con el radio, que le fue decomisado. De haberlo conservado, si por casualidad hubiesen

emitido alguna pieza de Scarlatti, un millón de veces habría maldecido al músico. Y para no hacerte más largo el cuento, revelaré que el ciego no soportó el encierro y un día amaneció ahorcado con una cuerda hecha de sábanas rasgadas. Fin.

Cuando Horacio terminó de narrar el cuento, Tuxtla lloraba a lágrima viva, con el rostro hundido en una almohada.

—Es una historia muy triste —exclamó la bella—, pero dijiste que tenía una moraleja.

—En efecto —afirmó Horacio—, la tiene. Y dice así: la única obligación de un ciego honesto es no ver absolutamente nada.

Tuxtla Gutiérrez Cheese asintió. Cesó el llanto. Las manos de la muchacha se asieron un instante a la sábana empapada, después echó los brazos al cuello de Horacio. Se abrazaron y, al cabo de un prolongado coito, quedaron nuevamente dormidos.

3

Horacio se encuentra fatigado. Su pluma descansa entre las páginas abiertas de la libreta de tapas negras. Horacio bebe un sorbo del coñac contenido en el mango de su bastón. Observa la hora en su reloj de carátula luminosa. Van a dar las cuatro de la mañana en una madrugada caliginosa, quieta, cálida. Una lechuza ulalume a lo lejos. Deja Horacio su duro

asiento y da unos pasos sin abandonar el círculo de luz. Respira a profundidad, talla sus ojos, estira los brazos, sacude las piernas. Pronto amanecerá y Horacio tiene mucho trabajo por delante. Vuelve a la piedra que le ha servido para posar las entecas nalgas, la estilográfica retorna a su mano derecha, se reinicia el siseo de la pluma sobre el papel. Horacio hablará de Horacio. Ya ha referido los acontecimientos vividos por Horacio el día antes de anteayer y los vividos anteayer. ¿Contará ahora Horacio lo que ocurrió a Horacio durante el día de ayer? La pluma traza líneas sin sentido sobre el papel. Pero esto que se ha dicho es incorrecto, pues ahora las líneas adquieren sentido. Se trata de un mapa rudimentario. Horacio escribe un encabezado: Mapa del tesoro. Febril, señala con círculos un par de puntos, los identifica, a, b. Anota en los límites del territorio triangular los nombres de una calle y dos avenidas: Ródano, Paseo de la Reforma, Melchor Ocampo, lo que nos permite entender que se trata del parque allí ubicado.

El punto (a) es la estatua de un prócer, colocada donde en otro tiempo estuvo el Ariel, símbolo de la cinematografía nacional. El punto (b) señala un laurel que se halla cinco metros detrás de la estatua. Debajo del punto donde termina la sombra del laurel (a las dos de la tarde en primavera) se halla el tesoro. Horacio sabe muy bien que quien encuentre el mapa lo conservará para apoderarse de las joyas o monedas presumiblemente ocultas. El ambicioso dará con el punto a las dos de la tarde, dejará una señal y sin

duda volverá a medianoche para cavar. Encontrará a metro y medio de profundidad un cofre mohoso y húmedo. Pero en el cofre no habrá perlas, diamantes o doblones, sino una bandera negra y en ella, bordada con hilo rojo, la leyenda: ¡viva la anarquía!

Horacio ríe. Su pequeña venganza provendrá de ultratumba. Pero ríe también porque ha recordado las aventuras del Ariel, aquel anhelado personaje de las premiaciones cinematográficas que por las noches, en tiempos en que moraba en aquel jardincillo, bajaba de su pedestal para ir al encuentro de la Diana Cazadora, asentada en la cercana glorieta de Paseo de la Reforma, y poseerla. La Diana, atenta a flechar lo que cruzase el cielo, y siempre con la nalga levantada, noche a noche se entregaba sin remilgos. Para impedir el indecente espectáculo que daban las dos estatuas de cachondo bronce y sólo algunos trasnochadores contemplaban, tuvo un funcionario la mojigata ocurrencia de retirar de allí al desnudo Ariel y colocar en el sitio un barbado prócer, el casto y venerable Primer Jefe. Ariel permanece ahora aislado, lejos de Diana, en los Estudios Churubusco, atrapado entre los muros que circundan la fábrica de sueños. Ríe de nuevo Horacio, ahora a carcajadas, al recordar el caso semejante de la estatua del general Pedro María Anaya, arrojada de la antigua glorieta de Churubusco en la calzada de Tlalpan y enviada a un jardín solitario, donde sólo los pájaros la miran y la cagan. ¿No hubiera sido mucho mejor —se pregunta Horacio—, por amor a la historia patria, colocarla frente a la fábrica nacional de municiones?

Deja Horacio de reír y ahora, como si no fuera Horacio, narrará los hechos acontecidos el día de ayer.

Sábado. Era una mañana que parecía escapada de Frigoríficos S. A. En el aire flotaban diminutos cristales de llovizna congelada que daban un tono lechoso a la atmósfera. Horacio amaneció en la cama de Tuxtla y Tuxtla, para no traicionar sus hábitos, amaneció en su propia cama. Eran alrededor de las nueve de la mañana y Horacio tenía un hambre atroz. Recordó que el día anterior, fuera del desayuno que tomó en casa y de los capuchinos bebidos al atardecer, no había comido nada. Pensó que quizá si le sugería a Tuxtla una jornada culinaria... Pero al pronto desechó la idea. Tuxtla no era esa clase de abnegada mujer y no se levantaría a preparar huevos con jamón y una buena jarra de café. A decir verdad, Tuxtla yacía en el lecho despierta y completamente relajada, como una mónada indefensa ante los misterios de la vida, sin mostrar la menor inquietud ni el mínimo signo de apetito. Mirando así las cosas, Horacio se puso los calzones y se levantó. En la cocina se enjuagó la boca con un buche de agua y luego se echó a buscar un frasco de Nescafé que al fin localizó bajo el fregadero. Allí mismo obtuvo una cacerola y, antes de ponerle agua y colocarla al fuego, preguntó a la mujer si deseaba una taza de café. Tuxtla dijo que no, pero añadió que en el refrigerador había una botella con

jugo de naranja y nada apetecía tanto a esas horas de la mañana. No fue necesario que dijera más. Horacio puso a hervir agua para una taza y sirvió un vaso de jugo que llevó al dormitorio. Mientras el agua hervía, el sastre se sentó en el borde del lecho con la cabeza entre las manos. Necesitaba cavilar, tenía demasiadas cosas en la cabeza y era hora de ordenar los pensamientos. Pero a Tuxtla al parecer el jugo le había producido un extraño efecto. Comenzó a gruñir y a hacer rodar su corpachón de un lado a otro de la cama. En su rostro se formaban sonrisas placenteras y no dejaba de emitir los molestos gruñidos y a cada vuelta se aproximaba a Horacio y le recorría el vientre con las juguetonas yemas de los dedos. En una de tantas se apoderó Horacio de una almohada y la oprimió contra el rostro de la muchacha. Tuxtla se debatió en la angustia. Agitaba las sólidas piernas tratando de apartar a su verdugo y tendía los brazos buscando los de Horacio para clavar las uñas y obligarlo a aflojar la presión. Al fin el sastre, indemne, abandonó la almohada, se levantó y fue a la ventana. El cristal estaba empañado por dentro y Horacio limpió unos centímetros con el canto de la mano, mas por fuera una laminilla de llovizna congelada impedía que se divisara la calle. Horacio pegó unos minutos la boca al cristal en la parte que había limpiado y se puso a soplar su cálido aliento. Aunque los labios se le entumecieron consiguió abrir un agujerito en la lámina y se asomó a la calle. Afuera, un perro orinaba junto a un poste y al contacto del líquido con el gélido

cemento se levantaba una columna de vapor. En la calle la gente transitaba abrigada, echándose vaho en las manos. Era un día endiabladamente frío y el sol no parecía tener intenciones de dejarse ver. Horacio colocó las palmas de las manos contra el cristal y esperó a que se pusieran muy frías. Corrió luego a la cama y tomó a Tuxtla por la cintura. Ella saltó del lecho pegando alaridos, se aproximó a una cómoda y de pronto tenía un revólver en la mano.

—¡Te mato! ¡Esta vez no te perdonaré! —exclamaba.

Era un Smith & Wesson calibre 22 regalado por Horacio a la Montoya en su último cumpleaños, un pequeño revólver destinado a que la bella se defendiera de los léperos que en la calle siempre intentaban manosearle las nalgas. Jamás imaginó que el arma fuera a volverse contra él. Con la espalda contra la pared y las manos en alto, balbuceaba atropellado:

—No hagas locuras, Tuxtla. Piénsalo bien. Razona. No te llenes las manos de sangre. Irás a dar a la cárcel veinte años, treinta, quizá cuarenta.

—Ni un minuto. Sin duda la sociedad agradecerá que liquide a una alimaña de tu ralea.

—Cuarenta años, Tuxtla. Cuando salgas de prisión serás una anciana, una uva pasa. Piensa en el porvenir que las tablas te deparan. Por favor, reflexiona.

Tuxtla parecía decidida. Impertérrita, alzó el arma y apuntó el cañón a la frente de Horacio.

—Vas a pagar todas las que me has hecho. Te mataré como a perro rabioso. Un disparo por mi pe-

rilla, otro por tratar de ahogarme con la almohada, el tercero por las heladas manos con que me atacaste.

—Perdóname, amor mío, y aparta ese revólver. Las armas son cosa del diablo, apártala, se te puede ir un tiro. No, no...

Se escucharon tres detonaciones. Horacio percibió claramente cómo una bala entró a su pulmón izquierdo, otra le atravesó el cuello y la tercera perforó su hígado. Después, perdió el conocimiento.

Contra sus presunciones, no volvió a la conciencia ni en el cielo ni en el infierno ni en algún sitio irreconocible y nebuloso habitado por ociosas formas de suave opacidad. Ni siquiera en una cama de hospital. Yacía sobre la alfombra anaranjada de la habitación de Tuxtla.

Sus primeras palabras fueron para solicitar un médico, pero Tuxtla, vestida ya, empernejada, estalló en un ataque de hilaridad. Poco a poco, y entre contorsiones, la dama se fue desplomando, cual un castillo de navajas, y acabó en la alfombra, revolcándose al lado de su imperfecta víctima. A Horacio, las carcajadas de Tuxtla le dieron mala espina. Se incorporó con lentitud, penosamente, y fue a mirarse en el espejo de cuerpo entero empotrado en un muro. Fuese milagro, o se debiera a las artes hechiceras de su amiga, las heridas habían desaparecido. Se hallaba indemne. Y el revólver de cachas nacaradas aguardaba sobre el buró, no lo había soñado.

El acceso de risa de Tuxtla continuaba y Horacio se posesionó del arma y olfateó el cañón. Un

penetrante olor a pólvora le dijo que había sido disparada recientemente. Miró a Tuxtla convulsionándose en el piso, miró el Smith & Wesson, tornó a contemplar a Tuxtla. Magia o hechizo, quedó convencido de que aquella Venus esteatopigia detentaba poderes sobrenaturales. Tuvo la intención de desertar al punto, pero como seguía en calzones desechó la idea. Tuxtla se levantó en ese momento y dijo que las balas de salva jamás habían matado a nadie.

Horacio huyó a la cocina para ocultar su vergüenza y vio que el agua que había puesto para hacerse café se había consumido. Puso más agua y esperó que hirviera. El primer trago de sintético café con azúcar, muy cargado, lo sacó del estado letárgico en que había caído. Supo entonces qué hacer. Salió de la cocina, vistiose, dijo adiós a Tuxtla y abandonó el departamento con dignidad.

En la calle soplaba un viento helado y el cielo era una inmensa costra plomiza. Horacio, encogido, echó a andar sin rumbo, meditando. El recuerdo de su lastimosa salida de la vivienda de Tuxtla le provocaba remordimientos, amargura, un vago sentimiento de humillación. Se había comportado como un auténtico cobarde y no lo era, por lo menos no era un cobarde auténtico sino uno de pacotilla. Cien veces se repitió que era un cobarde y las mismas cien se negó a asumir tal calidad. No tenía duda de que las balas habían penetrado en su humanidad y no lograba dilucidar qué había sucedido. La explicación de las balas de salva no lo había dejado satisfecho. Deben ser

mis nervios, se dijo, la importancia de la empresa que acometeré dentro de escasas horas me tiene excitado, intranquilo, hipersensible.

Comenzó a excusar las faltas y pecados de Tuxtla y acabó perdonándole todo. Amaba a esa mujer y ni siquiera se había despedido de ella. Solamente le había dicho adiós, una palabra ínfima y desvalorizada que no reflejaba el dolor de lo que constituiría una inmensa pérdida, y por partida doble, pues él perdería a Tuxtla para siempre y Tuxtla lo perdería a él. A lo largo de la caminata, Horacio se fue sintiendo cada vez más deprimido.

Súbitamente le vino una idea y minutos después estaba en una oficina de correos escribiendo una carta patética, dirigida a Tuxtla, en la que explicaba las razones de su partida y se acusaba de toda clase de imperfecciones y torpezas del alma y de la carne. Si preguntan por mí —finalizaba la misiva— traza en el suelo una cruz de silencio y de ceniza. Y Horacio no se molestó en precisar que citaba a Emilio Ballagas. Depositó la carta luego de besarla varias veces y, tranquila su conciencia, se fue a desayunar a casa.

Su madre no le pidió que justificara la prolongada ausencia, nunca lo hacía. Horacio, de prisa y con desgano, desayunó chilaquiles rojos ciclán (es decir, con un solo huevo) y café fuerte. Luego se encerró en su estudio, donde con lágrimas se despidió de los objetos que amaba: sus libros, la máquina de escribir, algunos cuadros pintados por amigos sin talento, frascos llenos de piedrecillas que había heredado de

su padre, cartas estelares, un viejo y mullido guante de beisbol. Allí, entre aquel desorden, recordó la infancia feliz al lado de su padre.

Era, como él, un sastre humilde y menesteroso, pero con espíritu progresista y gran amor por la naturaleza. Muchas veces iban al campo y recogían piedrecillas extrañas, de variadas formas y colores. Por las noches, con frecuencia se tendían en algún prado y miraban el cielo. Su padre le enseñaba a reconocer las constelaciones. Mira, Cefeo es aquella de las tres estrellas en hilera. Las cinco estrellas que forman una cruz son conocidas como la constelación del Cisne. Esas siete forman la Osa Mayor, y aquellas con la estrella Polar en la punta, la Osa Menor. Las seis arregladas en semicírculo constituyen la Corona Boreal.

Infancia feliz que terminó cuando su padre murió atropellado por un auto. Había bebido algunos tragos y se detuvo en mitad de la calle a contemplar las estrellas. Horacio tuvo entonces que hacerse cargo de la sastrería, antiguamente llamada Antares, y malamente aprendió a cortar y coser. Hubiesen muerto de hambre él, su madre y su hermana de no ser por la oportuna invención de Humphrey H. Humphrey.

También del robot tendría que despedirse, pero lo haría más tarde, al filo ya de su partida. Por el momento lo reclamaban otros quehaceres. Pensó en llevar de paseo a sus bacilos, pero la mañana era gélida y no deseaba exponerlos a un resfriado. Harto desamparados iban a quedar para encima complicarles su breve existencia con una pulmonía. Se acercó al dedal

forrado con gasa donde anidaban, dejó caer la indispensable gota de leche y susurró un adiós enternecido. Con júbilo descubrió que la pareja había procreado un bacilito. Dijo adiós al bebé, fue a sentarse ante un viejo escritorio de roble heredado de su padre y se dispuso a escribir en la libreta de tapas rojas.

Más tarde saldría en busca de los miembros del grupo Bebedores de Sangre, amigos entrañables, revolucionarios sin quebranto, dipsómanos y drogadictos, apátridas, poetas y practicantes de toda especie de perversiones de la carne y el espíritu.

Cómo obtener una contingencia

Para apoderarse de una contingencia se requieren elementos y habilidades muy complejos. Una contingencia es artículo de lujo y bien se sabe que los artículos de lujo sólo son accesibles a personas de elevada capacidad económica; además, un artículo de lujo de características tan especiales exige onerosos gastos de mantenimiento. El primer elemento para agenciarse una contingencia, pues, es el poder económico.

La condición misma de esta clase de artículos supone la disponibilidad de tiempo para disfrutarlo. Un obrero que trabaja doce horas al día, duerme seis o siete y emplea las restantes en transporte y comidas, difícilmente dispondrá de tiempo que dedicar al disfrute de una contingencia. Si nos argumentan que le queda el domingo, diremos que habría que concederle

algunas horas para ver el fútbol, emborracharse, dar un par de palmadas a los hijos y ayuntarse con la esposa. En consecuencia, para el obrero, así por su escaso poder adquisitivo como por la carencia de tiempo para el disfrute, resulta imposible, o absurda llegado el caso, la pretensión de poseer una contingencia.

Poder económico y tiempo ocioso, pues, son dos elementos que comienzan a configurar el concepto o noción del posible propietario de contingencias, y en principio nos permiten definir los sectores sociales en que podríamos hallarlo. A saber: banqueros, capitanes de industria, terratenientes y políticos prominentes en un primer agrupamiento; en otro, actores, cantantes y deportistas famosos y de ingresos elevados.

Sin embargo, dada la vastedad de tales sectores, sin olvidar las promoción sexenal de nuevos ricos acostumbrada entre nosotros, a los dos primeros elementos debe agregarse un tercero, que a su vez tendrá que sumarse a una serie de aptitudes o habilidades que han de confluír si el candidato quiere convertirse en aspirante calificado.

Para obtener los mejores grados en la calificación, el candidato debe ser dueño de una apariencia agradable que, en una aproximación inicial, le permita atraer a las contingencias. En este renglón cuentan —aunque no hay mediciones confiables en cuanto a la influencia de uno u otro valor— un rostro agradable, la conformación del cuerpo, los modales y el atavío. Lo que se ha estudiado bien y ofrece un alto grado de certidumbre, es que si el candidato se atiende

solamente a su poder económico, se verá irremisiblemente perdido.

Vale anotar aquí que a partir del descubrimiento, realizado por el notable sociólogo Fakehunt Burgess, de que la apariencia allana buena parte de los obstáculos en la carrera por las contingencias, aumentó en niveles sustanciales la frecuentación de cirujanos plásticos, gimnasios, salas de masaje, consultorios de belleza y centros de regeneración celular.

En cuanto a la elegancia en el vestir y su relación con las contingencias, el tema ha sido analizado con amplitud en los círculos que dictan la moda. Hay quienes sostienen que la actitud ortodoxa, es decir el aprovechamiento de telas y estilos consagrados por la tradición, resulta un arma invencible. En el extremo opuesto, los heterodoxos respaldan la tesis de que sólo la innovación es elegante. Entre estos límites sobrenadan corrientes que se inclinan hacia una mezcla bien equilibrada de ortodoxia e innovación, o hacia un ligero predominio de una sobre la otra y viceversa. La experiencia, sin embargo, ha demostrado que las contingencias, cambiantes, volubles como por naturaleza son, mantienen tantos puntos de vista como corrientes existen y modifican su posición de acuerdo con la influencia de las otras variables mencionadas en este manual. En última instancia, sólo las contingencias, al consentir en el acto de apropiación, determinan la validez de las corrientes.

El hecho de ser un candidato hermoso y elegante no inclina definitivamente la balanza. Existe

un fenómeno de peso contundente conocido como manipulación de la opinión, que en este caso vamos a examinar exclusivamente en relación con las opiniones de las contingencias. Tal fenómeno es utilizado por algunos candidatos, sea en forma intuitiva o racional, para cautivar a las contingencias. A efectos de este tratado, baste señalar que en la práctica tal manipulación opera sencillamente como labia o poder persuasivo oral (en otras palabras, a más saliva más pinole), cuya función consiste en instalar en el inconsciente de la contingencia la convicción de que es este candidato, y no aquél, quien debe ser elegido. De este modo, será el candidato mejor dotado para la autopromoción quien se apropie de las mejores contingencias, a condición, como ya se ha establecido, de que cumpla, siquiera medianamente, con otros requisitos. Puede argüirse, no sin razón, que el don de vencer es una singularidad del carácter, pero quienes así lo piensen tendrán que enfrentar la realidad estadística de que las escuelas destinadas a cultivar la personalidad padecen un dramático sobrecupo. Por lo demás, entre quienes no logran inscribirse en ese tipo de instituciones se ha observado una considerable aproximación a métodos yogas, zen, gnósticos, rosacruces y otros que, se argumenta, incrementan la espiritualidad y propician un cabal desarrollo de la personalidad. Por otra parte, el desmedido consumo de lsd, stpc, cacahuamina y otras drogas sicodélicas usadas con objeto semejante y procesadas en laboratorios del extranjero, ha llegado a poner en peligro el equilibrio de nuestra balanza de pagos.

A manera de resumen, vale concluir que poder económico, tiempo de ocio, apostura, elegancia en las maneras y en el vestir y poderes de convencimiento, son requisitos *sine qua non* para ocupar una posición de privilegio entre los coleccionistas de contingencias. Más allá, la práctica de deportes distinguidos (polo, golf, tenis, automovilismo, bacará, ruleta rusa) contribuye al éxito. En el mismo caso se hallan esclarecidas aficiones como la numismática, la búsqueda de tesoros, la práctica del espiritismo o la investigación de presencias en el espacio extraterrestre.

Las preocupaciones sociales, la inquietud cultural, el cultivo de artes y ciencias y menudencias semejantes, son cuestiones secundarias que, a más de provocar pérdida de tiempo, no agregan interés a las posibilidades de un candidato ni determinan su valor en el mundo fascinante de las contingencias.

El grupo Bebedores de Sangre está conformado por un conjunto de familias que hacen vida comunal en ciertos terrenos labrantíos adquiridos en las afueras de Tlalnepantla. Con la suma de sus ahorros compraron una granja, media docena de vacas, otra media de puercos y un centenar de gallinas. Para su manutención dependen de los productos que proveen los animales y la tierra. Es una vida idílica y feliz. Aunque no poseen televisores ni aparatos de radio, no es gente que conozca el aburrimiento. Unos pintan cuadros

naif, otros manufacturan y decoran piezas de cerámica, hay quienes trenzan canastos de bejuco y quienes hacen collares de cuentas, y no falta el poeta de fibra mística. Los jefes de familia comparten sus mujeres y protegen a los niños que resultan de las diversas uniones.

Para llegar a la granja subí en un Cuarteles-Tlalnepantla que por unas monedas me depositó allá. Fue un viaje estupendo. El camión iba repleto y viajábamos tan pegados que dolían los codazos que le daban al vecino. Me tocó viajar al lado de una señora muy gorda, de modo que cada vez que me empujaban me hundía en ella como en una hamaca y le arrancaba un poco de sus aromas campiranos. Bajé feliz del camión, silbando fragmentos de *Poeta y campesino*. En el fondo del paisaje distinguí la casa rústica que mis amigos habitaban, semejante a un dibujo infantil: blanca, con tejado rojo y una chimenea que arrojaba ricitos de humo. Las vacas pastaban alrededor y las gallinas correteaban en el patio delantero. Cuando estuve a cosa de cien pasos, un grupo de niños acudió a recibirme. Venían desnudos, pero con diversos trajes pintados directamente sobre la piel. Representaban a Superman, el Hombre Araña, la pequeña Lulú, Regino Burrón, Fantomas, el gato Félix y arlequines, brujas y otros personajes de la literatura popular. Rodeado de niños atravesé los campos cultivados por mis amigos. Había naranjos y limones, una modesta viña y nogales y granados. En el huerto crecían zanahorias, calabazas, papas, tomates, lechugas, betabeles y rá-

banos, y una enorme extensión se hallaba sembrada con alfalfa. Me extrañó tal profusión de alfalfa y tanto desperdicio, pues si algo faltaba en la granja eran conejos. Al llegar a la casa pregunté por qué tantos alfalfares y a modo de respuesta me llevaron a recorrer palmo a palmo el plantío.

Ocultas bajo las matas descubrí multitud de pequeñas plantas de marihuana, una variedad enana que habían obtenido mediante manipulaciones genéticas. Me invitaron a probarla, pero dije que a esa hora prefería una buena ensalada de verduras. Tomados todos de la mano nos dirigimos a la casa, donde improvisaron una fiesta en mi honor. Hubo agua de betabel, panes y ensalada de rábanos, lechuga y cebolla. Al final tomaron guitarras, caramillos, panderetas y maracas, y la tribu entera interpretó dulces melodías que me llegaron al corazón. Me sentí conmovido y paulatinamente se fue apoderando de mi alma un inmenso desconsuelo. Nada sabían de mi partida, pero al parecer la intuían. En sus canciones había ternura, nostalgia y la expresión de un sentimiento indefinible que me pareció pereza. Eso me incomodó, pues no la tolero. Hice que detuvieran aquella música.

—¿Por qué se extasían en la pereza? —pregunté.

—Nadie la ha mencionado siquiera —dijo el patriarca de la gran familia.

Como me pareció apreciar en sus ojillos un chisporroteo burlón, insistí, ahora con severidad.

—Eso que ustedes han interpretado es la pereza y a mí nadie podría engañarme con una música

que solamente la simulara. Lo que ustedes han tocado es pereza verdadera. La he percibido, está en mi sangre, la llevo dentro de mí.

En efecto, me estaba entrando un sueño pesadísimo. Mis párpados superiores caían y a través de las rendijas que dejaban pude observar los rostros de mis amigos. Eran los de siempre, sólo que distorsionados y sonrientes. Pronto se perdieron en una niebla, pero mi voluntad seguía trabajando para dominar la pereza y hallar argumentos que demostraran mi certidumbre.

Entonces alguien, sin duda una mujer, se me acercó y sus palabras se deslizaron en mis oídos adormilados.

—Te estás durmiendo —dijo—, tú eres el perezoso.

—El oso Pérez —alcancé a musitar y caí en estado letárgico.

Desde no sé qué rincones de la inconsciencia pude percibir que los Bebedores de Sangre iniciaban una melodía hermosísima. Era una brisa que corría entre las ramas de los árboles, agitándolos y produciendo sonidos celestiales. Ya no se trataba de guitarras sino de arpas y laúdes, con un fondo de cascabeles y zampoñas. Comencé a elevarme y en unos instantes me hallé a gran altura. A mis pies se extendía la granja, con sus bien trazados triángulos y paralelogramos de terreno sembrado. Las vacas parecían conejos y las gallinas codornices. Los conejos semejaban pulgas y las codornices, polillas. Subí más

y más alto y perdí de vista la granja. La república entera empequeñeció. Descubrí que la península de Baja California había desaparecido y eché la culpa a los gringos. Ascendía sin parar, el mundo se hizo una pelotita azulenca y sucia que giraba con lentitud. Era un día claro y las nubes no estorbaban la visibilidad. Irremisiblemente me acercaba al sol y el intenso calor comenzó a arrancarme goterones de sudor que en alguna parte deben de haber caído como mínimo chubasco. De pronto una enorme fuerza de atracción me desvió de la ruta hacia el sol, donde seguramente hubiese ardidido como cabeza de cerillo, y me llevó hacia espacios infinitos e insondables. De súbito, un frenazo me hizo caer en una especie de colchoneta muy blanda, como de materiales sintéticos. Me rodeaban centenares, quizá miles de querubines de caritas sonrientes, ataviados con trajecitos blancos muy holgados, que portaban enormes trompetas doradas. Todos a una, inflaron los cachetes y comenzaron a soplar en las trompetas. Me dio la impresión de que tocaban *Pompa y circunstancia*. De pronto la masa de querubines se abrió como las aguas del mar Rojo ante Moisés y a lo lejos se perfiló una escalinata de oro por la cual descendía un anciano de túnica blanca y una muy larga barba plateada. Era Dios, me cae que era Dios. En su boca se dibujaba una sonrisa amable, pero sus ojos despedían brillos malévolos. Se acercó en silencio y me tendió los brazos. Retrocedí asustado.

—¿Quién eres? —preguntó, y puse en duda su omnisciencia.

—Soy un simple mortal.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Cuál es el tuyo? —pregunté no sin temores.

—Soy Dios.

—¡Imposible!

—Soy tu Dios y el de todos los hombres.

—Pues yo no creo en ti y en consecuencia no puedes ser Dios.

Aunque mi razonamiento era sumamente flojo, pareció desconcertarlo, pero sólo por breves instantes. Alzó una mano y el espacio se llenó de relámpagos y enormes bolas de fuego.

—¿Basta con eso para convencerte? —inquirió.

—En mi México querido cualquier cohetero pueblerino hace trucos semejantes.

Alzó nuevamente la mano y desaparecieron los relámpagos, las bolas de fuego, las estrellas, los querubines, la escalinata, la colchoneta blanca, todo. Me vi suspendido en el vacío, solo frente a Dios, y me entró tanto miedo que me abracé al anciano, quien me rechazó de un empujón.

—¿Ahora ya no dudas?

—Dios no existe —balbuceé.

Y en cuanto dije esas palabras el anciano alzó el brazo por tercera vez, pero en esta ocasión para atizarme un par de bofetones. Comencé a caer en un picado vertiginoso, entre aullidos y pataleos, y de pronto me hallé nuevamente entre mis amigos. Ellos seguían tocando como si tal cosa.

—¡He visto a Dios! ¡Estuve con Dios! —exclamé, pero no se inmutaron. Uno se encuentra con Dios en

los espacios siderales y a ellos les parece cosa natural. Si les hubiese dicho que encontré a Karl Marx en el infierno sin duda habría obtenido el mismo efecto.

—¡He visto a Dios! —repetí— ¡He hablado con el Dios de todos los hombres! ¿No les parece cosa de maravilla?

—Te comprendemos —dijo al fin el patriarca humedeciéndome la frente con agua de rosas. Todos nosotros hemos comparecido ante Él.

Pensé que se burlaba, pero al mirar aquellos rostros de acrisolada seriedad entendí que había en el asunto algo extraño y bajé la cabeza y me puse a meditar. No daba con una hipótesis decente y entonces el patriarca se acercó para ofrecerme aclaración. ¡Los muy cabrones! El agua de betabel que me habían dado contenía una infusión de esa marihuana especial que cultivaban, cuyos poderes se magnificaban por influencia de la alfalfa. Eso me colocó en órbita y no les extrañaba que hubiese visto a Dios pues todos ellos habían contemplado al Ser Supremo, a Cristo con su séquito de apóstoles y a legiones enteras de arcángeles y santos. Dije que eran chingaderas no haberme advertido y estuve a punto de abandonar la granja. Entonces una de las mujeres se acercó a besarme y acariciarme y me dejó lamer sus pechos y al cabo quedamos en paz.

Más tarde referí lo de mi partida sin agregar explicaciones. Simplemente dije que me iba y ya. Un viaje sin retorno.

—Pero un viaje sin retorno significa, si la intuición no me falla, la muerte —dijo una de las mujeres.

—Efectivamente, hablo de la muerte.

—¿Por qué vas a morir?

—Por una causa.

—¿Es una causa lo suficientemente buena para morir por ella?

—Lo es. No abrigo la menor duda.

—Entonces, no se hable más.

A modo de despedida repartí abrazos a la docena de mujeres adultas y a los 57 jóvenes y niños inscritos en el censo local. Luego, estos grupos entonaron una letanía ritual.

—Te recordaremos en nuestras canciones —dijeron.

—Pondremos flores sobre tu lápida.

—Cuidaremos de tu madre y de tu hermana.

—Seremos fieles a la causa por la que te inmolarás.

—Siempre estarás entre nosotros.

—Así sea —musité al final.

Tardé cerca de media hora en convencer a los hombres, abstemios por convicción, de que me acompañaran a beber unas copas. Las últimas, por última vez, puesto que jamás volveríamos a estar juntos. Aceptaron con remilgos y antes de abandonar la granja hubo un pequeño acto. Fue conmovedor. Los niños se apoderaron de los instrumentos musicales de los mayores y tocaron *La Internacional*, las mujeres arrojaban flores a mi paso. Abandoné la granja derramando lágrimas, al borde del colapso, sostenido por dos de mis fieles amigos.

Era una tarde dorada y melancólica. En el autobús en que viajamos a la ciudad había lugares y me acomodé, solitario, en un rincón, pretextando que debía planear mis actividades para que el tiempo me alcanzara. En realidad dormí un rato y al llegar a Tacuba los amigos me despertaron y nos echamos a buscar una cantina.

En Tacuba visitamos las siguientes: El Golfo de Tehuantepec, El Arsenal del Ferrol, El Puerto de Málaga, El Palacio Blanco, La Imperial, el Chin Chun Chan, La Fama.

En Santa María la Ribera: lo bares Ritz y Agus, La Perla, el Salón Veracruz y el Salón Moctezuma.

En la colonia Guerrero: La Única, La Universal, La Giralda, La Reforma del Pato, La Victoria.

En la colonia Tabacalera y sus inmediaciones: el Bar Chapultepec, el Salón California, El Golfo de México, El Mirador, el Salón Palacio.

Siguiendo por Bucareli: el Bar Mundial, el Salón Universo, La Unión Universal, el Bar Bucareli, La Rambla.

En la colonia de los Doctores: La Ribera y El Sella.

Fuimos hasta Narvarte, donde entramos a: La Reforma, El Jardín del Edén, La Mansión de Oro, Los Cuates.

No dejamos de visitar, entre una y otra cantina, varias cervecerías: La Vizcaya, La Giralda, La Polar, El Barrilito, La Chiripa de Oro, La Curva, La Recta, El Cambio de Velocidad, La Ola, La Resaca y La Playa.

Y por supuesto algunos bares de cierto nombre: El Parque, el Ku Ku, el Kul Klux Klan, el Bar Latino, el College Club y el Bar Azul. El Salón Monteblanco, el Chips, el Bali Bar, Bajo el Cielo de Jalisco, Alma Tapatía, Guadalajara en un Llano, El Altillo, El Bajete. Y rematamos finalmente en el Club de los Artistas. En el magno periplo habíamos bebido de todo. Cerveza. Tequila. Ron con tehuacán. Brandy con tehuacán. Ron con coca. Brandy con coca. Whisky en las rocas. Coñac al fuego. Vodka con escuert. Vodka tónico. Ginebra con escuert. Gin tónico. Tom Collins. Vodka con jugos de tomate, naranja y piña. Ginebra con jugos de naranja, toronja, piña y mandarina. Sangría con vodka. Sangría con ginebra (la clásica). Mezcal. Charanda. Sotol. Ixtabentún.

No despreciamos bebidas más extrañas, desconsideradas o modestas. Conejos (ginebra, oranch y rompopé). Charro negro (tequila con vodka). Cosaco tenebroso (vodka con coca). Manzanilla. Ajenjo. Pernod. Vino tinto. Vino blanco. Vino rosado. Vino borracho. Sidra. Moscos de diversos sabores. Ron con Khalúa. Vodka con Khalúa. Bull y bull shot. Medias de seda. Medias pendejas. Old fashioned. Teporochas. Veladoras. Daiquirís. Gin fizz. Ron fizz. Chinguarniz fizz. Bloody Mary.

A las ocho de la noche nos estacionamos en el Club de los Artistas, un lugar calentito, agradable, barato y con variedad. Bebimos allí únicamente rones en las rocas y hablamos de los más diversos temas. En algún momento entre un estriptís y otro, cuando

ya nos hallábamos razonablemente ebrios, dícese a medios chiles, al patriarca se le ocurrió mencionar a Alejandro Caribdis, poeta nacional de elevada fama mejor conocido como el Chupaflor.

Los miembros del club Bebedores de Sangre son hombres de amplios y muy plurales saberes, entienden de política, arte, ciencia, deportes, amor y diría que de cualquier asunto habido y por haber. Y a la hora de las discusiones son tan implacables como verborreicos. La cosa con el poeta principió así.

—Ese tal Chupaflor me parece un poeta magnífico, pero su postura política es endeble —dijo el patriarca.

—Ni más ni menos. Versifica como el mejor, pero en cuanto habla de problemas políticos, la jetea —apoyó tartamudeante el más joven de los compañeros, llamado Xesús.

—Es incuestionable que su poesía tiene sólidas bases estéticas y una proyección imaginativa inigualable, con hallazgos expresivos constantes y una atmósfera genial —dijo otro bebedor de nombre Xavier.

—Es porosa, sí, sí, de gran porosidad —agregó el poeta del grupo, Xorge.

—Cierto, pero sus concepciones políticas no son sino un batiburrillo de ideas, mezclas de mal comprendido marxismo y un misticismo oriental infumable —apuntó el alto, muy flaco y aspaventoso Xaime.

—A mí lo que me fascina es el tono crepuscular y esa gris tristeza autóctona que sobrenada en los

poemas del Chupaflor. Yo no sé de políticas, pero entiendo que es un asno cuando se mete con cuestiones sociales —dijo el llamado Xosé, echándole una mirada a la encueratriz que se preparaba a brincar al tablado.

Me había cansado de escuchar tanta barbaridad y decidí intervenir y poner orden.

—Están errados con y sin hache —afirmé. El Chupaflor es un poeta de tercera clase. Desmesurado, sin originalidad, vacío, aburrido, pobre en la expresión y vulgar en la forma. Si lo admiro no es por sus intentos poéticos sino por su posición política. Me parece que asume de manera integral y crítica su condición humana y sus deberes cívicos.

—Pues yo sigo en lo mío —aseveró el patriarca—, las virtudes poéticas del Chupaflor se tornan defectos cuando incursiona en política.

Vino el estriptís escalofriante de una muchacha de buena pierna y culo intachable que nos mantuvo atentos y febriles durante diez minutos. Después, Xavier continuó la discusión.

—Es algo que merece considerarse mejor. Aunque no coincido del todo con Horacio, reconozco que en buena medida tiene razón. Lo que sucede, me parece, es que juzgamos apresuradamente, valoramos al vuelo.

—Sí, sí, hay parcialidad, desbalanceo. Se juzga bueno todo lo poético y malo en bloque lo político. Habrá que rectificar, colocarnos en el justo medio —propuso Xaime manoteando en el aire humoso.

—Yo también le hallo sentido a lo que expresó Horacio —dijo Xesús. Si leemos con cuidado al Chupaflor, hallaremos que su poesía es barata, segundona. En cambio, hay que ver la lucidez de su prosa política y lo combativo de su actitud.

—Desde luego tomando en cuenta su porosidad —agregó Xorge.

—Estoy decididamente del lado de Horacio. El Chupaflor es un poeta pésimo y un gran político —tomó la palabra por primera y única vez Xuan.

—Es posible que me haya excedido —aceptó el patriarca. Bajo esta nueva luz, más clara, diría que brillante, no me queda sino reconocer cierto grado equívoco en mis juicios, un algo de pedantería y altisonancia. De acuerdo, el Chupaflor no es tan buen poeta y, por contra, en lo político, aun incluyéndole una detestable cuota de candidez, mantiene una viril actitud de denuncia de los crímenes de Estado.

Una gordita de tetas grandes y mala voz salió a cantar en ese momento, mas no por eso interrumpimos la jugosa discusión.

—No, no, qué arbitrariedad —dije—, están hallándole mangas al chaleco, organizando un lio donde no existe. Vienen a mi memoria algunos fragmentos de la poesía del Chupaflor, nupcias de luz y sombra, retrato equidistante de lo infinito y lo infinitesimal. “Ayeres —cité de memoria— en que el agua huyó de mis espejos”. Hay belleza, ritmo, inesperadas concatenaciones. Lo que no acabo de comprender en nuestro poeta es cómo se puede correr al exilio cuando el

deber reclama actuar. No, para nada me gusta esa triste actitud chupafloriana.

—Deplorable, deplorable —añadió Xaime. Mas la vida es así, hay quienes carecen de valor para encarar las tareas del patriota, del revolucionario. Prefieren llenar cuartillas con versos mediocres, aunque concedo que en el caso del Chupaflor a veces resultan decorosos.

—¿Dices decorosos? —rugió Xavier y a punto estuvo de arrojarse sobre la huesuda humanidad de Xaime. La poesía del Chupaflor contiene valores irrefragables. Como poeta no es posible ni válido condenarlo y en cambio sí hay vileza y cobardía en sus actitudes políticas.

—Verdad, enteramente cierto. Buen poeta, mal político —apoyó Xesús.

—Admitamos en principio que es poeta de alcurnia —dijo el patriarca, Ximeno de nombre—, y me parece que debemos prescindir de calificaciones políticas. No le exijamos al artista que adopte, persiga y cumpla postulados políticos. Sin justificarlo, comprendo al Chupaflor. Qué le vamos a hacer si no tiene nada de revolucionario. Lo que cuenta es su santidad poética.

Iba yo a refutar lo dicho por el patriarca, pero Xorge se me adelantó.

—Buena poesía, porosa, muy porosa —dijo.

—Es desastroso lo que acaba de expresar Ximeno —arremetí entonces. Ha afirmado que el Chupaflor no tiene nada de revolucionario y eso es una

cruel bellaquería. ¿Y su militancia política? ¿Y sus años de cárcel y persecución? ¿Y el abandono de familia, patria, hogar, afectos? No permito ni permitiré que nadie se exprese en esos o semejantes términos del Chupaflor. Digan lo que les plazca de sus poemas, que para mí no valen el papel en que están escritos, pero los conmino a que admiren y respeten su valor ciudadano. En la teoría y en la práctica es un revolucionario cabal.

Después de soltar el discurso pedí permiso para ir al mingitorio y me levanté. A mi regreso la comunidad elogiaba la actitud política de nuestra gloria nacional y emitía severas condenas de su obra artística. Estábamos borrachos perdidos. Alguien había vomitado sobre la mesa, yacían copas volcadas, diez cigarros habían agujereado el mantel. Tomé asiento y escuché largo rato las palabras que salían a trompicones y se engastaban en la incoherencia. Al fin me puse de pie y levanté la copa.

—Un brindis —propuse, y se hizo un silencio espeso.

—Brindo —continué— por el poeta Alejandro Caribdis, alias el Chupaflor, heredero y continuador de Rimbaud, Baudelaire, Eliot, Elytis, Sampedro, Cavafis. Sin la poesía del Chupaflor, la literatura universal quedaría incompleta. Hay en sus versos calidades que tocan las más profundas fibras de la emoción. Recuerden su poema genial que así comienza: “Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé. Golpes como del odio de Dios, como...”

—¡Un momento! —interrumpió el patriarca. Ese poema es de César Vallejo.

—¡Cierto! —admití—. ¡Perdón! —y fue lo último que dije, porque en ese momento la borrachera me venció.

Recuperé el conocimiento en casa cerca de la medianoche, rodeado por mi madre, mi hermana y el fiel Humphrey. Me dolía la cabeza y mi lengua podría haberse usado como lija, tan rasposa y seca estaba. Únicamente tenía ganas de dormir, de permanecer en la cama hasta el fin de los días, y en eso recordé que había llegado el momento de lanzarme al encuentro de la aventura y de un salto me puse de pie. Fui a ducharme y de vuelta Humphrey me informó que había entregado los trajes a los ancianos y al niño meón. Eso tranquilizó mi conciencia. Perforé entonces una tarjeta en que le pedía a Humphrey que fuera un padre para mi madre y mi hermana (o mejor, un padre para mi madre y un abuelo para mi hermana) y la introduje en la ranura. Una mirada inquisitiva de Humphrey me obligó a ponerlo al tanto de mis proyectos. Se dio por enterado y no hizo preguntas. Marchó al taller y a poco volvió con una bandera roja, con la silueta en negro de un hombre rompiendo las cadenas. Agradecí el estandarte con abundantes lágrimas.

Después me encerré diez minutos en el estudio para armar la metralleta recibida por correo. No me

costó gran trabajo, pues armando y desarmando a Humphrey había adquirido vasta experiencia. Llené después una mochila de excursionista con cargadores, media docena de latas de embutidos y otras tantas de jugos. Listo y dispuesto, me dirigí al paradero a esperar el último tranvía a Xochimilco.

La pluma de Horacio Taciturnus Pérez descansa entre las páginas de su libreta de tapas negras. Horacio se frota los fatigados ojos. Se levanta de la piedra que le ha servido de asiento y se acerca al borde de la chinampa. Se inclina, toma entre sus manos un poco del agua sucia y musgosa del canal y se humedece el rostro. Pronto amanecerá. En el horizonte se dibujan laminillas de luz blanca que preludian la alborada. La bandera roja está plantada y la metralleta lista para funcionar. Horacio se detiene junto a la bandera, levanta el puño derecho y dice solemne:

—Declaro esta chinampa en Xochimilco, México, segundo territorio libre de América.

Ya vendrán los soldados en lanchas y trajine-ras y se empeñará un combate a muerte. Mientras, más vale preparar el desayuno. Horacio abre una lata de salchichas y otra de jugo de piña. Come y bebe con apetito. Luego guarda la libreta de tapas negras en la mochila y apaga el quinqué. Se tiende en la yerba fresca. Que vengan. Muy pronto los habitantes de Xochimilco comenzarán a pasar rumbo al embarcadero

con las trajineras llenas de flores y verduras. ¿Quién es ése, qué busca?, se preguntarán. Horacio dará a conocer sus propósitos y no faltará quien se presente ante el jefe de policía para informarle. Acudirán gendarmes y soldados. Sal de ahí, date preso. Horacio replicará con ráfagas de ametralladora. Libertad o muerte.

En el bolsillo derecho de su camisa hallarán copia de la proclama dirigida al lumpenproletariado, ésa que el Pelón Con Suelas de Hule se encargará de difundir.

A toda la ñeriza:

Ha sonado la hora de los cabronazos. Yo, Horacio Taciturnus, declaro que es tiempo de revolucionarnos y entrarle a la pelotera. Desde que somos chinorris el sistema nos tunde y nos aplasta. No tenemos chamba ni un méndigo pedazo de tierra. Ni médico que nos atienda ni techo que nos cubra ni perro que nos ladre. Vivimos lombricientos y muertos de hambre. Y si para alivianarnos le hacemos al dos de bastos, gorgoreamos en los camiones, pedimos limosna o escupimos lumbré en las esquinas, la tiranía nos apaña y nos pone preciosos. ¡Ya estuvo suave! Sólo los tarugos aguardan a la callada que un milagro saque al buey de la barranca. Vámonos alebrestando y cada chango a su mecate y a darle vuelo a la hilacha. Le pongo el cascabel al gato, tiro la primera piedra,

disparo la primera bala. Y al que le guste el jarabe de cachidiablo pues a entrarle de una vez. Es hora de levantarnos y arrimarnos una buena zoquetiza con los burgueses que todo el tiempo nos tienen como platos de fonda, bocabajo y bien fregados. Aquí le paro, ya no digo más. Si me matan, ni hablar del peluquín. Pero queda el ejemplo y otros vendrán a repapalotearle las verijas a la burguesía.

Yo, Horacio Taciturnus Pérez, contemplo con melancolía cómo la luz anaranjada del alba filtra lentamente las tinieblas, tiñe los árboles, los arbustos, el espacio que me rodea. Cerca de mi mano derecha crece una pequeña flor amarilla. La corto, la sostengo entre mis dedos, acaricio sus pétalos, aspiro su perfume. De algún punto cercano viene el sonido de los remos chapaleando en el agua lodosa del canal.

Narvarte, octubre 2008

Gerardo de la Torre (Oaxaca, 1938)

Ha publicado los libros de cuentos *El otro diluvio* (1968), *El vengador* (1973), *Viejos lobos de Marx* (1981), *Relatos de la vida obrera* (1988), *La lluvia en Corinto* (1993), *Tobalá y otros mezcales oaxaqueños* (1998) y *De amor la llama* (2001); es autor de las novelas *Ensayo general* (1970), *Muertes de Aurora* (1980), *Hijos del Águila* (1989), *Los muchachos locos de aquel verano* (1994), *Morderán el polvo* (1999) y *Nieve sobre Oaxaca* (2010).

En 1988 obtuvo el Premio de Novela Pemex 50 años de la Expropiación, por *Hijos del Águila* y en 1992, el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero, por *Los muchachos locos de aquel verano*.

Ha practicado el periodismo, la traducción, elaborado abundantes guiones para historieta, cine y televisión. Participó en el taller literario de Juan José Arreola, fue becario del Centro Mexicano de Escritores 1967-68 y desde 1994 es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Descarga todas las publicaciones en
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de marzo del año 2014.

El tiraje fue de 1,000 ejemplares para su distribución gratuita y es cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.